

FUERA DE SU TIEMPO

RANGEL M. BELLEROSE



FUERA DE SU TIEMPO

RANGEL M. BELLEROSE

FUERA DE SU TIEMPO

Título original: Fuera de su tiempo

Sígueme en Instagram [@RangelM.Bellerose](#)

Email: rangelm.bellerose@yahoo.com

Copyright ©2019 Rangel M. Bellerose

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del titular del copyright, (bajo el seudónimo Rangel M. Bellerose), bajo sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de la misma mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN-13: 9798654143730

Impreso en España – Printed in Spain

Prefacio

Considero que la felicidad es consecuencia directa de un alma en libertad, es por eso que durante siglos se ha demostrado que no es consecuencia de un cuerpo libre, sino de sentir esa libertad desde el alma, aún hoy el ser humano condena esa libertad dejándose llevar por los prejuicios que el propio ser humano impone.

La existencia del humano ha sido una lucha constante, cada individuo es único en su forma de pensar, amar, creer y el bloque social, aunque necesario, ha impedido en muchísimas ocasiones que muchas personas puedan sentirse libres, aunque físicamente lo hayan sido.

Esta obra surgió por un motivo concreto, la lucha durante siglos de la mujer para ser libre en espíritu, alma y cuerpo. Siempre condicionada a los deseos o ideales del hombre, pero gracias a un sinfín de ellas, hoy su libertad, y en consonancia, su felicidad está más cerca.

La mujer tiene derecho sobre su propia ideología, creencia, expresión, cuerpo y alma, pero debemos asumir que no siempre fue así, en este libro expongo levemente como en el siglo

diecinueve era condiciona en su trabajo, amor, matrimonio e incluso relaciones sexuales, como si el hombre sí fuese libre para ello.

Paralelamente expongo lo que la mujer era en la prehistoria, contada en forma de ficción, pero no muy alejada de la realidad, combinando una gran pasión que tengo por las cuevas de Altamira, lugar mágico donde los haya.

Introducción

Una joven arqueóloga, en el año 1877, descubre algo en las cuevas de Altamira, un objeto extraño que no debía estar ahí, un objeto fuera de su tiempo. La historia transcurre en la zona Norte de España, Camila debe entender que es lo que le da la felicidad, debe lidiar con la autoridad de su padre, también con la de la sociedad que no ve con buenos ojos el desempeño de su trabajo, y desde luego con sus compañeros.

Durante ese período de su vida, la joven conoce a Fred Smith, un prestigioso arqueólogo con bastante mala reputación con respecto a las mujeres, lo que se conoce como mujeriego, sin embargo su trabajo es intachable y goza de una buena credibilidad frente a la sociedad científica, ni por amor ni por la verdad cambiaría su credibilidad y eso hará que Camila dude de él, pero por el que siente una gran admiración, tal emoción la puede llevar a confusión con respecto al amor.

En ese mismo tiempo, ella encuentra un objeto que le abrirá los ojos a un mundo diferente, tendrá la oportunidad de asomarse levemente al pasado y al futuro, pero antes deberá descifrarlo y es en ese camino donde se encontrará con un joven pintor, lleno de sensibilidad provocada por conflictos familiares.

Darío, ese joven pintor la hará dudar sobre el camino que debe escoger, sobre el camino que la llevará hasta una vida propia de una mujer de finales del siglo XIX, o un camino de libertad y felicidad distinta a la que se vivía, un camino que le proporcionará un alma mucho más libre que la que siente en aquellos momentos.

[CAPITULO 1](#)

[El libro](#)

[CAPITULO 2](#)

[Revelación](#)

[CAPITULO 3](#)

[Aprendizaje](#)

[CAPITULO 4](#)

[La emoción de Jazmín](#)

[CAPITULO 5](#)

[La visita](#)

[CAPITULO 6](#)

[La invitación](#)

[CAPITULO 7](#)

[La decisión](#)

[CAPITULO 8](#)

[El regreso](#)

[CAPITULO 9](#)

[El amor](#)

[CAPITULO 10](#)

[Atrevimiento](#)

[CAPITULO 11](#)

[El mensajero](#)

[CAPITULO 12](#)

[Pudores que alejan](#)

[CAPITULO 13](#)

[Viaje al corazón](#)

[CAPITULO 14](#)

[Recelos](#)

[CAPITULO 15](#)

[Hacia el amor](#)

[CAPITULO 16](#)

[Deseo, placer y éxtasis](#)

[CAPITULO 17](#)

[Sueños](#)

[SUPLEMENTO](#)

[Verdadera historia de las cuevas de Altamira](#)

[BIOGRAFIA DEL AUTOR](#)

1 877 en las cuevas de Altamira, España.

-¡Fred!, ¡Fred!-, gritó, -¡han encontrado algo muy extraño, raro..., ven por favor!

Fred era su compañero, un arqueólogo con bastante mala reputación en las relaciones sociales, pero un gran profesional en su campo, habían avisado a quien grita para que entrasen en la cueva, y de inmediato, ésta supo de lo extraordinario que tenían ante sus ojos.

-¿Qué sucede señorita Storm?-, le preguntó Fred. Ese hombre siempre pensativo con su sombrero beige y bigote.

-Creo que no se va a creer lo que hemos hallado en la cueva-, le dijo la mujer arqueóloga. Al igual que su compañero, ésta era una joven de unos veintisiete años, entusiasta por descubrir cosas del pasado, de la historia, pero a diferencia de Fred Smith, ella ni tenía su prestigio en ese mundo, ni la valía de la que tanto presumía su compañero. No en vano, Fred era portada por tantos nuevos hallazgos, como por su desleal comportamiento ante la sociedad más de élite.

-Está segura... son pocas las cosas que me sorprenden a estas alturas de la vida-, le respondió, -vaya a llamar a Víctor, él no querrá perderse su fabuloso descubrimiento.

-Víctor ya está en la cueva, señor Smith-, le dijo ella. La mujer siempre correcta y amable en sus palabras, era una joven educada en la alta sociedad británica, pero su pasión por lo desconocido le llevó a escoger una profesión, donde no era muy bien recibida.

-Estupendo..., pues vamos a la cueva a ver eso tan fascinante.

Ambos entraron a ese maravilloso lugar, en donde el tiempo quedó paralizado, donde nuestros ancestros dejaron sus huellas en forma de pinturas, como si aquel recóndito lugar perteneciera al pasado. En una de las grutas, en donde se habían centrado los esfuerzos de los tres arqueólogos, y el de los seis acompañantes o peones, asomaba bajo la dura piedra, una especie de paquete, atado con hilos de hebras y envuelto en múltiples hojas de una especie de higuera, pero hojas de mayor tamaño.

-¿Qué es lo fabuloso?-, preguntó Fred.

Víctor le miró incrédulo, éste era otro joven, de unos treinta años, sin mucha experiencia o reconocimiento, pero mucho más entregado que Fred en sus labores, de origen hispano, a diferencia de Fred Smith y Camila Storm, los cuales eran ingleses, -ese paquete ha sido conservado a conciencia..., debe ser incluso más antiguo que las pinturas.

-Yo solo veo un trozo de hojas podridas-, respondió el inglés.

-No podemos apreciar su tamaño hasta que no lo desenterramos, pero quería que fuese usted quien lo describiese, creo que puede ser algo significativo-, le dijo Camila alumbrando con el candil.

-Está bien..., no debería perder el tiempo, pero si es usted quien me lo propone, lo haré-, le contestó. Se sabía que Fred era un hombre muy admirado entre las señoritas, un verdadero seductor con éstas y también con alguna que otra señora.

-¿Quiere que lo extraiga yo?-, le preguntó Víctor.

-No..., prefiero que lo hagan mis hombres, ellos tienen más experiencia, si os apartáis podremos comenzar.

Tras un largo y laborioso trabajo, bajo la tenue luz de las antorchas, los arqueólogos prestaban su paciencia al convencimiento de que estaban ante algo digno de ser estudiado, muy poca atención había sobre las cuevas de Altamira, tenían todos los permisos en regla para trabajar allí, y éstos podían hacer cuanto les diese la gana en aquella mágica y espectacular cueva. La noche se les vino, no era fácil desenterrar en la piedra un objeto tan frágil como las alas de una mariposa, dañadas con el paso de los siglos, y utilizando tan solo unas escobillas de puntas metálicas.

-Creo que hoy va a ser difícil que lo podamos extraer-, decía Fred, -tal vez debiéramos descansar hasta mañana.

-Usted es quien decide señor-, le respondió la joven emocionada con todo lo que se hallaba en las cuevas.

-¡Vamos a recoger todo y mañana se proseguirá donde lo hemos dejado!-, exclamó a sus operarios. Todos abandonaron el trabajo, la voz de Fred retumbaba en las paredes y se podían escuchar caer gotas de humedad al fondo en la oscuridad de la agónica cueva, de hecho, ese bulto estaba en el rincón último, donde se supone que los antepasados usaban para dormir debido a la poca altura del techo de la cueva en esa zona.

-¿Le apetece cenar esta noche conmigo?-, preguntó el inglés a la joven, -en mi tienda dispongo de todo para su comodidad.

Camila miró tímidamente al hombre, luego un poco nerviosa miró a Víctor, el cual estaba cerca de ellos, -no creo que sea apropiado para una mujer soltera.

-Únicamente se trata de mantener una conversación... no veo nada mal intencionado en ello, me gustaría conocerla un poco más-, le habló en tono seductor.

-Entonces podríamos cenar los tres juntos-, respondió sujetando del brazo al hispano.

Eso no gustó a Fred, de hecho, se le pudo notar en sus gestos, pero como iba a poder decir ahora que no, -claro..., cuantos más seamos mejor-, dijo. Se alejó de ellos dirección a su tienda, los otros dos arqueólogos se quedaron rezagados, -no debiste decirle eso, no creo que le guste que entre en su tienda-, soltó Víctor.

-Pues que se enfade, somos un equipo y no veo razón para que no pueda cenar con nosotros.

-Yo pienso que para él sí que la hay..., no soy más que un incordio entre vosotros.

Ella se sonrojó, no porque tuviera nada con Fred, sino por el simple hecho de escuchar a

Víctor hablar de posibilidad de encuentro sexual con un hombre. -No hable así, nada hay entre Fred y yo..., es un magnífico arqueólogo, pero al igual que lo será usted.

-La conozco desde hace poco tiempo, pero es usted muy amable y me gustaría... que si fuese posible nos tuteáramos-, le dijo.

-¿Cómo voy a hacer eso?... en mi familia siempre se ha hablado con respeto, no puedo tutearle-, respondió sonriente y un poco menos sonrojada.

Durante la noche, en la tienda de Fred, cenaban los tres con una vacía conversación, podía notarse la tensión entre quien no quería estar allí, quien no deseaba que alguno estuviera allí y el poco tiempo que hacía que se conocían, a veces era el silencio quien gritaba.

-¿Y pertenece usted a la familia de los Storm de Londres?-, le preguntó el inglés.

-Mi padre es Alva Storm, hijo del dueño del mayor banco de Inglaterra, pero no me gusta nada que se me relacione con eso-, respondió.

-No la entiendo, con una de las familias más reputadas del país, no comprendo que está haciendo usted aquí, manchándose las ropas y las manos con tierra.

-Hay pasiones que no entienden de lógica..., usted debería entenderme.

-¿Yo?, mi padre era herrero, muchas veces usé el martillo, pero deseaba salir de ese trabajo tan duro y monótono..., esta fue mi única alternativa y ahora me alegro por haberlo hecho.

-Pensaba que lo suyo era más vocacional-, le dijo Víctor.

-Al principio sí, pero cuando has encontrado tantos tesoros y tantos reconocimientos, ya no es lo mismo.

-Pero si es usted muy joven-, le dijo Camila.

-Tengo ya treinta y seis años..., ¿joven?, llevo treinta trabajando, no en la arqueología, pero trabajando..., solo quiero parar y disfrutar de lo que he conseguido-, decía. Miró a la joven, -y sin duda disfrutar de la compañía de una señorita... tal vez se refiera usted a eso cuando dice que hay pasiones que no entienden de lógica.

Ella se sonrojó y le desvió la mirada, -es tarde..., creo que me voy a retirar.

-Es cierto, muchas gracias por la cena y el vino-, dijo también Víctor, -yo la acompaño a su tienda señorita.

-Buenas noches-, les dijo el inglés sin levantarse del asiento, algo poco habitual en un hombre al retirarse una mujer de la mesa.

Víctor y Camila salieron bajo un manto de estrellas, la noche era silenciosa, junto a la tienda de Fred, se encontraba la de Víctor y un poco más allá, la de la arqueóloga en una extensión pequeña de terreno que mantenía la horizontalidad en el terreno, detrás estaban las de los operarios.

-¿Cree usted que se ha molestado el señor Smith por no responderle?-, le preguntó la joven a Víctor.

-Creo que se ha molestado por otros motivos... es usted una joven muy bella y Fred es un hombre... como decirlo.

-¿Lanzado?

-Bueno más o menos... a mí no me gusta interferir en la vida de nadie, pero tenga cuidado con él.

-No se preocupe por nada, soy una mujer con las ideas claras.

-Me gusta que sea así, pero el amor ciega... créame.

-Buenas noches, gracias por acompañarme y por sus palabras.

-Buenas noches... que descanse-, le dijo. Ella entró en su tienda y el joven se retiró a la suya, el día había concluido.

La luz que entraba a través de la tela beige de la tienda, dibujaba sus formas en el cuerpo bien vestido, con las prendas del sueño, de Camila. Esa claridad molestó en sus cerrados ojos, era la hora de levantarse y seguir con el trabajo, no sin antes tomar una buena taza de té caliente, era finales de otoño y ya refrescaba bastante.

Nada más salir de su tienda, la mujer se dejó llevar por el fresco de la soleada mañana en un enclave tan maravilloso, Camila soñaba desde pequeña con la historia, con encontrar ese eslabón perdido que nos une a los más primitivos.

-Buenos días-, le dijo Fred sentado junto a los demás, tomando el té y rodeando un pequeño fuego donde calentaban el agua, antes de comenzar con las labores.

-Buenos días, señor Smith..., tengo muchas ganas de ver que contiene ese bulto, apenas he podido dormir.

El arqueólogo la miró con prepotencia, -no creo que pueda mostrar nada más maravilloso que esas pinturas de los techos, cada día estoy más fascinado con ellas.

-Es algo que no le pongo en duda, pero ¿no tiene interés por saber que contiene ese objeto?

-Hay una gran controversia en si esas pinturas son antiguas o falsas..., debemos acabar con esa idea de inmediato, esto se debe mostrar al mundo como lo que es, y sinceramente no veo nada en particular con ese envoltorio.

-Pero usted mismo ha visto con el esmero en que se ha tratado de conservar..., no puede contener algo banal.

-Ya hemos recogido muestras de puntas, herramientas e incluso cenizas, lo que a mí realmente me fascina son esas pinturas, mi obligación es datarlas lo antes posible para que se maraville el mundo.

Ella mostró en su rostro la decepción con la que la había despertado, no comprendía que le había hecho cambiar de opinión en la noche, -entonces..., ¿no va a reanudar los trabajos para desenterrarlo?

-Por supuesto que no, ese trabajo lo podéis hacer vos y su buen amigo Víctor-, le contestó. Seguramente no le había caído bien que invitara al joven arqueólogo a cenar y mucho menos que le rechazara su proposición de conversar con ella a solas.

-Muy bien señor Smith... puede que luego de que lo hallamos desenterrado no se nos reconozca ni el lugar, ni la fecha, nosotros no tenemos su prestigio y veracidad ante los medios.

-No se preocupe por eso, yo ya he visto dónde se encuentra y no tendré problemas en datarlo en cuanto lo haga con esta cueva..., ese artefacto no se ha podido poner ahí a posteriori.

-Gracias, le estoy muy agradecida-, le dijo. Luego de reverenciar se marchó hasta el interior de la cueva, en donde Víctor ya trabajaba, -buenos días.

-Buenos días, Camila..., ye le habrá contado Fred que no nos va a ayudar con el descubrimiento.

-Sí, me lo ha comunicado, pero me he guardado su palabra de que lo datará él mismo con la fecha de la cueva.

-Perfecto, algo es algo..., sin su firma no nos serviría de nada, es por eso que quiero crearme un nombre como él, es devastador pensar que nuestra palabra no tenga valor.

-Así es la vida, usted al menos es un hombre, imagínese cuantas personas me crearán a mí-, le dijo. Ellos disponían cada uno de un operario, mientras que Fred de cuatro, pero serían bastantes para desempolvar aquel artículo con desmesurado cuidado, con las tristes luces de las velas y los candiles.

Todo el día les costó, pero al fin estaba en sus manos, era un paquete grande, muy bien envuelto y amarrado con finas y frágiles hebras de hojas, antes de sacarlo al exterior lo cubrieron para que el sol no lo dañase, tanto Víctor como Camila estaban entusiasmados, aquello no era un simple olvido, o una herramienta rudimentaria dejada atrás, aquello estaba envuelto a conciencia y sabiendo lo que había que hacer para que perdurara por siglos y milenios.

Una vez en la tienda de la mujer, ninguno se atrevía a tocar tan frágil artefacto, entró Fred después de que le dijeran que el artilugio ya había sido desenterrado, -no lo toques-, le dijo.

-Esto debe tener algo en su interior-, respondió Víctor.

-No se puede destrozarse, hay que embalarlo con sumo cuidado y rotular la fecha y el lugar de donde se extrajo.

Casi caía la noche, el inglés quería llevarlo a su tienda junto a los demás objetos, pero Víctor decidió interceder por Camila, -es su hallazgo..., déjale algo a ella.

A Fred no le gustó el atrevimiento ni las formas de Víctor, pero actuó con corrección tras mirarle con ojos penetrantes. -No tengo ningún problema, ¿pero sabrá cómo tratarlo?

Ella agarró el objeto con guantes, trató de ver su contenido a contraluz de una vela, pero nada se translucía, luego agarró una de las bolsas de papel donde lo metería, y de pronto, parte del envoltorio se deshizo en sus manos inexpertas, era lógico tras miles de años, -no lo he tocado-, dijo ella preocupada.

-Ya le dije que para hacer este trabajo hay que saber lo que se hace-, increpó el inglés.

Ella se mostró bastante angustiada, e incluso con gestos de haber arruinado algo valioso, en uno de los picos asomaba un material que dejó atónitos a los tres arqueólogos, -eso no puede ser-, dijo Fred.

-Parece la esquina de un libro-, soltó Víctor.

Luego, Fred, sujetó el paquete, -es un libro..., y está muy bien conservado, esto no es posible.

-¿Cree que la datación de la cueva es errónea?-, le preguntó Camila.

-No..., creo que puede tener entre dieciocho y catorce mil años..., de hecho, ya he identificado dos etapas en las pinturas, la de los caballos que puede ser de hace unos dieciséis o diecisiete mil años, y la de los búfalos, que presumiblemente se encuentra entre los catorce mil años y los dieciséis mil..., por lo que no puedo afirmar su pregunta.

-¿Y cómo es posible que este libro pertenezca a esa época?-, insistió ella.

-Le voy a dar mi opinión, ese libro no debería estar en ese lugar..., no cuadra, de hecho no sé si se trata de una broma, tal vez hace unos años, cuando se descubrió esta cueva el señor de estas tierras lo dejara ahí para publicitarla.

-Pero usted mismo ha visto que era imposible que alguien lo introdujera en la piedra, de hecho, yo cuento más de cien capas de hojas para su conservación, habrá que analizarlo, pero parece que algún tipo de material se ha dejado entre las capas para que no entraran las bacterias-, le dijo Víctor.

-Mira..., esto va así, haced con el libro lo que os dé la gana, pero desde luego ese libro está fuera de su tiempo, si lo mostramos nadie creerá en la datación de la cueva, ya nos está costando bastante para que los científicos y la sociedad crea que estos dibujos se hicieron hace miles de años, con ese libro sería el hazme reír del mundo-, les dijo Fred.

-Tenía su palabra de la datación y del lugar donde se encontró, ¿no piensa cumplirla?

-Señorita Storm..., yo no voy a poner en riesgo mi credibilidad, y les sugiero que hagan lo mismo, o nunca disfrutarán de ella.

-¿Quiere que lo ocultemos?-, preguntó Camila.

-Quiero que lo destruya, pero si es usted tan terca como me lo parece, sé que no lo hará, pero no la juzgo, es su afán por descubrir, ese libro solo le va a traer problemas.

-Señor no considero que me deba faltar al respeto..., no me considero una mujer terca sino de ciencia, y esto estaba donde estaba.

-Es por lo que le dije que haga lo que quiera con él, tome mi consejo y no cuente conmigo para dar a conocer ese libro..., de hecho, lo negaré rotundamente.

-Muchas gracias..., ya estoy enterada de cuánto vale su palabra señor-, le dijo. Ella estaba indignada, pero guardando la compostura como era la obligación de una mujer en esa época.

-Mi palabra señorita, vale más que el imperio de toda su familia, pero no es el primer objeto fuera de su tiempo que desentierro, y para tener credibilidad no se puede andar hablando de fantasmas, de extraterrestres o de libros mágicos..., entienda eso o le auguro un futuro negro.

-De acuerdo, entonces no habrá impedimento alguno en que me quede con él y lo guarde..., no comprendo cómo no tiene curiosidad por ver el contenido, o al menos su portada.

-Puede quedárselo, yo no tengo nada más que decir-, le dijo Fred. Luego Víctor la miró con pena en sus ojos y agachó la cabeza, -creo en lo que dice el señor Smith..., debería destruirlo.

-Puedo comprender al señor Smith, pero no a usted..., ¿es más importante ganarse el prestigio que decir la verdad?-, soltó con decepción.

-Lo siento... No puedo hacer nada-, respondió. Luego salió de la tienda, el inglés la miró, le sonrió e hizo un gesto con su viejo sombrero al despedirse.

Revelación

Esa noche, Camila permaneció en su tienda, únicamente en su mente revoloteaban las palabras de Fred, pero su curiosidad insaciable de lo histórico, no la dejaban conciliar el sueño, era cierto que aquel libro le podría proporcionar el fin de su deseada carrera en la antropología. Eran tiempos convulsos, y desde luego mucho más para una dama, las cuales no abundaban en aquellas profesiones.

Se levantó de la cama en mitad de la noche, la luz de su candelil iluminaba su tienda, agarró aquellas hojas que cubrían el libro, y lentamente las fue eliminando hasta llegar a un cuaderno de color azul, más que un libro parecía un diario, estaba en buen estado a pesar de los miles de años que tenía. Es cierto que la cubierta estaba algo desquebrajada, pero seguía siendo funcional, tanto el envoltorio como el enterramiento bajo tierra seca, la cual se endureció con el paso de los milenios, protegieron bien el artículo, todo hacía sospechar que quien lo puso allí, sabía lo que quería conseguir.

La joven no se atrevía a abrirlo, por varios motivos, entre ellos el miedo a deteriorarlo, y también por el temor de lo que podría encontrar en su interior, ya no porque pudiera poner en riesgo su profesión, sino porque la historia conocida hasta el momento podría no ser la correcta.

Lo puso dentro de una bolsa de papel para protegerlo, luego lo sacó indecisa, hasta que finalmente lo abrió. Nada de lo que allí había escrito podía leer, un idioma desconocido para ella eran las letras que se dibujaban en las hojas, las pasó con mucho cuidado y cautela para no estropearlas, varios dibujos mostraban la fauna de entonces, bisontes, lobos, mamut, ciervos y jabalíes.

Todos esos dibujos tenían sus letras debajo, parecía como si el autor los describiera, pero para Camila era indescifrable aquel lenguaje, lo cual le hizo dudar aún más de su procedencia, era fascinante para la joven poder tener aquella reliquia en sus manos, no había duda de que era imposible que perteneciera al paleolítico, pero la evidencia más acertada que la joven poseía, era que ella misma lo había extraído de la roca en donde fue enterrado, imposible dar una fecha concreta, pero al menos oscilaría entre hace trece mil años y veinticinco mil, por lo que aquello no era ninguna cosa a despreciar.

Ella lo guardaría con esmero, y trataría de conocer el idioma que en él se representaba para poder leerlo, ahora que lo había abierto y se había asomado al pasado como ningún otro ser humano en la tierra, no descansaría hasta traducir y proteger aquella maravilla.

Luego de introducir el libro en la bolsa, lo más hermética posible, y ocultarlo en un lugar seguro, regresó a la cama, aún era de noche y debía descansar, aunque el sueño no la visitase.

-Buenos días-, le dijo Camila a Víctor cuando salió de su tienda a la mañana siguiente.

-Buenos días, ¿ha dormido bien?

-Estupendamente gracias..., ¿con qué vamos a empezar hoy?

El joven la miró, sabía que la había decepcionado, pero según él, lo había hecho por protegerla a ella y a él mismo. Lo que no entraba en su cabeza era que, aunque la joven siempre se mostraba amable y correcta, en su interior tenía sus propias ideas, -hoy vamos a excavar en la zona norte, es allí donde quiere Fred que lo hagamos, está bastante nervioso por los ataques que está recibiendo en cuanto a sus informes..., poca gente cree aún que esta obra de arte pueda tener tantos milenios-, dijo el hispano.

-Desde luego parece increíble tanto el color que mantienen los animales pintados, como el gran arte que tuvieron para realizarlos..., hasta impresionan verlos en los abultamientos del techo, le dan un aspecto más realista si cabe.

-Fred va a realizar unas pruebas en los caballos, parece ser que no pertenecen a la misma época, quiere que en la tarde estemos presentes para dar fe de los resultados.

-Me parece muy bien..., ¿comenzamos?-, preguntó ella impaciente.

El hombre al caminar hacia la cueva le preguntó con dudas a Camila por el libro, -ese libro ya no existe-, le contestó ella.

-No creo que haya sido capaz de destruirlo..., la conozco mejor de lo que cree.

-Yo también pensaba que le conocía, sin embargo, con su actitud de ayer, fue usted quien lo destruyó.

Ni una sola palabra volvió a salir de la boca del joven, caminaron al interior de la cueva e hicieron su trabajo, pero ella no podía dejar de maravillarse con todas las pinturas que se estaban mostrando ante sus ojos, como una niña pequeña ante un regalo de Navidad.

En la tarde, la mujer se presentó ante Fred en su tienda, ésta tenía intenciones de visitar a un buen amigo suyo en el siguiente día, un historiador español que vivía cerca de la frontera con Francia, el hombre no le puso impedimento alguno por el viaje, pero sí que le advirtió que sus movimientos comenzaban a dirigir su declive, -solo estaré fuera tres días-, le dijo ella.

-Por el trabajo no se preocupe, señorita Storm, pero por sí hágalo por sus intenciones.

-No se moleste por mí, todo cuanto haga será muy bien calculado, y por supuesto que no debe temer por mis intenciones para consigo.

-Estupendo, entonces no tengo nada más que sugerirle... vaya usted tranquila-, le respondió.

-Usted debe saber...

-Señorita Storm, estoy a punto de darme un baño, y a no ser que usted quiera ayudarme con eso, le sugiero que salga de la tienda.

-Perdóneme... ya salgo-, le dijo sonrojada.

Durante la noche, la mujer copió una pequeña parte del libro, no estaba dispuesta a que nadie lo tocara, y tampoco a revelar su existencia, al menos por el momento. Esa noche fue larga, y la luz que emitía su tienda a través de la tela, así lo mostraba.

Al amanecer Camila ya había partido a la estación del tren, para que la llevase hasta su amigo Pablo, un hombre mayor que había vivido para recopilar gran parte de documentos sobre la historia de España, Francia e Inglaterra, pero también de muchos otros países, la joven quería saber de este hombre si pudiera orientarla en el idioma en que estaba escrito el diario.

En un coche de caballos llegó a la puerta del domicilio de Pablo, bajó e inmediatamente pagó al cochero, -muchas gracias-, le dijo éste al reanudar su marcha. La mujer tocó con fuerza el aldabón y de inmediato fue recibida por uno de los trabajadores de la casa, el cual la acompañó hasta la enorme biblioteca, donde casi siempre estaba perdido entre libros su buen amigo, - ¡Camila!-, exclamó al verla.

-Muy buenas tardes don Pablo, no sabe el placer que me da poder volver a verle.

-El placer es mutuo sin duda..., ¿qué le trae por mi casa?-, le preguntó. Pablo era un hombre con barba blanca y pelo gris, a sus cincuenta y nueve años, la vida no le había tratado bien, tal vez por estar casi siempre a la sombra y rodeado de documentos antiguos.

-Me gustaría saber si pudiera ayudarme con algo-, le expuso la joven.

-Si está en mi mano la ayudaré encantado..., pero siéntese por favor.

Así lo hizo, en una de las sillas que este hombre disponía frente a su mesa de trabajo, -verá, es que me gustaría saber de qué idioma se trata, el de este papel-, le dijo. Le entregó el manuscrito que ella misma había copiado de su libro.

Pablo agarró el papel en sus arrugadas manos, -déjeme que me ponga las gafas..., sí, yo diría que es ruso-, le contestó al cabo de unos minutos.

-¿Está seguro?-, volvió a preguntar. El hombre regresó su mirada al papel y al cabo de unos segundos dijo, -yo juraría que sí.

-¿Y usted entiende lo que pone?

-No-, sonrió, -por desgracia no llego a tanto..., ese idioma no lo conozco, pero sí que lo he tenido muchas veces en mis manos.

-¿Y usted no sabrá quién me pudiera ayudar a traducirlo?

-No conozco a ningún interprete, seguro que su padre podría conocer a alguno, pero yo no la puedo ayudar con eso, pero si usted dispone de tiempo, le puedo regalar un diccionario-, decía al levantarse de su asiento y dirigirse a su enorme biblioteca, -lo debo de tener por alguna de estas estanterías..., si me permite un momento se lo busco.

-La verdad es que se lo agradecería mucho-, le respondió. Luego ella esperó sentada y el viejo amigo siguió rebuscando entre sus tantos libros.

-Aquí está..., ya sabía yo que no podía andar lejos, es un idioma muy complicado, de verdad que si es para traducir esta hoja le servirá, más o menos, pero para algo mayor va a tener usted muchas dificultades.

-Estoy convencida de ello, pero por algo puedo empezar... le estoy muy agradecida-, soltó tomando el diccionario.

-Por supuesto..., y dígame, ¿dónde trabaja usted últimamente?

-Estoy aquí en España, en las cuevas de Altamira-, le respondió.

-He oído hablar de ellas, pero no comparto las ideas que circulan sobre su antigüedad.

Ella le miró con rostro de felicidad, de ilusión, -eso lo puede decir usted, pero los que hemos visto su interior, su maravilla, no podemos negarla.

-Yo no la niego, pero ese Marcelino Sanz de Sautuola no creo que esté en lo cierto..., pienso que le han engañado y nos quiere vender el engaño.

-Yo estoy trabajando con Fred Smith, y él contempla lo mismo que Marcelino..., yo misma puedo decir que estoy convencida de su antigüedad.

-Al final ha convencido a Fred para que detalle un informe, al final terminarán por aceptarlo, ese Fred no solo tiene mano con la prensa, sino con los altos cargos políticos..., y también con sus esposas.

-Es un prehistoriador excelente, como arqueólogo aún más prestigioso y está llevando a cabo unos estudios muy minuciosos créame.

-En fin, no lo sé, pero tantos milenios y que esas pinturas sigan tan vivas..., no lo sé-, le decía, - pasará usted la noche en mi casa, supongo.

-No quiero ser una molestia.

-Para nada, usted sabe que esta casa está abierta a su familia siempre, y mi esposa estará encantada de tenerla entre nosotros, de hecho, voy a avisarla para que le prepare el dormitorio.

-Muchas gracias, es usted muy amable como siempre.

-Tonterías, no se imagina el placer que nos da tenerla aquí-, dijo yendo a la puerta y exclamando a su esposa Jazmín.

La mujer de Pablo se mostró igual de emocionada con la visita, no en vano, ellos trabajaron para la familia de Camila durante varios años, y siempre con una corrección impagable.

-¡Mi amor!... qué alegría.

-Muchas gracias, señora...

-No le permito que me diga señora, llámeme Jazmín... Qué de recuerdos al verla.

La joven se abrazó a ella, -tenía muchas ganas de venir.

Tras la cena, la mujer la acompañó hasta su habitación, una cama simple, con buenas mantas, en la cómoda disponía de agua para lavarse, y una ventana que permitía ver al exterior, a una calle empedrada de adoquines, estrecha y poco transitada.

-Seguro que va a estar bien señorita-, le dijo Jazmín.

-Estupendamente, llevo varias semanas durmiendo en una tienda de campaña..., créame si le dijo que esto es el paraíso, y no se olvide de llamarme por mi nombre.

-Se me hace difícil, tantos años trabajando en su casa.

-Pero usted y su marido siempre les consideré de la familia.

-Me alegro mucho escucharla..., le voy a encender las velas de las mesitas y si necesita cualquier cosa nos lo pide..., buenas noches, cielo.

-Buenas noches, Jazmín.

Nada más quedarse a solas, Camila abrió el trozo de papel que guardaba en el bolsillo de su abrigo, se puso cómoda y se acercó a la luz que le proporcionaban las velas, cogió el diccionario y trató de averiguar si era ese el idioma, y también tratar de traducir algo del texto.

“ Ya no hay esperanzas de regresar, mi tiempo en la tierra ha cambiado, he visto un grupo de homo sapiens a lo lejos, tal vez éstos sean mi única esperanza ”.

El fragmento del libro que Camila había copiado pertenecía a una de las primeras hojas escogida al azar, varias horas le hicieron falta para traducir aquel ínfimo trozo de relato, pero quedó satisfecha por el hecho de conocer el idioma en el que había sido escrito ese diario.

Luego, exhausta cayó en la cama en un profundo sueño, que la haría volar en sus sueños, esa noche sí que descansó con la mente puesta en la joya que creía poseer.

La mañana siguiente se despertó cuando el sol acariciaba su rostro, a través del visillo de la ventana entraba como queriendo jugar con su delicada piel, haciendo que la joven abriera sus ojos de nuevo al mundo en el que vivía.

-Buenos días-, dijo al bajar.

-Buenos días, Camila..., ¿qué tal ha descansado?-, le preguntó Jazmín. La mujer de Pablo preparaba el desayuno e inmediatamente la invitó a acompañarla, -muy bien gracias-, le respondió la joven.

-¿Tiene pensado quedarse entre nosotros?

-No..., esta misma tarde quiero regresar a Altamira.

-No entiendo que hace una señorita de la alta sociedad inglesa en esas cuevas.

-Jazmín, no es de nuestra incumbencia-, le reprochó el marido que acababa de entrar en la cocina.

La joven muy educada, se sentó a desayunar, -no me molestan sus palabras-, respondió a Pablo, -creo que es bueno para todas las mujeres integrarse en trabajos que antes eran solo para los hombres.

-Además de que Camila siempre soñó con nuestra historia-, decía Pablo a Jazmín, -aunque se haya ido más allá, a la prehistoria.

-Es algo fascinante-, soltó la joven.

-Puede ser, pero yo prefiero la historia, poder contrastarla con escritos, discúlpeme mis palabras, pero antes de la historia únicamente hay conjeturas e hipótesis.

-Es por eso que es fascinante, porque nadie la dejó escrita y es un mundo que pertenece a los humanos y que debe ser escrito-, le dijo ella.

-Sea como fuere, usted está bien recibida en casa cuando lo desee, ahora que está tan cerca de nuestro humilde hogar esperamos de nuevo su visita.

-Descuide..., posiblemente lo haga-, decía cuando entró en la cocina un joven al que ella no conocía.

-Buenos días-, dijo.

-Oh, buenos días..., esta es la señorita Camila-, la presentó Pablo, -él es mi sobrino, se ha

mudado a vivir con nosotros desde Barcelona.

-Encantada-, le dijo la joven. El sobrino era de menor edad que ella, apenas veinte años, pero mostraba una gran madurez en sus formas, -el placer es mío, sin duda-, le respondió besándola en la mano sin dejar de mirarla a los ojos. -¿Y a qué se dedica señorita?-, preguntó.

-¡Darío!-, exclamó Pablo, -Camila es hija de los Storm de Inglaterra, cuida tu lenguaje.

-Solo fue una pregunta, no se altere don Pablo-, respondió la joven, -me dedico a la antropología, aunque ahora trabajo de prehistóloga en Altamira.

-Muy interesante, la verdad no me lo esperaba-, le dijo. El joven era alto, moreno y bien esculpido, tal vez por sus genes o simplemente por su juventud.

-No se esperaba que trabajase en las cuevas por ser mujer o por otro motivo... Y usted, ¿a qué se dedica?-, le preguntó.

Darío la miraba como nunca nadie lo había hecho, su descaro conseguía que la joven se ruborizara, que se sintiese desnuda ante tal provocación, -pintor..., he seguido los pasos de mi padre y estudio bellas artes en Bruselas.

-Muy interesante..., la verdad no me lo esperaba-, le contestó. El joven pintor sonrió y ella rechazó su mirada.

Algo difícil de explicar se produjo entre ellos, la joven había trabajado con Fred, un seductor reconocido por el mundo, capaz de engatusar a la mujer que deseara, pero la penetrante y rebelde mirada de Darío, atravesaba los más profundos confines del alma de Camila, hasta allí donde ninguno otro había viajado.

Lástima que la profesión de pintor estuviera tan mal vista en la época, ya no solo por los rumores que circulaban sobre los secretos de alcoba, sino por los tantos que quisieron ser famosos y adinerados a cuenta de su profesión, y no obtuvieron más que pobreza y rechazo social.

Después del mediodía, Camila ya cargaba su pequeña maleta, regresaba a las cuevas de Altamira, -muchas gracias por todo-, les dijo al matrimonio.

-Gracias a usted por la visita-, le respondió el hombre, -le he pedido a Darío que la acompañe a la estación.

-No debió molestarse..., yo puedo hacerlo sola-, soltó inconsciente de la ruborización de sus mejillas.

-No voy a permitir que camine sola por las calles..., ¿qué clase de amistad sería esa?-, insistió el hombre.

-Muchas gracias, son ustedes muy amables y atentos.

-Ya sabe donde tiene su casa-, respondió Jazmín.

Tras despedirse, ambos jóvenes se alejaban de la casa con paso pausado, camino al tren, y mantenían una conversación mientras lo hacían, -¿y cuál es su pasión en la pintura?... ¿paisajes tal vez o me equivoco?

-¿Mi pasión?-, decía mirando al suelo al andar, -si de veras quiere conocerla se la puedo decir, pero puede que no le guste la respuesta-, le dijo Darío siempre cortante.

-Es el motivo de mi pregunta, su respuesta.

-Mi pasión son las figuras humanas..., los rostros y los cuerpos desnudos, esa es mi pasión-, decía cuando a ella, sorprendida y tal vez pudorosa, dejó caer su bolso al suelo, -¿qué le ocurre?

-Nada..., nada-, respondió. El joven se agachó inmediatamente y le recogió su complemento de mano, se lo entregó, pero no sin mirarla.

-Pensé que quería una respuesta, esa es mi pasión, pero no se alarme, ninguna mujer se ha querido exponer para que la pinte... al menos no hasta ahora.

Ella se sonrojó, sujetó su bolso y continuó caminando, -espero de verdad que no la encuentre, no comprendo porque hay mujeres que se dejan pintar en esas poses.

-Para plasmar el arte en el arte, para dejar su belleza en la eternidad... E incluso por el placer de ser observada por el pintor.

-Es usted muy atrevido, no le puedo consentir que me hable así-, le dijo cuando estaba ya en la estación.

-Y usted muy estirada para ser tan bella..., solo respondí a sus preguntas, le dije que tal vez no le gustase la respuesta.

-Buenas tardes-, dijo Camila subiendo al tren. Ella se mostraba molesta en el exterior, como debía ser por cualquier dama que se preciara en esos años, pero por dentro ya sería otra cosa el sentimiento que el joven le proporcionaba.

-Buenas tardes y muy buen viaje-, le respondió el pintor. Luego se alejó de la estación ante la mirada confusa de ella a través de la ventana de su vagón.

Durante la noche y bajo la extensa oscuridad de un cielo repleto de estrellas, la mujer llegó a la estación, en donde la esperaba Víctor agradado por su presencia, -me alegro de tenerla de vuelta-, le dijo.

-Gracias..., ¿cómo van los estudios?

-Bastante bien, el señor Smith tiene la intención de publicar sus avances pronto..., ya veremos cómo son acogidos por la sociedad científica.

-No me cabe en la cabeza que todos esos que critican sus investigaciones, no se dignen ni tan siquiera a contemplar las pinturas-, respondió indignada.

Entrada ahora bien la noche y pudiéndose contemplar el manto estrellado en mitad de la nada , ambos llegaron al campamento en donde les esperaba el arqueólogo inglés, -bienvenida señorita Storm..., esta mañana ha llegado una carta para usted, la esperé despierto para entregársela.

-Pensaba que lo habría hecho por otro motivo.

-¿A cuál se refiere?-, preguntó cruzando sus miradas.

-Muchas gracias-, le respondió cogiendo la correspondencia de su cálida mano, -no tiene importancia lo que crea si usted no lo entiende así.

Camila abrió el sobre, era de su padre, en ella le indica le necesidad de que regresara de inmediato a su domicilio, al parecer había feos rumores entre la alta sociedad que su buen nombre no podía tolerar, pero en vez de volver a Inglaterra, ella pensó en devolverle una carta explicándole sus intenciones. Para nada y por casi nada estaría dispuesta a abandonar sus sueños, aquellos que en gran medida, le estaban proporcionando una libertad que antes no disponía.

Puede que al recibir la correspondencia de su hija, el poderoso banquero no se sintiese recompensado por la actitud de su princesa. Este hombre tenía más hijos, dos varones entregados a las finanzas de su progenitor, pero su única hija, siempre disfrutó de los favores de un padre que veía a su niña como su gran tesoro, como su verdadera princesa. Pero todo aquello no sería suficiente para poner en entredicho la reputación intachable de la que gozaban los Storm.

Una vez en la tienda, la joven que había llegado agotada del viaje, se quitó su sombrero y la larga falda, el polisón, que ya empezaba a tener los días contados, también se deshizo de él, y de la chaqueta, bajo todas esas prendas la mujer llevaba muchas más y se quedó con sus botines de raso y los guantes hasta el codo, más toda la ropa interior, tales como el corsé, las enaguas de color blanco y aún más por debajo, la combinación que era la prenda última que acariciaba su piel.

-¡Eh!-, gritó. El hombre inglés había entrado en su tienda sin llamar, -me estoy cambiando.

-Pues parece que sigue vestida-, le respondió.

-Dese la vuelva inmediatamente..., no puede entrar así en la tienda de una dama.

-No pensaba que se fuese usted a acostar tan pronto..., discúlpeme-, le dijo. La mujer se puso encima una bata que cerró con su cordel, por si fueran pocas prendas, -ya puede girarse-, le dijo al terminar.

-Solo quería saber cómo le fue en su viaje.

-Muy bien, he aprendido mucho, como trato de hacer siempre..., aunque usted se niegue a enseñarme.

-No me niego, es solo que todos hemos sido aprendices alguna vez... Estoy un poco nervioso por las tiradas periodísticas de mañana, no sé cómo se tomarán mi trabajo.

-Usted goza de una gran fama, yo no creo que deba preocuparse.

-¿Y qué fama es la que ha oído usted?

La mujer se ruborizó al ver como se acercaba el hombre, el simple hecho de saber que estaba en ropa interior bajo la bata, y tener a un hombre en su tienda, hacía que mostrase su pudor en las mejillas, -he oído de todo, pero estoy segura de que es usted todo un caballero, y que los rumores sobre su perfil mujeriego son infundados por esa prensa de la que usted teme.

Las palabras de Camila consiguieron su objetivo, frenar a un hombre dispuesto a montarla en cuanto se descuidase, -me alegro de que esté bien..., le quiero regalar un uniforme para que desempeñe mejor su trabajo.

-¿Un uniforme?..., no le entiendo.

-No dudo de que usted en el fondo es una mujer rebelde de su tiempo, al igual que esas mujeres que ya juegan al tenis, la tendencia de la moda de la mujer va en la dirección menos artificial de vuestros cuerpos, y también conseguir menos rigidez en vuestras prendas.

-¿Y qué me propone?

-No lo he diseñado yo-, sonrió, -se lo he encargado a uno de los mejores modistas de Francia..., creo que lo encontrará de su agrado, la liberará de ese angustioso corsé, y no debe preocuparse de nada porque su cuerpo seguirá totalmente oculto bajo las prendas.

-Veo que conoce usted muy bien las prendas interiores de las mujeres.

-Es pura afición, pero nada de lo que deba preocuparse.

-Muchas gracias entonces..., le agradezco el detalle.

El hombre se quedó pensativo por unos segundos mientras la admiraba, ella aún permanecía con su peinado de la ciudad, sus verdes ojos brillaban como la esmeralda y sus cabellos recogidos como hebras de oro, -buenas noches, señorita Storm..., mañana será un día duro, que descance usted bien en la noche.

-Que descance usted también-, le dijo. Al salir de la tienda, ella la cerró para poder deshacerse de las incómodas prendas, botas, guantes, corsé, horquillas, y enaguas, quedándose esta vez sí, en la combinación con la que pasaría la noche, noche que dedicaría a aprender ruso y tratar de ir

traduciendo el libro que tanta curiosidad le suscitaba.

La semana pasó, y un gran revuelo se formó alrededor de los expertos en prehistoria, todos aquellos que seguían negando la evidencia, la más absoluta ingenuidad de quienes son incapaces de moverse de sus ideas, pero Fred no se amedrentaría contra algunas voces que le llamaban loco, fue en esa semana cuando Camila comprendió las palabras del arqueólogo inglés, si ese libro saliera a la luz, posiblemente todo el trabajo realizado hasta el momento en las cuevas de Altamira habría sido inútil.

En una de esas noches, la joven ya disponía de la traducción de las primeras hojas, algo que encontraba fascinante y desde luego de una mayor magnitud que las propias pinturas de las cuevas, pero al mismo tiempo mucho menos creíble si cabe. Durante la noche, y alumbrada con una vela en su cama, la mujer leyó por primera vez el fragmento traducido al completo.

“ Día primero.

Soy la Dra. Svetlana, trabajo en el proyecto viajes en el tiempo, algo no ha salido bien, no funciona ninguno de los dispositivos que pude traer, no sé en qué año, ni en que parte del planeta me encuentre, algo me hace suponer que de nuevo hemos fallado, al igual que ya lo hicieran los compañeros anteriores en las últimas cuatro décadas, por lo que entiendo que tras estos tres días sin noticias de nadie, se suspenderá el proyecto, y lo que es peor, celebrarán mi funeral con una caja vacía.

Ahora tengo miedo, nunca antes había sentido algo parecido, pero pensar en que jamás regresaré para poder ver de nuevo a mi familia, me asusta.

Cuando abandoné Moscú en el año dos mil cuatrocientos treinta y ocho, no imaginé que acabaría en una zona tan diferente a la que había vivido antes.

Ya no hay esperanzas de regresar, mi tiempo en la tierra ha cambiado, he visto un grupo de homo sapiens a lo lejos, tal vez éstos sean mi única esperanza, mi cuerpo necesita alimento y ya no dispongo de agua, el invierno en esta zona es gélido, a mi alrededor únicamente hay hielo y nieve, es por ese motivo por el que he decidido seguir desde la distancia a ese grupo de homo sapiens.

Mi traje térmico funciona perfectamente, al menos no me tengo que preocupar por las bajas temperaturas, también dispongo de los prismáticos y la brújula analógica, por lo que puedo saber que en estos momentos nos movemos hacia el Oeste.

En mi formación académica nunca necesité, ni presté gran interés por la prehistoria, pero a juzgar por los homo sapiens a los que sigo, podría tratarse del mesolítico, o si al caso del paleolítico superior, no obstante, el frío les está empujando hacia el Oeste, por lo que he deducido, por mi experiencia en las estrellas y la cartografía del terreno, estoy casi convencida de que nos dirigimos hacia los pirineos franceses. A lo lejos les observo y me cuesta creer que les tenga tan cerca, enfundados en las pieles de osos y lobos, parecen animales caminando entre el blanco glacial.

Pronto debo contactar con ellos, no podré seguirles el paso si no me alimento de algo, si realmente quiero sobrevivir, debo unirme a ese grupo. Eso es algo que temo, no podré

comunicarme con ellos de forma verbal, ni sé si quiera si podremos entendernos de alguna otra manera, pero lo que más me asusta es la forma en que me acojan, la forma en que vean, si como una amenaza o una víctima, desde luego algo sé..., mi aspecto físico dista bastante de ellos y me sería imposible camuflarme como uno de los suyos.

Día segundo.

Quiero dejar escrito tanto como pueda en este diario, me he propuesto escribir cada día, pero también debo cuidar de la tinta que tengo en los bolígrafos, hoy mismo he tenido que calentar uno de ellos para que pudiera escribir, solo lo haré para dar constancia al mundo de lo que he vivido, o por si alguna vez alguien les pudiera decir a mis padres que estuve viva en la prehistoria..., si algo he aprendido en mis años de experiencia, es que el futuro difícilmente pueda cambiarse con el pasado..., por lo que he aceptado que esta será mi vida hasta que muera.

Otra de mis preocupaciones, es la de traer enfermedades del futuro a esta época, entiendo que los virus en mi cuerpo, aunque haya remitido la enfermedad, siguen durante toda mi vida camuflados en mi ADN, por lo que tendré que convencerles, para que el día en que muera, mi cuerpo sea incinerado para no propagar ninguna posible mononucleosis o gripe.

Esta noche ha sido dura, realmente dura, y ya no por la oscuridad o la cantidad de animales salvajes que se escuchan durante el silencio, sino por el hambre que soporta mi cuerpo, no soy una mujer obesa, más bien delgada y mis reservas de grasa son muy limitadas, según he podido observar en ellos, son un grupo de veinticuatro hombres, veintinueve mujeres o adolescentes y doce niños más pequeños, todos ellos comparten rasgos, muy distintos a mi cabello rubio y mis ojos verdes, también creo que la altura es menor que la mía, pero a eso no le doy importancia, mi traje de color azul y pegado al cuerpo les extrañará en gran medida.

Disponen de una gran fuerza física, les he visto cazar bisontes, yo no es que no la tenga, y a mis treinta años dispongo de una buena capacidad pulmonar y física, pero insuficiente en el caso de tener que huir de ellos. Son veloces como los cazadores que son, están organizados y creo haber identificado al jefe, o el líder de este grupo.

Hoy no voy a volver a escribir, voy a adelantarme para contactar con ellos, si esto acaba aquí, seguramente nadie verá este libro, pero si consigo que me acepten, trataré de conservarlo en la medida de lo posible usando las técnicas aprendidas en medicina.”

Camila no daba crédito, disponía ante ella de un manual sobre el comportamiento de los homo sapiens de Altamira, porque si se encontró ahí ese libro, ella dedujo que la Dra. Svetlana había conseguido llevarlo hasta allí.

Cuando terminase ese diario, tendría más conocimiento de la era prehistórica que ningún hombre sobre la tierra, ni tan siquiera el gran Fred Smith estaría a su altura, lo único malo de aquella situación, era ahora proteger aquella maravilla y traducirlo por completo.

En la mañana, cuando los trabajadores aún permanecían en sus tiendas, la joven volvió a recibir una carta de su padre, éste no iba a permitir que siguiera trabajando rodeada de hombres, y mucho menos de Fred, dada su reputación, esta carta no era explicativa sino más bien tajante en

sus términos. Difícilmente, y por mucho que deseara ser independiente en lo que sus sueños se refieren, podría eludir sus obligaciones bajo el mando paternal de una casa tan poderosa.

-He de irme-, dijo a sus compañeros un tanto afligida cuando éstos salieron a reanudar sus labores.

-¿Qué le ha sucedido?-, preguntó el hispano. La mujer aún sostenía en su mano la carta que le obligaba a abandonar Altamira.

-Mi padre me lo exige.

-Pero no entiendo el por qué-, soltó Víctor.

-No conoce para nada a la clase noble-, hablaba Fred al joven arqueólogo, -una mujer es venerada por sus curvas y su cuerpo, de hecho, aún sus prendas se fabrican con esas intenciones, pero al mismo tiempo y contradictorio, existe un pudor excesivo ante la muestra de las más mínimas partes de la piel de las mujeres, e igual ocurre con los rumores que deben estar circulando sobre tan bella joven.

Camila entendió perfectamente las palabras de Fred, e incluso las compartía, pero ya nada podía hacer por seguir en los trabajos de las cuevas, -la mujer..., señor Smith, debe conservar ese pudor.

-¿Para qué?, ¿acaso ocurriría una catástrofe si se le viese una pierna?... desde que estudio a nuestros ancestros, la mujer nunca había necesitado ese pudor del que habla, pero comprendo su situación perfectamente, solo dígame donde debo enviarle sus pertenencias.

-Le he devuelto una carta a mi padre, explicándole que quiero permanecer en España, en la casa de unos buenos amigos de la familia..., precisamente donde estuve la semana pasada.

El hombre le sujetó la mano por la punta de los dedos y la besó, sin quitarle los ojos de encima le dijo, -entonces si me deja la dirección, sabré dónde encontrarla.

-Por supuesto que se la daré..., a ambos, para que me envíe mis artículos y pueden visitarme cuando gusten.

-Es una invitación que aceptaré con gusto-, respondió.

-No me gusta que deba marcharse... la vamos a echar mucho en falta.

-Le agradezco sus palabras, Víctor, y más me duele a mí tener que salir de este lugar tan mágico.

La mujer, que ya estaba preparada para partir, embutida en su agónico corsé, vestida con falda larga de color rojo, chaqueta de igual color, botines de montar y sombrero, y sin olvidarnos de ese polisón que les hacía mayores curvas en sus traseros a las mujeres de esa época.

-Permítame ayudarla-, le dijo Fred. La joven debía montar de lado en el caballo, su operario la acompañaría hasta el tren, pero la dificultad de subir a la montura, con tales ropas hacía necesario la ayuda, casi siempre, de un hombre.

-Es usted muy amable-, le respondió. Fred con más intensidad que descuido, introdujo con disimulo su mano bajo la falda, bajo las enaguas y bajo la combinación, alcanzando la calidez de la joven.

Ella suspiró al tiempo que la empujaba sobre el animal, y le miró con gestos de sorpresa, pero

la indiferencia que mostraba el hombre, no le permitieron a la joven pedir excusas, no podía saber si fue intencionado o no, aunque para tener tanta habilidad, ya que en unos segundos y sin que nadie se diera cuenta tocó parte de su frondoso pelaje y gruesos labios, tuvo que ser a conciencia.

Sus mejillas se enrojecieron de inmediato, era la primera vez, en sus veintisiete años, que alguien la tocaba en esa zona, tal vez el hombre quería ver con sus propios ojos si era cierto el pudor del que hablaba, o tal vez únicamente quiso tocar esa parte de la mujer, que tanto enloquecía al inglés.

-Buen viaje señorita Storm-, le dijo al comenzar a caminar el animal.

Ella mostraba su vergüenza, e incluso apartaba la mirada, pero levantó la mano tímidamente en señal de despedida.

-Ya estamos solos-, le dijo el hispano al inglés.

Fred, le miró y le puso la mano en el hombro, luego hizo por avanzar hacia la cueva, -¿de verdad cree usted que no la vamos a volver a ver?

-Por supuesto que sí..., pienso ir a visitarla-, le respondió éste caminando tras él.

-Qué poco conoce a las mujeres..., las mujeres son fuego ardiendo, pero sometidas a una gran presión, no dudo en que Camila vuelva pronto a las cuevas, ésta es su pasión, es por lo que ha nacido, si le quitan su única válvula de escape, explotará-, decía el inglés.

-Es una mujer fascinante, todo lo que hace le nace de dentro, pero este no es lugar para una dama.

-¿Una dama?..., yo la veo como una mujer, y pronto y por suerte, el lugar de las mujeres será el que ellas decidan, no el que decidamos nosotros los hombres.

La emoción de Jazmín

Esa misma tarde, la joven se acercó a casa de Pablo, con la intención de quedarse allí unos días, la invitación de días atrás y alguna otra cosa, le hicieron pensar en que sería la mejor opción para terminar la traducción del libro, un pensamiento recorría su mente una y otra vez, ¿sería posible encontrar a la familia de la Dra. Svetlana y contarles lo sucedido, con el fin de avisar a las futuras generaciones hasta que llegase a ella?

Una loca idea, que se difuminaba en cuento volvía a la realidad, era imposible hacerlo, y más aún, cuando la propia Dra. decía que no se podía modificar el futuro con el pasado, pero era alentador poder pensarlo, siempre desde la perspectiva de quien solo había leído las primeras dos hojas del diario.

Al llegar a la casa del buen amigo de la familia y suyo propio, le vino a la cabeza su impropio atrevimiento, en cuanto a molestar en su casa a Pablo. No obstante, ella podía permitirse vivir en un hotel, pero si su padre le permitía estar en España, sería sabiendo que estaba en aquella casa junto a esa buena familia, -muy buenas tardes-, le dijo al sirviente, -¿podría hablar con Jazmín?

-Por supuesto señorita..., permítame ayudarla con la maleta-, le respondió el hombre.

En el amplio salón, se encontraba la mujer tomando café, -¡uy qué sorpresa!-, exclamó, -no la esperaba por aquí tan pronto.

-Verá, mi padre me ha prohibido trabajar más en las cuevas, necesito que me acojan al menos por un tiempo.

-El tiempo que necesite, esta es su casa y no debe mostrar vergüenza-, le respondió al verla tímida y cabizbaja.

-Muchísimas gracias, ni que decir hay que correré con los gastos que pueda ocasionar.

-De eso ni hablar, usted es nuestra invitada y no debe preocuparse por nada de eso, pero dígame, ¿qué le ata a esta zona de España?

-Mi gran pasión, la era prehistórica que aquí está tan bien conservada.

-Me alegro escucharla decir eso..., no me gustaría que fuesen cosas de amor, no si su padre no está aquí.

La joven negó levemente con la cabeza, -no tiene nada de lo que preocuparse, de hecho, no pretendo salir a diario, sino más bien me gustaría tener tiempo para leer.

-Pues no se hable más-, dijo. Luego se volvió al sirviente que estaba parado tras ellas, -lleva

las maletas a la habitación de la señorita.

-Inmediatamente Señora-, respondió.

Jazmín se mostraba muy ilusionada, ella nunca había podido ser madre, y aunque Darío vivía ahora con ellos, su gran ilusión siempre fue una niña, -siéntese y acompáñeme con el café.

-Preferiría subir a mi habitación, ha sido un largo viaje y quisiera deshacer la maleta.

-Pero esa maleta no será su equipaje, supongo.

-No..., es más bien mi maleta de urgencias, mis pertenencias llegarán mañana o como muy tarde pasado, lo enviarán desde Altamira.

-Perfecto, pues si lo que pretende es descansar o dormir, es mejor que no tome café..., mi esposo está con su sobrino en una exposición que ha inaugurado su padre en Barcelona, regresarán mañana, así que si desea algo puede decírmelo a mí.

-Muchas gracias, es usted muy amable-, le dijo. Luego se retiró a su dormitorio, una de las cosas que tenía en mente, era conocer cómo había sido posible sentir la piel cálida de la mano de Fred sobre su mismo sexo.

En cuanto se quedó sola y había bloqueado la puerta, la joven se deshizo de sus agobiantes prendas, menos mal que era casi invierno. Tras soltar la chaqueta y la falda, desabrochó el corsé, dando gran alivio a sus pulmones y a sus oprimidos pechos, el polisón fue la siguiente prenda en caer, tanto más hizo la enagua, quedó únicamente con la combinación, la cual era tipo pantalón hasta las rodillas, pero se fijó en que los botones que debían estar cerrados, no lo estaban. Fue por ahí por donde accedió hasta alcanzar a tocar su zona más cálida, zona que aún permanecía sensible, al no dejar ella de pensar en aquel roce.

Frente al espejo, la joven se deshizo de la única prenda que le impedía admirar su bello, esbelto y joven cuerpo, sus pechos no necesitaban corsé para mantenerse erectos, éstos voluminosos y tiernos senos desafiaban la ley de la gravedad, sus curvas eran bellas, sinuosas y ocultas a las miradas de cualquier hombre, acercó su mano al lugar que tocó Fred, estaba húmedo, posiblemente por los acalorados pensamientos que tuvo durante todo el trayecto del viaje.

Antes de retirar su mano de esa zona casi prohibida, la joven acarició con la punta de sus dedos, los vellos rizados y claros que cubrían su hermoso reino del placer.

Presentía que podía recibir mayor sensación de aquella zona, pero todo lo referido al sexo era tabú en aquella época, no obstante la mujer se lavó y se puso mucho más cómoda, una nueva combinación y su bata de dormir, acercó la mesita de noche a la cama para que alumbrase con la vela, ya empezaba a oscurecer, aunque solo fuesen las seis de la tarde, en gran medida por la llegada del invierno, pero también por causas de la tormenta que se avecinaba.

Cada vez le costaba menos traducir, aunque le seguía siendo complejo y apenas avanzaba una hoja o poco más al día, mientras escribía bajo la tenue luz en movimiento, un fuerte torrencial sonaba en las ventanas, se levantó y pudo ver como las calles oscuras y vacías se llenaban de agua, los cristales estaban empañados, los frotó con la mano y varios relámpagos azotaban la ciudad, que maravilla de espectáculo el que le brindaba la naturaleza. Era tarde y decidió poner fin a la traducción, no sin antes leer lo que ya había traducido.

“ Día tercero.

Ayer mantuve mi primer contacto, me había preparado para varias hipótesis, incluida la de mi muerte, pero nunca para lo que realmente sucedió, al acercarme a ellos, se excitaron y me rodearon, les parecía curiosa mi presencia, me analizaron desde la distancia, y lo que me supongo pasó, es que no me vieron como una amenaza, les fui indiferente, no extraña, pero sí mostraron indiferencia.

Emiten sonidos abruptos, indescifrables para mí, pero mantienen conversaciones entre ellos, tanto los hombres como las mujeres, tienen los cabellos largos, y ellos además un frondoso vello en sus cuerpos, lo que en la distancia parecían ropas, se asemejan más a capas con las que cubren sus cuerpos.

El dominante se acercó hasta mí, pude notar como olía mi cuerpo, yo no realicé ningún movimiento, únicamente les hice gestos de necesitar comida, supongo que no me entendían o no lo quisieron hacer, porque tras un breve análisis prosiguieron la marcha sin volver a hacerme caso, salvo por algunas miradas, sobre todo de los más pequeños, al comprobar que les seguía, desde ayer no he comido nada más que unos trozos de carne quemada que les sobraron en la noche pasada.

Creo que va a ser complicado el entendimiento, pero al menos no he sufrido un ataque, ni han huido de mí abandonándome en este inhóspito paisaje, lleno de nieve e hielo. Yo por mi parte y al ser mi única opción, voy a seguirles con la esperanza de que me acepten.

Sus cuerpos parecen más aseados de lo que me esperaba, son sumamente protectores con sus hijos, pero al mismo tiempo he notado que sus mujeres no parecen tener tanto valor para ellos, eso me hace pensar en la posibilidad de que sea el principal motivo por el que no les supuse ningún peligro, algo que agradezco.

Nunca pude imaginar, que mi carrera en la universidad, con tantos cálculos complejos, fuesen tan inservibles en mi vida como lo van a ser en este tiempo que me tocó vivir, trataré de ayudarme de mi supuesta inteligencia para, no solo seguir con vida, sino para que me acepten en su organización.

No deseo, ni aunque pudiera sobrevivir, tener una vida de soledad eterna, siempre necesité ser muy activa socialmente, y ahora si no me integro, acabaré con una trágica locura, he visto que se han fijado mucho en mi ropa, y en mis prismáticos, tal vez los pueda usar para intercambiarlos por comida, o mejor aún, para que me acepten.”

Hasta ahí había traducido Camila el antiguo escrito, luego de guardar muy bien el libro, se volvió a levantar para observar la lluvia, la infinita oscuridad y soledad de la calle, y se imaginó bajo el frío, sola y a oscuras al igual que lo estaba la Dra. Svetlana.

La siguiente mañana, vislumbraba más tormentas y aguaceros, ella se levantó para vestirse, hoy llegaría Pablo desde Barcelona y posiblemente, sus pertenencias, -buenos días, Jazmín-, le dijo en el comedor.

-Buenos días, siéntese a desayunar..., ¿cómo pasó la noche?, supongo que habrá escuchado el terrible aguacero.

-Sí..., pude ver como llovía, es algo que me encanta.

-Pues yo pensé que se nos caía el cielo encima, debe ser usted de las pocas mujeres que les

gusta una tormenta.

-Forma parte de la naturaleza, así ha sido creada, y tiene un propósito como todo-, le dijo.

-Ha llegado esta mañana un telegrama para usted.

-Ah..., es de mi padre, me dice que les dé las gracias por su buen acogimiento..., también me dice que debería pensar en regresar, pero en su compañía confía ciegamente.

-Maravilloso, dígame cuando le responda que siempre será bienvenida toda su familia a nuestra casa..., y también que no se preocupe que la tengo bien vigilada-, le dijo sonriendo.

Después del desayuno, Pablo regresó con su sobrino desde Barcelona, ambos se sorprendieron de encontrarla en la casa, pero igualmente ambos se alegraron de que estuviese allí por un largo tiempo.

Darío especialmente, ya que su dormitorio también estaba arriba y tal vez pudiera tener la oportunidad de conocerla mejor, tanto la servidumbre, como el matrimonio disponían de sus habitaciones en la planta baja de la gran casa.

-Estoy encantado de volver a verla-, le dijo Darío.

-Igualmente..., el placer es mío.

-Veo que al fin ha abandonado esa loca idea suya de excavar la tierra-, le dijo Pablo.

-No ha sido decisión mía..., créame que no pienso en abandonar esas cuevas hasta que todo el mundo las pueda visitar y contemplarla con los ojos de la verdad.

-Bueno, sea como sea me alegro de que disfrute con nosotros un tiempo.

-Muchas gracias... creo que voy a subir a mi habitación, ¿me disculpan?

-Por supuesto... vaya sin preocupación-, soltó Pablo poniéndose de pie. El joven acompañó a Camila hasta la planta alta, ¿quiere ver mi estudio?

-Conozco su pasión y no me gustaría llevarme una sorpresa.

El pintor sonrió, -no tema..., nadie ha querido ser pintada por mí, y mucho menos como me gustaría.

-Tal vez porque sea usted muy atrevido-, le dijo tímida.

-Pase-, la invitó a entrar, -estos son mis cuadros.

La mujer los observó, varios sin acabar, y algunos concluidos amontonados en la pared, el estudio era una amplia habitación con varios caballetes, pinturas sobre la mesa, muy bien ventilada e iluminada por una gran ventana, -son trabajos buenos..., veo que tiene mucho talento.

-Es algo de familia, no creo poder alcanzar el nivel de mi padre y menos con lo que pinto.

-¿Por qué dice eso?

El joven se sentó en una silla, frente a uno de los cuadros que pintaba, una plaza con varias personas y rodeada de casas, -hay demasiada competencia, para destacar ya no vale solo con saber pintar, sino con innovar..., mostrar algo diferente.

-Tal vez pueda pintar las cuevas de Altamira..., no sabe lo mágico que hay allí pintado, usted seguramente lo sepa valorar mejor que nadie.

-He oído hablar a mi tío de ellas, dice que no son más que falsedades, yo no puedo juzgarlas sino las he visto, pero según entiendo la prehistoria, se me hace difícil creer que tengan tantos años.

La joven se sentó junto al veinteañero, en el taburete desde donde solía pintar, -no le voy a hablar de ellas, no sería objetiva porque para mí son algo extraordinario, pero sí que le invito a verlas..., puedo hacer que me acompañe un día y pueda juzgar usted mismo.

-Me encantaría, si son la mitad de bellas que lo es usted, merecen ser admiradas-, le dijo deteniéndose a contemplar los verdes ojos de la joven.

Ella se ruborizó un poco, pero le mantuvo la mirada, era siete años más joven que ella, y no estaba dispuesta a dejarse intimidar tan fácilmente, -gracias, pienso que si alguna vez las viese pueda cambiar su opinión.

-Necesitaría más que un cielo repleto de estrellas, una luna llena iluminando la oscuridad de la noche, todas las pinturas de las cuevas de Altamira, y además un sueño en donde usted me susurrara, para empezar a cuestionarme si verdaderamente algo pudiera igualarla en esa belleza.

Aquellas palabras terminaron por sonrojar a la joven, incluso apartó la mirada, -veo que es usted un apasionado de la palabra, además de la pintura..., creo que será mejor que me retire a mi habitación.

Camila se levantó, pero el joven la sujetó de la mano, mientras ella se detuvo a mirarlo, él le dijo, -siento que deba ser así, siento placer con su compañía, y siento si la ofendí con mis palabras.

-No me ofende, pero es usted un crio con aspiraciones de hombre-, le soltó.

-Discúlpeme si así lo interpretó..., me encantaría visitar las cuevas-, le dijo y la soltó de la mano.

-Será fácil cumplirle ese deseo-, le dijo. Luego avanzó hacia la puerta, el joven le volvió a hablar desde su silla, -¿y alguno de los demás?

Camila le oyó, pero no se detuvo y al final salió de la habitación, al cerrar la puerta y dirigirse a su dormitorio, la joven sonrió levemente con las palabras que el pintor le había dedicado.

En la tarde de ese mismo día, una carreta llegó con las pertenencias de Camila, se las había traído el mismo Víctor, el cual se mostró muy amable y entregado, entre él y Darío subieron sus maletas y demás artículos a la habitación de la joven, -¿cómo están las cosas por allí?-, preguntó Camila.

-Bien, Fred está contento con los resultados, pero nos queda una ardua labor, parece que hay más pinturas en la cámara Sur.

-¿Y cómo está usted?

-Bien también, pero ahora la hecho mucho de menos, incluso Fred se ha dado cuenta de su valor, de lo importante que era usted en el avance de los trabajos.

-Lo siento mucho..., ya me hubiese gustado seguir ayudando.

El joven hispano la miró a los ojos, sin atreverse a decirle las cosas que deseaba, -las personas se miden por el hueco que dejan cuando ya no están.

-Muchas gracias, siempre ha sido usted muy amable conmigo-, soltó. Le presentó a Darío y le dijo, -él es pintor, le gustaría visitar las cuevas.

-Encantado de conocerle-, respondió Víctor, -usted sabe que el único que lo puede autorizar ahora mismo es el señor Smith.

-Lo sé, por eso le quiero pedir que le entregue esta carta, para que me responda en cuanto pueda ir junto a él.

-Se la daré si es su deseo..., nos gustaría mucho volver a verla por las cuevas.

Luego de conversar algún rato más, el joven hispano debía partir para que no le cogiera muy entrada la madrugada.

La visita

En un par de días, Camila recibió contestación a su carta, Fred le respondía encantado de tenerla de vuelta en las cuevas, e incluso se mostró ilusionado por la visita del hijo de Darío Regoyos, un arquitecto e ingeniero aficionado a la pintura, destacado hombre en la sociedad española.

Así se lo comunicó la joven al pintor, el cual buscó entre su agenda un hueco para tal acontecimiento, -he pensado en invitar a Richard Maddox, es un buen amigo de mi padre, puede que le interese hacer unas fotografías de las cuevas-, le dijo Darío.

-He oído hablar mucho de él, creo que es un conocido de mi familia.

-Estupendo, entonces si no pone objeción me gustaría enviarle un telegrama..., cuando me responda decidiremos la fecha para visitar las cuevas.

-Me parece bien, me acercaré hasta allí para comentarle a Fred, seguro que le gustaría conocer la noticia.

-¿Y no será que desea usted volver a verle?

-No diga estupideces..., siento mi lenguaje, pero usted no me deja otra opción.

-Siempre hay opciones, no tiene que disculparse por decir lo que piensa de mí-, le dijo. Ella estaba en el estudio del joven, éste pintaba mientras hablaban.

-Si pudiera decir abiertamente lo que pienso, seguro no le parecería tan...

-¿Tan qué?, no me ofendo con facilidad, y dudo que de su preciosa boca pueda salir algo que me dañe.

Ella tomó aire, necesitaba calmarse, -es usted un crío maleducado..., no creo que deba hablarme así.

-¿De veras?, soy pintor, plasmo en el lienzo lo que veo..., muchas veces lo que pasa desapercibido a los ojos de los demás, mi trabajo se basa en contemplar, en observar los detalles..., y no digo nada que no sea cierto, la comisura de sus labios es perfecta y deliciosa.

-¿Cómo puede decir que es deliciosa?-, soltó curiosa e indignada, -¿no está faltando a la verdad?-, preguntó.

-No... ya los he probado en mis sueños.

La mujer abandonó de inmediato la habitación, no dijo una sola palabra más, y el joven sonrió al verla tan molesta. Durante unos días, Camila se dedicó únicamente a traducir su libro, en esos

momentos prefería traducir y leerlo cuando tuviese más hojas para alargar la lectura, así que en aquella noche no traduciría, solo leería los dos días que ya tenía preparados.

Como era su costumbre, durante la noche acercaba una vela a su cama, vestida solo con la combinación de tela blanca tipo pantalón y su bata se centraba en la lectura.

“ Día cuarto.

Han pasado ya tres días desde la última vez que escribí, me he centrado más en la necesidad de alimentarme, por lo que todos mis esfuerzos se han dirigido a la aceptación en el grupo.

Me he llegado a considerar su perro, siguiéndoles y recogiendo sus sobras, para ellos puede que haya significado un juego, pero para mí era algo entre la vida y la muerte, hace tres días intenté comunicarme, pero no atendían mis ruegos, las mujeres son invisibles para los hombres, y yo soy alguien que molesto a las mujeres, he comprendido que ellas no me van a ayudar, sino consigo antes la aceptación en el grupo de los hombres..., o los machos como los debería llamar.

La humanidad que siempre he conocido está lejos de estos seres, que parecen más una manada que un grupo de humanos, pero es algo comprensible, ni puedo llegar a pensar en que en este período de los homo sapiens, la mujer pueda tener el más mínimo derecho sobre los hombres, en el año en que vivía disfrutábamos de una igualdad completa, pero eso se logró gracias a cientos de años de luchas desde los siglos diecinueve, veinte o veintiuno..., si quiero sobrevivir debo adaptarme y retroceder a la era en la que vivo ahora.

Hace dos días volví a intentar ese acercamiento al líder, el cual me empujó hacia atrás del grupo, aprendí que no debo mirar a los ojos a éste, él está a un nivel superior al mío, pero al menos me permitió caminar y dormir junto a las mujeres y niños.

Puede parecer algo insignificante, pero no lo es, para mí es algo muy importante no dormir sola y poder comer aunque deba esperar mi turno.

Hace un día seguimos el camino hacia el Sureste, a lo lejos se divisan las montañas heladas de los pirineos, estoy convencida de que son esas las tierras a las que nos dirigimos, las nevadas van en aumento y mi traje sigue proporcionándome calor, gracias a mis prismáticos puedo ver mucho más lejos que ellos.

Ayer en la tarde, nos asentamos en unas rocas bajo la nieve, las mujeres se dedican a reparar y trabajar las pieles, los hombres salieron a cazar, en estos parajes es difícil ver animales, pero su instinto es algo desconocido para mí, siempre regresan con alimento y nos dejan el fuego preparado.

Es asombroso la preparación que tienen, la forma de anticiparse a las adversidades, durante el día recogen todo cuanto les pueda servir para la noche, entre esas cosas están las maderas o los arbustos secos, no solo lo cargan las mujeres, también lo hacen ellos, he podido comprobar que hay afecto entre los hombres y las mujeres, ellos cuidan de ellas, aunque no de la forma en la que estoy acostumbrada.

Desde mi perspectiva lo veo más como sus mascotas que como sus esposas o mujeres... no sé si llegan a estar unidos en algo parecido al matrimonio, pero sí que me estoy temiendo lo

peor en cuanto a sus actividades sexuales, tanto es así que he visto más de un acto frente a todo el grupo, incluido los menores.

Desde mi parecer, y como he podido apreciar, cada mujer tiene a un hombre más o menos para él, pero me temo que el líder del grupo puede disponer de la que desee cuando lo desee, puede parecer algo dramático para mí, pero toda esta comuna lo ve como su habitual rutina.

Anoche cené carne quemada, deliciosa para lo que he comido antes, el fuego calienta demasiado para mi traje, tengo que apartarme lo suficiente, todos están agotados, una de las mujeres está enferma y creo que esta noche han desplegado sus pertenencias para pasar aquí más tiempo del habitual, supongo que hasta que la mujer se recupere.

El lugar es propicio, nos protege de las ventiscas y la nevada, el hielo del suelo se ha derretido por el calor del fuego y podrán extender sus pieles sin mojarlas. El tiempo empeora cada vez más, apenas pueden verse árboles en la zona, la nieve y el hielo lo está cubriendo todo.

Por las noches pienso en mi familia, apenas consigo conciliar el sueño, durante el día es distinto, el instinto por la supervivencia me mantiene en alerta todo momento, observando y tratando de averiguar la forma de comunicarme con ellos, me gustaría mucho poder hacerlo con las mujeres, al menos cuando las abandonan para ir de caza.

Día quinto.

Hoy he visto algo que no deseaba, la mujer enferma ha muerto durante la noche, me ha emocionado ver que comparten nuestras emociones, se les ha visto tristes y algún llanto desconsolado, saben perfectamente que no volverán a verla, pero he presenciado algo que no sé si ya se sabía, tienen algún tipo de rito religioso, la han enterrado bajo estas inmensas rocas, en la tierra. Luego han recogido sus cosas y nos hemos puesto en marcha.

No hay tiempo que esperar, las dificultades meteorológicas parece que les preocupan, y también me da la sensación que saben que al sur encontrarán mejores condiciones, como si tuvieran marcada la ruta.

Durante el camino he podido divisar algunos animales salvajes, voy a pintarlos para dejar constancia de ellos, es precioso ver animales extintos, en su hábitat natural, y en gran número, en mi ciudad solo se podían ver en museos o libros, me contaba mi padre cuando niña que muchos animales vivían en zoológicos, me hubiera gustado conocerlos, poder verlos en verdad.

El aire es frío, pero limpio y rejuvenecedor, si no fuera por el clima tan extremo me encantaría poder inhalar a pleno pulmón, empiezo a sentir una sensación de libertad que dudaba poder hacerlo nunca, en mi sociedad siempre se hablaba de lo difícil que era mantener los ecosistemas, de la manera en que estábamos destruyendo el mundo, en gran parte nuestro proyecto iba encaminado a lograr una evolución diferente en el planeta, siento lástima que se abandone, sé que después de cuarenta años no ha dado resultados, pero poder ver así nuestra Tierra, nuestra casa, me entristece comparándola con los años vividos de encierro en las casas, tratando siempre de no respirar el aire contaminado de nuestras

ciudades.

Una vez más he podido cenar con ellos, doy las gracias por tener esta oportunidad, supongo que quien lea este diario pueda pensar que estoy volviéndome loca, pero hace días que he aceptado que esta es mi vida, este es mi tiempo.

Parece que el jefe se ha levantado y me mira con curiosidad, tal vez no me haya visto antes escribiendo, creo que debo dejar de hacerlo porque se está acercando.”

Hasta ahí leyó, hasta ahí tenía traducido, era impactante leer aquellas palabras, Camila las daba por ciertas, y cada vez se unía más a la Dra. Svetlana.

Al amanecer, la mujer decidió visitar las cuevas, hablar con Fred acerca de la visita del científico, experto en la fotografía, y también por poder estar dentro de la maravilla que suponía esas cuevas.

-Voy a tomar el tren para ir hasta Altamira..., regresaré en la noche-, le dijo la joven a Jazmín.

-No lo considero apropiado, su padre es muy tajante en esa idea.

-Señora, usted me conoce, sabe que lo hago por pasión a la cueva, no por ningún hombre.

-Lo sé cielo..., pero debemos ser conscientes del deseo de su padre, no puede olvidar que usted está aquí bajo nuestra protección.

-Déjeme acompañarla-, saltó Pablo.

-¿Usted?..., ¿quiere visitar las cuevas?

El hombre se levantó, -quiero que usted esté segura, ¿voy bien así vestido?

-Está perfecto, míreme a mí que apenas puedo caminar-, le dijo. El hombre sonrió al igual que ella, luego ambos salieron en dirección al tren.

Al mediodía, ambos estaban en Altamira, Víctor acompañó a Pablo a visitar la zona más segura, mientras la joven conversaba con Fred, -sabía que no abandonaría las cuevas-, le dijo el inglés.

-Mientras viva no lo haré, esto debe ser conocido por el mundo..., es ese el motivo de mi viaje.

-Pues vaya decepción, pensaba que había sido otro el motivo.

Ella le miró extrañada, pero con rubor y mirando al suelo, -¿y cuál había pensado?

Fred se le acercó a una distancia escasa, casi podían percibir sus alientos, el hombre le susurró, -pensaba que no era usted capaz de dormir, pensando en la forma en que acaricié, con gusto, sus melosos labios.

La joven le abofeteó, -¿cómo se atreve?-, le dijo. Luego salió de su tienda y se detuvo en la entrada, en el exterior sentía refugio, él salió detrás, -espero no haberla incomodado.

-Me ha faltado usted al respeto-, dijo de espaldas, -no debería seguir aquí.

-Discúlpeme-, le dijo dándole la vuelta, -no pude resistir sus encantos..., le pido mil disculpas.

-No quiero que eso se vuelva a repetir, no quiero que mi padre tenga razón..., seguramente ya les habrá contado a sus amigos que me tocó y habrá alardeado de ello.

-Para nada..., eso no es de hombres, nunca cuento nada sobre mi vida ni sobre la de nadie.

Ella guardó silencio, al menos unos segundos, pero no levantaba la mirada del suelo, -por favor, no vuelva a hablarme así.

El hombre le levantó la cabeza, sujetándole el mentón, -lo siento... No se volverá a repetir, tiene usted mi palabra.

-Siento haberle abofeteado-, le respondió.

-Me lo tenía merecido..., no se preocupe.

Ella se alejó unos pasos, -quería contarle si está de acuerdo en que visite las cuevas el señor Richard Maddox, junto a Darío.

-¿El fotógrafo?..., ¿va a querer venir?

-Es más que un fotógrafo, creo que puede querer venir a plasmar los dibujos en eso que llaman fotograma.

El hombre sonrió, -querrá decir fotografía, veo que es usted una fuente de recursos ilimitados, estaría encantado de su presencia.

-Me alegro..., también de poder estar aquí, siempre he creído que es usted un hombre admirable, por su trabajo y por su respeto..., me gustaría poder seguir visitándolo sin temor a sus palabras o sus acciones.

-Descuide, como ya le he dicho siento mucho mi comportamiento, pero debe entender que es usted una joven muy linda, simpática y agradable para cualquier hombre.

-No me considero como tal, pero si así lo fuera, ¿no debería ser yo quien elija la persona que pueda sobrepasar los límites?

-Por supuesto-, dijo. En ese momento llegó Pablo, venía extasiado por lo visto.

-Magnífico, preciosas pinturas-, decía.

-Me alegro de que le gusten-, respondió Fred.

-Lástima que sean un fraude, pero si las enfocasen desde un tiempo más cercano al nuestro, serían visitadas sin duda.

Fred se molestó por sus palabras, -serán admiradas por lo que son, tienen los años que tienen y nadie lo dudará en el futuro.

-No se moleste, no es mi intención, yo no dudo de su trabajo, pero no lo haga usted del mío.

-Está bien, buenas tardes-, le dijo Fred alejándose del hombre y de la joven, -creo que se ha enfadado-, le dijo a Camila.

-Eso parece..., ¿qué me dice si regresamos?

-Perfecto, pongámonos en camino.

La invitación

De regreso a casa, Camila mantuvo una conversación con su amigo Pablo, referente a lo que había visto, algo que no dudó en calificar de magnífico, pero al mismo tiempo seguía convencido de su falsedad, -mi sobrino es capaz de pintar esos mismos dibujos en la gruta.

-No lo dudo, pero entienda que la pared nos muestra el paso del tiempo, cada grieta se está analizando y se puede comprobar como la pintura estaba antes de que se produjeran.

-De eso sabe usted más que yo, pero aun así le confieso mis reservas-, le dijo.

-Le comprendo..., sé la importancia que tiene para usted los escritos, que los hechos estén documentados en papel-, le dijo. En ese momento, Camila sintió ganas de desvelarle su libro, pero inmediatamente recordó cuán difícil sería que la creyese, lo catalogaría como falso igual que las pinturas, y en ese momento no estaba para más enfrentamientos. Ya de noche llegaron al hogar que les cobijaba.

El joven pintor acudió al dormitorio de la joven, en donde pasaba la mayor parte de su tiempo, ya habían pasado cinco días desde que regresó de las cuevas, -¿puedo pasar?-, preguntó Darío al encontrar la puerta abierta.

-Pase..., estaba leyendo-, respondió incorporándose de la cama.

El joven se acercó hasta ella, se sentó en el sillón frente a la ventana, y ella le miraba, -el señor Maddox me ha contestado.

-¿Y qué le ha contestado?

-Me ha dicho que tiene un gran interés por ver las cuevas, solo necesito que me diga el día para que se ponga en camino desde Inglaterra a España.

-Perfecto, Fred no tiene impedimento alguno, por lo que puede decirle que cuando estime su disponibilidad.

-De acuerdo, pues le indicaré que salga cuanto antes..., estoy intrigado por esas pinturas-, le dijo. Se fijó en la cama, en los libros que sostenía y como no, en su rostro, -¿qué le retiene tanto tiempo en su habitación?..., ¿qué es lo que lee?

-Son libros de arqueología y prehistoria..., nada interesante para usted.

-No diga eso, todo en esta vida es interesante.

-Por supuesto, pero ¿qué quiere que haga en esta casa?..., mi padre no me permite hacer lo que

me gustaría.

Darío se levantó y se sentó en la cama, junto a ella, eso provocó en el rostro de Camila un leve rubor, -no debería sentarse en mi cama-, le dijo ella.

-No le voy a hacer nada, solo quiero verla más de cerca, ¿de verdad no me haría el gran favor de dejarse pintar?

-No..., no piense eso ni por un momento.

Darío calló, solo la contemplaba, la admiraba mientras se mostraba pudorosa y tímida, -no le digo en cueros... solo su rostro.

-Ni lo piense, mi padre me mataría-, respondió levantándose y acercándose a la ventana.

El joven se giró para seguirla con la mirada, -si es ese su temor, puedo prometerle que nunca nadie verá su cuadro.

-No insista por favor, sabe que me hace sentir incómoda.

-Yo he aceptado su invitación de ver las cuevas, incluso he pensado en plasmarlas en un cuadro, también he conseguido que el señor Maddox las fotografíe..., puede que sea de mucha ayuda para darlas a conocer, ¿de verdad no puede hacerse ese favor?

-¿Para qué quiere usted pintarme?..., estoy convencida de que tiene mejores retratos o plazas para plasmar su arte.

Él se levantó hasta donde estaba ella, comenzaba a llover y los cristales se humedecían, en el exterior la gente corría y se resguardaba bajo los comercios, -es algo personal..., es algo que todo artista necesita, al menos yo necesito pintar lo que me gusta, es una excitación interna, algo que tal vez usted pueda comparar como cuando siente la necesidad de que el mundo sepa de las cuevas de Altamira, que la gente las aprecie y sepan que hace ya tantos años, nuestros antepasados estuvieron ahí..., viviendo y construyendo.

-Está bien, le voy a permitir que me pinte, pero con varias condiciones-, le dijo alejándose de nuevo de él.

-Las que usted quiera.

-Ese cuadro nunca verá la luz, además de que tampoco deben enterarse en la casa, nadie..., y por supuesto no será desnuda.

-Las acepto, sabe que difícilmente suba nadie a esta planta, pero para su tranquilidad le dejo que elija usted los horarios.

-¿Y la tercera condición?-, preguntó Camila mirando al suelo.

-La tercera se la dejo también a su decisión, puede que cambie de opinión-, le susurró. Él sonrió levemente, pero ella se enrojeció encendiendo sus mejillas, -hay algo más-, habló la joven.

-Dígame-, dijo. La mujer le miró con dificultad, como atrapada por un halo de placer, un sentimiento de locura, -no le dejaré que me pinte hasta que usted no cumpla con su visita a las cuevas.

-No tengo prisas..., puedo esperarla desde la eternidad-, dijo sonriendo. Luego abandonó la habitación, empezaba a oscurecer y la tormenta ayudaba a la noche, la lluvia caía sobre los

tejados y la joven decidió bajar a cenar.

-Buenas tardes-, le dijo Jazmín.

-Buenas tardes, vaya como está el tiempo.

-Mi marido ha salido y seguramente le ha pillado la tormenta..., mira que le dije que se llevara el paraguas-, le soltó algo preocupada.

-Pues sí que está cayendo con fuerza ahora-, le dijo la joven. Ésta se asomó al zaguán de la puerta, el agua corría por los adoquines, salpicaba en el interior de la casa y las pocas personas que había en la calle corrían para resguardarse.

-Es que mira que le digo, pero no hace caso-, dijo Jazmín. La cual se acercó junto a la joven a ver como estaba lloviendo, su preocupación se reflejaba en su rostro, Camila veía como esa mujer amaba a su esposo, después de tantos años juntos aun mantenían la llama encendida.

-No se preocupe, seguro que está bajo algún techado esperando a que pase la tormenta..., ¿quiere que avise a Carlos para que salga a buscarle?

-Sí, creo que es buena idea, ya es de noche y no se ve nada.

Cuando Camila iba a buscar a uno de los trabajadores de la casa, el hombre apareció bajo la lluvia, empapado totalmente, entró de inmediato al zaguán, -me ha pillado desprevenido-, dijo.

-Pues mira que te avisé..., a ver si me haces caso alguna vez.

Era bonito ver con la confianza que se hablaban, como se preocupaban uno por el otro, Camila era una joven que admiraba a ese matrimonio, -me entretuve en recoger la correspondencia, sino no me pillan la lluvia.

-Entra y cámbiate, que te vas a enfermar-, le dijo Jazmín.

El hombre aceptaba la regañina de su esposa, pero antes sacó de su bolsillo unos papeles humedecidos, -tome usted Camila, le llegó un telegrama, disculpe su estado-, le dijo. Le entregó la carta y entró junto a su esposa para cambiarse y seguramente para que ella le regañase a gusto. Camila se quedó en el zaguán, alumbrada por la vela de la entrada, abrió el telegrama y lo leyó, “ Querida señorita Storm. He viajado a España. Su padre me dio su dirección. Necesito verla. No es nada de urgencia. Necesito su firma. Atentamente D. Venancio de la Fuente. ”

La joven se quedó extrañada, pero también entendió en ese telegrama que nada malo sucedía, por lo que mantuvo la tranquilidad y esperó a que ese hombre la visitara, era uno de los notarios de su padre, un hombre que vivía a caballo entre Inglaterra y España, un hombre inteligente al que su padre le otorgaba plenos poderes y plena confianza, hacía tiempo que no sabía de él, desde que abandonó Inglaterra para acabar en las cuevas de Altamira, hacía ya poco más de un año.

Tras la cena, la joven subió a su dormitorio, esa noche tocaba lectura, en los días anteriores había traducido otros dos días, así que como era su costumbre, se tumbó en la cama, alumbrada por la tenue luz de la vela, con sus ropas habituales y con la concentración en el contenido de sus traducciones.

“ Día sexto.

Anoche tuve un encuentro con el líder, yo lo llamo mi aceptación, tal vez quien lea esto no lo entienda así, pero está claro que en este tiempo nada es igual al que vivía, dejo claro que

mi vida ha cambiado y que cuanto antes lo acepte, antes podré mirar a mi futuro, futuro incierto.

No se estaba fijando en mi libreta, ni en mis bolígrafos, sino en mi ropa, he supuesto que al aceptarme en su grupo debía vestir como ellos, al acercarse a mí me indicaba algo que no entendía, yo no quería molestarle, pero al no comprenderlo se estaba molestando cada vez más, gracias a que una de las mujeres se acercó ofreciéndome pieles, pude entender que lo que quería es que me despojara de mi traje azul, tal vez le resultara demasiado resaltado en la nieve.

Sus modos son algo a lo que yo no estaba acostumbrada, cuando saqué mi brazo de una de las mangas, éste animal me desgarró el traje a tirones, yo no podía hacer más que aguantar sus modales, quedé en ropa interior, pero no le gustaba tampoco supongo, todo me lo quitó, me dejó completamente desnuda frente al grupo, el frío era extremo y éste se entretuvo en tocar mis vellos, con gestos de extrañeza, seguramente nunca los había visto tan claros, al igual que mi pálida piel, yo no me inmuté..., era una más entre aquellas mujeres.

He de decir que sólo fue esa su intención, aunque yo me esperaba lo peor, pero la mujer me entregó las pieles y me vestí, una especie de falda hasta las rodillas, de piel de caballo supongo, y arriba otro trozo de piel atado con cordeles hechos de hebras de hojas, nada más en el interior, pero la piel de oso, con la que cubría todo mi cuerpo sí que me reconfortó, sí que me hizo entrar en calor, debo cuidarla y protegerla del agua, ya no dispongo de mi traje térmico..., los pies los envolví en otras pieles, como botas atadas, con pelo en el interior..., sabían coser y aunque mucho más incómodas que mis botas, éstas son confortables y cálidas cuando te adaptas a ellas.

He logrado la integración, ahora pienso que podré sobrevivir, siempre que no contraiga ninguna enfermedad, en la mañana avanzamos en el camino, la nieve nos dificulta el avance, en algunas zonas te entierras hasta la cintura, lo cual es muy importante conocer donde se pisa, he decidido caminar tras la mujer que me entregó las pieles, creo que hubo una sonrisa en sus labios cuando me las ofreció... puede que fuera empatía y eso me da esperanzas.

La noche es algo que temo, por mis dificultades en conciliar el sueño, siempre me he considerado una mujer fuerte, imprescindible para aceptar el trabajo en el que me embarqué, conocía los riesgos de perderme en el pasado, de morir en ese intento, pero me alentaba la posibilidad de conseguir una esperanza para la humanidad, la búsqueda de un nuevo planeta para habitar era una utopía.. ¿por qué no arreglar el nuestro con este proyecto?

A veces pienso que no he podido salvar a nadie, pero me alienta pensar en que tal vez me haya salvado a mí misma, desde que convivo con este grupo, las preocupaciones se han minimizado, dispongo de todo el tiempo del mundo, suelo enfocar mi vida en los pequeños detalles, ver la salida del sol o la puesta, estar conmigo a solas en mis pensamientos, he decidido ser feliz, sin las comodidades que cada vez empujan más a la sociedad a un mundo incómodo, he descubierto que la felicidad es un estado de ánimo, no una consecuencia de un impacto externo.

Día séptimo.

Llevo más de una semana sin escribir, he notado que las hojas estaban demasiado húmedas y mis bolígrafos congelados, debo preservar el diario en medio de esta glaciación. Hoy la mujer a la que sigo me ha ofrecido otro gorro de piel, algo que le agradezco, ellos cada día me aceptan mejor, mi comportamiento es sumiso en todos los sentidos..., este es su tiempo no el mío.

Algunos gestos y sonidos los interpreto correctamente, lo que me da esperanzas de una integración total, he aprendido a coser como lo hacen ellas, e incluso ayudo a despellejar los animales que los hombres nos traen, debo reconocer que al principio debía hacer de tripas corazón, pero con el tiempo reconoces que es la única forma posible de alimentarse, cuanto echo de menos unas patatas fritas de bolsa.

Pronto alcanzaremos la superficie de las montañas, algo que temo, no sé si ellos conocerán rutas de paso, pero no me veo capaz de escalar los pirineos nevados, aunque desde hace dos días he notado menos cantidad de nieve, tanto en la que cae como en el suelo, espero de verdad que al menos podamos alcanzar otro clima, mires hacia donde mires todo está blanco.

Los hombres se reúnen alrededor del fuego cada noche, interactúan entre ellos, ríen y hablan en su lenguaje, parece que el tema central de sus conversaciones es la caza, o al menos eso creo por sus gestos, las mujeres nos quedamos juntas, mientras cosen y alimentan a sus críos, nunca me imaginé ser madre y aún pienso que no quiero serlo, pero me da mucha ternura ver a los niños jugar, reír y ser felices con apenas nada.

Cuando todos se preparaban para dormir, justo delante de mí esta ella, la mujer a la que llamaré Sofía como mi madre. Sofía no tiene hijos y por sus rasgos pienso que pueda tener veinte años, seguramente menos, yo estaba tumbada bajo mis pieles al igual que ella, uno de los hombres, supongo que debe ser su amor o algo así, se le tumbó al lado, yo podía ver cómo le apartaba su piel, como levantaba la parte que cubría su sexo, y sin mediar palabra ni sonidos, le hacía el amor, bueno por llamarlo de alguna manera.

Su apareamiento es brusco, él lleva todo el acto y ella solo obedece a sus pretensiones, tumbados y desde atrás le introducía con fuerza su erección, sin vergüenza ni pudor, ante todos, solo para saciar al macho. Me sorprendió bastante ver que la duración era mucho más de la que esperaba, pensaba que cuando él tuviera su orgasmo terminaría, como los animales, pero no. Incluso aprecié algunas caricias o eso quise ver, pero desde luego a ambos se les veía disfrutar, sobre todo cuando ella se puso como un animal y él le saltaba por detrás, a muy pocos centímetros de mí, era completamente visible como su miembro se le encajaba en su interior, como la sujetaba del pelo y le daba profundidad a la penetración.

No quería mirar, pero tampoco podía apartar la mirada, algunos pasaban por su lado como si estuviesen comiendo o leyendo un libro, fue algo espectacular como derramó varios orgasmos sobre ella, era algo inevitable, que sabía que pronto vería y que me temo, pronto me ocurrirá a mí.

Esa noche no pude dejar de pensar en eso, en el punto de la vida en que el sexo se convirtió en tabú..., en qué momento comenzaría el ser humano a tener pudor por sus

cuerpos, por mantener relaciones sexuales de forma normal, no lo sé, pero de lo que pude constatar es de que en ese período aún no.”

Hasta ahí la lectura, hasta ahí las noticias que llegaban a Camila, muchas cosas en que pensar, reflexionar en los comentarios de la Dra. Svetlana, en como el pudor fue adquirido con el tiempo, en como interactuaban los homo sapiens, y también en que querría decir con que el planeta se moría, y qué significaba eso de buscar un planeta nuevo en el espacio.

Aquel diario no solo le mostraba el pasado, sino que también podría entender el futuro, mucho en que pensar esa noche, y con esos pensamientos apagó la vela, dejando la habitación totalmente a oscuras y escuchando el sonido de la tormenta.

A la mañana siguiente, la joven recibió una visita, era el hombre del telegrama, quien se había apresurado en verla, casi llega antes él que el telegrama.

-Buenos días, señorita Storm-, le dijo al estar enfrente.

-Buenos días, señor De la fuente..., pensé por su telegrama que no había urgencia en la visita.

-No la hay, ese telegrama se mandó hace tres días, pero el temporal tenía cortada la línea.

-¿Y a qué debo su presencia?-, le preguntó la joven.

-Me gustaría poder hablar con usted a solas.

La decisión

El notable se encerró con la joven en el despacho de Pablo, ella estaba tranquila y se sentó en el sillón de su buen amigo, frente a ella, al otro lado de la mesa, Venancio sacó de su portapapeles una gran cantidad de documentación, -verá señorita, su padre me ha mandado para verla, le explicaré el contenido de esta documentación.

-¿Sucede algo?, mi padre no me ha comunicado nada.

-No..., no se alarme-, decía mientras ordenaba sus documentos.

Ella le prestó su atención, el hombre comenzó a leer, -su padre ha decidido que ya es hora de repartir su patrimonio.

-¿Está enfermo?-, preguntó angustiada la joven.

-Está cansado..., quiere retirarse de la vida financiera y disfrutar junto a su madre de la vida que merece.

-No comprendo el motivo por el que no me ha comunicado nada-, le dijo ella.

-Su padre ha mantenido unas conversaciones con sus hermanos, yo he estado presente en todas ellas, pero al no encontrarse usted en Inglaterra hemos decidido comunicárselo una vez repartido el patrimonio..., desde luego si usted no estuviese de acuerdo, siempre podría negarse a firmar.

La mujer quedó pensativa, confiaba plenamente en el señor Venancio, pero por qué tanta premura, su padre no era tan anciano, -dígame entonces en que consiste el acuerdo..., supongo que al ser mujer debo aceptar lo que se me otorgue.

-Creo que usted verá justo el reparto.

-Igual de justo que las reuniones sin mi presencia, veo que sigo sin tener voz en casa.

Al hombre no le sorprendían aquellas palabras, Venancio sabía que la joven Camila siempre estuvo un poco adelantada a su tiempo, -lógicamente todos los negocios de su padre pasarán a ser administrados por sus hermanos, se ha acordado que usted disponga del quince por ciento de los beneficios que generen sus negociaciones.

-¿Un quince?..., de acuerdo, si así lo ha dispuesto mi padre.

-Hablamos de mucho dinero, además usted no tendrá que lidiar con las finanzas.

-Lo sé, mi capital estará siempre en manos de sus negociaciones, en lo eficaces que sean con las finanzas.

-Así es, pero los beneficios se les otorgarán mensualmente, cuadrando el balance anualmente, ¿no está de acuerdo?

-Sí... sí, se lo firmaré.

-Espere que no hemos concluido-, sonrió, -los bienes inmuebles y los terrenos también se reparten, usted será la propietaria de la casa de verano de Escocia, del palacete de Salamanca, aquí en España, y... A ver déjeme un segundo..., sí aquí está, de las tierras del norte de España, todos los bienes en España serán para usted y la casa de verano de Escocia.

-¿Y la casa de mis padres?

-Esa no entra en el reparto mientras ellos vivan, luego se heredarán por ley, su hermano menor, ha querido también que se quede con la casa de París y sus terrenos..., creo que han sido bastante generosos en el reparto.

La mujer cayó, pensativa y distante, no era una mujer avariciosa, pero no comprendía para qué repartir ahora los bienes, -estoy de acuerdo..., déjeme firmar.

-Un segundo, debe saber que hay una cláusula.

-¿Una cláusula?..., ¿de qué?

-Una vez que firme debe saber que todos estos privilegios le serán otorgados una vez se case, su padre no quiere que una joven y soltera disfrute de tal patrimonio sin tener un marido, esa es la condición lógica.

-Claro, ahora lo comprendo, lo que quieren es controlar mi vida... Déjeme que se lo firmo, y dígame a mi padre que muchas gracias, gracias por cortarme las alas de las que tanto me hablaba cuando era una niña.

-¿Está de acuerdo entonces?..., sepa lo que esto significa.

-Lo sé, en cuanto se sepa tendré decenas de hombres tras de mí, y si quiero ver un solo céntimo de ese dinero debo elegir entre esperar y casarme por amor o casarme por el dinero con el primero que venga..., lo importante es estar casada y así mi padre podrá vivir tranquilo.

-No se agite señorita, sepa que es usted una joven que encontrará un marido pronto, yo mismo la veo como una bellísima mujer.

-¿Ve lo que le digo?..., ya me salen pretendientes-, le dijo. Agarró los documentos y los firmó.

-No me malinterprete-, le dijo el hombre, -solo le digo que es usted una persona con mucha apariencia.

-Muchas gracias..., ¿algo más?-, le saltó molesta.

-No-, respondió. La mujer se levantó y abrió la puerta, cuando Venancio salía con su portapapeles le dijo, -no olvide dar las gracias a mi padre..., buenas tardes.

Otra maniobra de su familia para lograr que dejase su trabajo, su vida liberal para los tiempos que corrían, pero no harían mella en la joven decidida a ser independiente.

Al cabo de otros tres días, la joven leía sus traducciones en la oscuridad de la noche, bajo la tenue luz que alumbraba el dormitorio.

“ Día octavo.

No puedo decir con seguridad el tiempo que llevo sin escribir, decidí dejar de hacerlo porque ellos empezaban a fijarse demasiado en mis conductas, era demasiado extraño verme con un bolígrafo plasmando símbolos en un papel, solo lo haré cuando disponga de la intimidad suficiente para hacerlo.

Ayer alcanzamos a superar los pirineos, ha sido duro, muy duro, pero en este lado de ellos, el tiempo es más cálido, incluso parece que a lo lejos se ve algo verde, pronto lo comprobaremos, en uno de los días podía ver el mar, ya estoy convencida de que vamos hacia España, por la costa del norte, la comida es más abundante aunque más pequeña, se alimentan de gansos y aves de otras especies, también caracoles..., yo no los he podido probar.

Lo que al principio me parecía tosco en sus actitudes, parece que con el paso de los días, me estoy habituando cada vez más y veo gestos cariñosos entre ellos, incluso con sus hijos e hijas, los veo trabajar en sus herramientas, como tallan la piedra y los huesos, utilizan todo lo que les parece oportuno, parece que son capaces de conseguir fibras de las plantas y los árboles y con ellas tejen y hacen portabebés.

En el paso de los pirineos hemos tenido que lamentar la muerte de varios del grupo, una mujer mayor no ha soportado el viaje, y dos pequeños los perdimos al caer al vacío..., fue algo lamentable, pero aquí la vida es dura, a la mujer mayor se le dio sepultura, me sorprende ver a esos hombres rudos, con barbas y pelo largo, con sus facciones tan marcadas, hombres que he visto derribar un mamut, verlos con emociones mientras entierran a los suyos..., detrás de esas frías miradas está la humanidad, ahí está nuestra esencia.

He aprendido en estos días o semanas, que no usan un lenguaje que entiendan, solo son sonidos, sonidos que emiten según el ánimo, eso me ha llevado a interpretar sus gestos, y a probar a interactuar yo con ellas, creo que lo hago, o al menos creo que me entienden en lo más simple, es frustrante tener tanta capacidad dialéctica y no poder transmitírselas, se me hace largo el viaje, no quiero desfallecer ni venirme abajo, pero a veces parece que esta es su vida, ir de un lado a otro, sin un lugar fijo, solo cazando, recolectando lo que se encuentran..., si consiguiera al menos que nos asentáramos en algún lugar, podría intentar explicarles que podemos cultivar nuestros alimentos, criar nuestro ganado, pero otras veces pienso que si lo hiciera encaminaría de nuevo al mundo que dejé atrás.

Son bastante aseados para los pocos medios de que disponemos, pero en cuanto hay posibilidad de bañarse, de lavarse lo hacen..., mi olor ya no es el que era, y me temo que eso es lo que les atrae, porque durante las últimas noches he visto como más de uno se paraba a oler mi cabello o mi piel.

También he advertido que el líder, no es tal..., ahora creo que es quien sabe hacia donde debemos avanzar, pero no veo una hegemonía diferenciada entre ellos..., puede que este tenga algo más de voz, pero no lo puedo asegurar con la misma vehemencia que lo hice estos meses atrás.

Si tardo en escribir puede que lo deje, no estoy segura de lo que hago..., puede que no tenga sentido escribir un diario, puede que solo sea mi ilusión por que alguna vez sea leído, no lo sé, solo contemplo como el sol abandona el horizonte, como las estrellas se hacen cargo del cielo..., tal vez solo deba disfrutar de esta vida.”

La joven soltó el libro, era tarde y la oscuridad acariciaba su piel, solo el sonido de la tormenta se escuchaba, el invierno estaba siendo lluvioso aquel año.

No podía dormir, a su mente venían muchos pensamientos, pensamientos que no solo provenían del libro, sino de su padre, de como quería casarla sin que ella lo aprobase, de Fred, aquel hombre le hacía sentir cosas y tal vez fuera una opción para su futuro, pero como fiarse de un hombre con tal reputación. Abrió la puerta de la habitación, vio luz bajo la del joven pintor, otro que dedicaba las noches a no dormir.

Hasta la puerta se acercó, tocó levemente con sus nudillos, la joven vestía su combinación, enaguas y la bata cerrada, -¿qué hace levantada aún?-, susurró el joven al abrirle.

-No puedo dormir..., ¿usted también sigue con su trabajo?

-Sí..., pase si quiere.

Al entrar, Camila contempló siete u ocho velas encendidas, cada una con su movimiento, el cual hacía que pareciera que los objetos se moviesen, los cuadros de Darío parecían cobrar vida, -¿con qué está trabajando?

-Es un encargo, no me gustan los cuadros tan inertes, pero el cliente quiere un bodegón.

-Es realmente bonito..., ¿piensa ganarse la vida con sus cuadros?

-Quiero regresar a Bruselas, allí todo es más fácil, tal vez Holanda..., no lo sé, pero de seguro regresaré a Europa.

-Quiero que me pinte de noche..., bajo esta luz tan mágica.

-No tengo problemas en hacerlo, ¿quiere sentarse?

-No, me vuelvo a la cama, puede que usted consiga más de lo que pensaba-, le dijo.

El joven se quedó extrañado por sus palabras, ella volvía a su dormitorio, -¿qué quiere decir?..., no se vaya así.

De nada sirvieron sus ruegos, ella volvió a retomar la lectura, el último día que tenía traducido, se deshizo de la bata y de las enaguas, la joven siempre dormía con la combinación tipo pantalón.

“ Día noveno.

No sé porque sigo nombrando los días correlativos, supongo que hace algo más de un mes que no escribo.

Esta zona es ya otra cosa, parece que el invierno se quedó en los pirineos, cada día es más cálido y la vegetación en esta zona es mucho más abundante, hemos recogido frutos durante el día, los hombres cazan todo tipo de animales, es espectacular ver las cacerías, algo negado a las mujeres, pero que gracias a mis prismáticos, a veces puedo observar, las manadas de búfalos son abundantes, parece que estuviéramos siguiendo sus rastros, hace tiempo que no se ven mamuts..., supongo que quedaron más al norte.

He podido interactuar con Sofía, yo la llamo así aunque no me entienda, a veces me pillan hablando sola y se extrañan, si mi madre me viera, si ella supiera que he aprendido a coser,

recolectar, cocinar y otras muchas cosas que nunca había hecho, ahora me siento mejor, la última vez que escribí me sentía vacía, pero me he vuelto a recomponer, tal vez hable demasiado de mí, cuando debería hacerlo de ellos, pero es mi única válvula de escape, es cuando regreso a ser la que fui.

No sé si debo contar lo que sucedió hace tres días, pero es algo que va a cambiar mi vida para siempre..., lo voy a contar y quien quiera que lo lea y quien no quiera que no lo haga.

Todos estábamos recogiendo por la mañana, para seguir el camino, uno de los hombres se me acercó, por sus gestos y por lo que había visto antes estaba segura de que quería mantener relaciones sexuales, traté de evitarlo e incluso hice como si no lo entendiera, pero era algo inútil.

De un solo golpe me quitó las pieles, solo con la falda, las botas y lo de arriba, en cuanto se subió sobre mí, le dejé hacer..., como había visto en las demás, ni me desnudó, solo subió la falda mostrando mi sexo a todos los que allí estaban, me tiró al suelo..., tumbada y se me colocó detrás, para ellos no existen los preliminares, no buscan que se humedezcan nuestros sexos para que sea más fácil, yo solo notaba su dureza golpeando mi entrepierna, buscando ansioso lo que guardo entre los muslos, no me importaba en ese momento, yo ya era consciente de lo que era para ellos.

Sujetándome la pierna en alto logró clavarla, sentí dolor al principio, luego cuando comencé a lubricar todo fue mejor, con los bruscos movimientos notaba como mis pechos estaban fuera de la prenda que antes los cubría..., a muy pocos les importó lo que sucedía, siguieron con sus cosas mientras este se aprovechaba de mi cuerpo..., mientras me empujaba con fuerza, haciendo que todo mi cuerpo se moviera, yo miraba a un niño que me observaba, me sonreía y yo hice lo mismo..., le sonreí.”

En ese momento de la lectura, Camila se estaba excitando, aquello era algo que nunca había leído, sobre la colcha y bajo la tenue luz, la joven arrastró su mano hasta los botones que la combinación tenía. Abrió el primero y ya el hueco que dejaba la prenda era mayor, sus vellosidades negras y rizadas contrastaban con el blanco puro de la tela, el hueco era imposible para acceder hasta su calidez, mientras leía, su mano alcanzó el otro botón, el cual hizo saltar lentamente y ya todo su pelaje asomaba por entre la tela.

“ Yo sentía como su fluido encharcaba mi sexo..., una y otra vez, con cada embestida derramaba dentro de mí su semilla, parecía no tener fin tal acto, he de confesar que a mis treinta años he mantenido relaciones con muchas parejas, pero jamás nadie me había cogido de tal manera.

Cuando pensé que ya había concluido, se levantó como si nada, me empecé a bajar la falda y enseguida se acercó otro de los hombres, haciéndome gestos para que me apoyara en las manos, me iba a coger otro en cuando me soltó el primero. Sumisa total, le dejé disfrutar y atinó de inmediato entre mis labios, pude sentir como me los separó con una mano y con su dureza..., no pensaba que pudiera sentirla tan profunda.

Con sus manos en mi cintura, apoyado en sus pies me clavaba con fuerza, sentía como colgaban mis senos y como se movían al compás de sus empujes, no creáis que duró unos minutos, no tengo noción del tiempo, pero yo diría que entre los dos me entregaron al placer

durante un par de horas, llenándome de sus fluidos, los cuales los sentía caer al suelo deslizándose por mis muslos..., solo aquel niño me miraba..., solo aquel niño me sonreía.

Cuando terminó, se bajó de mí y me dejó tirada exhausta, no pensaba que aquel jovencito se acercaría a mí para ayudarme a levantarme, para ayudarme con mis cosas y proseguir el camino como si nada..., salvo por la humedad de entre mis piernas.

Esto lo cuento por una razón, porque nunca pensé en ser madre, ahora no solo creo que lo seré, sino que lo deseo.”

Camila ya acariciaba su sexo bajo la tela, por el hueco preparado en la combinación para ir al baño, por ese hueco acariciaba sus vellos, sus húmedos labios y la línea que se produce entre ellos, incluso uno de sus dedos la atravesaba, logrando acariciar sus suaves labios menores.

Aquella entrepierna estaba mojada, sus dedos encontraban facilidad para deslizarse entre los labios, e incluso para adentrarse en sí misma, no hasta donde deseaba, solo un poco para curiosear, para sentir las estrías de sus paredes, los pliegues de sus labios menores, hasta alcanzar la perla de placer, el turgente abotonamiento que se hinchaba con cada suspiro.

Poco necesitó tocarlo para venirse en un magnífico orgasmo, en un placer nunca antes sentido, un clímax que le cortaba la respiración. Puede que aquel orgasmo fuese el primero de su vida, o al menos el primero consciente, sin contar los que ya le habían producido sus sueños.

Aquella mañana, Camila se levantó satisfecha, había encontrado la unión entre su cuerpo y su alma, entre la mente y el placer, se dio cuenta de que podía ser dueña de sus emociones más profundas, con esa alegría bajó a desayunar, -buenos días, Jazmín.

-Buenos días..., la noto feliz, ¿qué tal ha dormido?

-Muy bien, tengo ganas de vivir..., de hacer cosas que me hagan sentir viva.

-Me alegro, ¿por qué no empieza por un desayuno?, la veo cada vez más delgada.

La joven se sentó junto a la mujer, -eso es por este corsé que me ahoga.

-Yo la veo estupendamente, el corsé fortalece los órganos y además realza la figura.

Camila no quería entrar en discusiones, pero no entendía cómo había mujeres que les pudiera gustar llevar esa prenda, a ella misma la estaba matando y no quería ni pensar cuando llegara el caluroso verano, -creo que estas prendas tienen los días contados, señora.

-¿Por qué dice eso?

-Pienso que en el futuro las mujeres no las usarán, la ropa de entonces buscará la comodidad-, le dijo. Ella había comprobado en su diario como la Dra. Svetlana no usaba corsé, como decidía sobre si quería ser madre, trabajaba en lo que le apasionaba y había tenido relaciones sexuales con varias parejas, aquel diario empezaba a abrir los ojos a Camila.

-¡Qué locura hija!, las mujeres deben mostrarse siempre correctas y bien vestidas, ¿qué habla de no usar corsé?

-Déjelo..., no se preocupe son cosas mías-, le dijo.

-Búsquese un buen marido y cátese, hágame caso.

Jazmín era la viva imagen de lo que representaba la mujer en aquella sociedad, -no se preocupe, lo haré, pero cuando crea estar preparada.

En ese momento entró Darío al comedor, -buenos días-, dijo.

-Buenos días, hijo..., ¿qué tal la noche?

-Muy bien tía, esta noche ha sido muy buena-, respondió mirando a la joven. Vestido con su traje de chaleco y corbata, el joven bebía una taza de café de pie, junto a las dos mujeres.

-¿Qué es eso que le ha hecho tan buena la noche?-, le preguntó la joven. Ella le miró con media

sonrisa, con disimulo.

-La visita de un ángel..., esta noche me ha visitado la inspiración-, respondió Darío.

-¿Cómo tiene el encargo del señor Guzmán?-, le preguntó la tía.

El joven soltó la taza vacía en la mesa, besó en la frente a Jazmín, -está casi terminado..., de momento no voy a coger más encargos, voy a dedicar tiempo a los ensayos.

Luego él salió y la joven se levantó, -discúlpeme, señora-, le dijo a Jazmín.

En el pasillo que llevaba a la salida, le paró la joven para preguntarle, -¿qué sabe del señor Maddox?

-¿No le he dicho nada?, está de camino, llegará mañana o pasado depende del transporte.

-¿Cómo es que no me lo ha comentado?

-Usted me dijo que todo estaba arreglado con la visita a las cuevas, que no había nada que preparar, de hecho, el señor Maddox se hospedaría cerca de Altamira, en cuanto me llegue su telegrama podremos salir a su encuentro.

-Estupendo, tengo ganas de que vea las cuevas.

-Yo también, ¿qué me quiso decir anoche con que obtendría más de lo que esperaba?

La joven hablaba en voz baja, casi susurrando, -puede que le permita pintarme de cuerpo entero..., hasta los tacones.

-¿Y ese cambio?, solo pensaba en pintar su rostro.

-¿No me dijo usted que le gustaría plasmar todo mi cuerpo?

El la miró con una sonrisa, ella también sonreía levemente y Darío susurró, -yo me refería a su cuerpo desnudo.

Rápidamente la joven se ruborizó, incluso le entró calor, -ese interés suyo no será lascivo.

-Ese interés mío es únicamente como artista..., como pintor, ¿acaso usted ve lascivia en las pinturas de Altamira?

Camila se extrañó, -son dibujos de animales..., ¿Dónde puede haber lascivia en ellos?

-Pues eso digo..., ¿dónde puede haber lascivia en eso?-, contestó. Ahora fue ella la que se quedó sorprendida por sus palabras, no le encontraba la lógica. Sonriendo el joven salió a la calle, ella se quedó en casa, como siempre.

Prosiguió durante dos días con sus traducciones, a la espera de que el señor Maddox mandase un telegrama explicando su situación para acudir a las maravillosas cuevas de Altamira.

Así sucedió, al poco llegó la notificación, y la mujer se alegró profundamente de volver a su trabajo, a su sueño. Darío y Camila tomaron el tren para encontrarse con el científico, justo al llegar la mujer comprobó que no estaba solo, le acompañaban otras dos personas, un operario para cargar con el equipo y otro científico amigo suyo, el señor Charles Hopkings, un joven de unos treinta años especializado en revelado de fotografías.

Nada más encontrarse, el operario preparó la cámara para inmortalizar el encuentro, una fotografía que después pasaría a formar parte de la historia, -me fascinaría poder ver la

fotografía-, le dijo Camila.

-Por supuesto..., cuando esté revelada le mandaré unas copias, y bien ¿vamos a ese bello lugar del que tanto he oído hablar últimamente?

Darío cogió la voz de mando, -por supuesto, síganme-, les dijo. Unos caballos les esperaban para trasladar al equipo hasta las cuevas.

Para la joven era tortuoso montar de lado con el corsé y el polisón, pero aquel viaje lo estaba disfrutando más que nunca, el señor Maddox, amante de la fotografía, decidió realizar algunas tomas más durante el trayecto, todo el enclave de Altamira es mágico.

En el campamento, Fred no les esperaba, sabía que algún día lo harían, pero no sabía con certeza el momento, se alegró al ver a lo lejos a los visitantes, -¡Víctor!-, gritó, -prepara todo para la visita de los amigos de Camila..., ya están llegando.

El joven hispano, se adentró en la cueva para comunicar a los trabajadores que dejaran lo que estaban haciendo, para que saliesen a recibir a la visita y les ayudasen en lo que necesitasen, tanto Fred como Víctor tenían buenas esperanzas en aquellas personas.

-Buenas tardes-, dijo Maddox al bajar del caballo.

-Buenas tardes-, respondió Fred. Todos se saludaron, era un ambiente acogedor, aunque se percibían nervios por ambas partes. Pasaban las doce y media del mediodía, pero no podían esperar para ver las grutas, así que en cuanto se organizaron se adentraron en las cuevas.

-Me alegro de verla-, le dijo Fred a Camila.

-¿Ve cómo puedo contribuir a exponer las cuevas?-, le respondió. El arqueólogo inglés la miró, un brillo especial había en sus ojos, -lo sé, pero yo me alegro mucho más de tenerla entre nosotros.

-¿Me echa de menos señor Smith?

-Cada día..., no me malinterprete, pero era usted una excelente trabajadora.

-Pensaba que me echaba de menos por otros motivos-, susurraban a la cola de la expedición.

El hombre le sonrió, pudo ver que algo estaba cambiando en ella, que algo la estaba haciendo más segura de sí misma, -no quiero ofenderla, la última conversación no supe expresar lo que siento.

Con una media sonrisa, le miró, -yo no me recuerdo..., no sé a qué se refiere.

En ese momento fueron interrumpidos por Víctor, el cual encabezaba la expedición, -Señor Smith, creo que debe ser usted quien haga de guía.

-Claro..., síganme.

El arqueólogo los condujo hasta la gruta mayor, la gruta que se suponía era una especie de altar, de concentraciones, allí estaban representados los caballos, que al parecer eran mucho más antiguos que las pinturas de los búfalos, que también estaban allí pintados, -esto es magnífico-, dijo Darío embelesado.

-Desde luego lo es-, le siguió el señor Maddox.

Todos contemplaban las maravillosas pinturas, los colores tan vivos después de varios años, -

son policromáticos-, dijo sorprendido el pintor.

-¿Parecen verdad?-, decía Fred, -no lo son, o al menos eso creo..., solo hay pigmento negro y ocre..., lo que le da esos colores es la incrustación de ellos en las paredes, la roca los hace ver así, aquí es todo magia, parece que hasta los relieves y las grietas juegan su papel.

-Les da vida..., la verdad es que la señorita Storm no mentía en sus afirmaciones.

-No lo dudo, esto es algo que debe ser expuesto-, saltó el señor Maddox, -quiero fotografiarlo todo..., es necesario para que la gente sepa lo que hay aquí.

-Estoy de acuerdo con usted, pero hay que tener precaución de no dañar las pinturas con los químicos de su cámara-, le dijo Víctor.

-¿Y qué sugiere usted?

-Yo no lo sé, es usted el experto señor Maddox.

-Tal vez Darío pudiera pintar algún cuadro y fotografiarlos después-, dijo Camila.

-Para nada..., no podemos hacer eso, ya hay un gran escepticismo en la sociedad, nos atacarían y le daríamos razones para seguir hablando de falsificaciones-, soltó Fred.

-¿Y qué es lo que sugiere usted señor Smith?-, le preguntó el científico.

-Hagan las fotografías..., dos por cada cámara, nada más... Esta esencia es difícil de captar por un pintor, debe ser tal y como se ha conservado.

-Perfecto, preparen la cámara-, dijo éste a su operario y a todos cuantos allí había.

-¿Puedo hablar con usted un momento señorita Storm?-, le preguntó Fred a Camila.

-Claro que sí... ¿Me disculpan señores?-, dijo a los demás. Ambos salieron de la cámara central, por un pasillo estrecho llegaron hasta otra sala, una más pequeña en donde no había entrado nadie aún, unas piedras en el fondo hacían suponer que aquello era una especie de habitación enorme, donde algunos grupos convivían.

-¿Qué es este lugar?-, le preguntó ella.

-Lo descubrí hace solo dos días, creo que aquí es donde dormían las mujeres que estaban embarazadas o daban a luz..., he encontrado algunas cosas que me hace pensar eso, pero la he traído para que vea algo, algo que nadie más verá.

La joven se acercó al fondo junto al hombre, en la pared había una inscripción, junto a una de las piedras, de un tamaño pequeño, pero que resaltaba con solo fijarse. " Svetlana ".

-¿Qué le dice ese nombre?-, le preguntó Fred.

Ella se conmocionó al verlo, pudo estar donde ella estuvo, tocó con sus dedos la inscripción, no daba crédito, -¿y dice que es aquí donde las mujeres daban a luz?

-Es lo que supongo..., nada es cierto en la prehistoria como usted misma sabe, pero ¿dígame que sabe de ese nombre?

-Nada, no sé lo que puede significar.

-¿Está segura?..., ¿no tiene nada que ver con su libro?

-No lo he leído, como usted dijo eso solo me traería problemas.

-Así es, por eso mismo esta sala no verá la luz..., se va a sellar.

-No puede hacer eso, es parte de las cuevas, de su magia.

-Nadie podrá aclarar qué significa esto, supondría el final de las cuevas..., ya sería imposible datarlas antes de la historia, a mí como arqueólogo me duele mucho, pero también como arqueólogo sé que algo sucedió aquí, algo que no puedo explicar, pero sé también que esas pinturas oscilan entre los treinta mil y quince mil años antes de Cristo.

-Yo estoy convencida de eso..., no tengo dudas.

-¿Entonces me entiende?-, le preguntó. Fred se acercó a ella, la joven no podía creer estar en la misma sala que en su día estuvo Svetlana, sentada sobre la dura piedra que un día fue su cama, -sí..., claro que le entiendo.

Él se sentó junto a ella, la miró por unos segundos, ella le aguantó la mirada bajo aquel lugar ancestral, lentamente, Fred se acercaba a sus labios, sin mediar palabra, cuando ya podía percibir su aliento cálido en su rostro, la joven cerró los ojos, sintió el contacto de sus labios sobre los suyos, el calor húmedo que los envolvía, él rodeó su cintura con sus brazos, y ella se dejó llevar por la pasión.

-Lo siento..., no debí besarla-, le dijo Fred cuando se apartó.

La mujer no estaba para nada molesta, más bien le había gustado, al cerrar los ojos revivía la estancia de la Dra. Svetlana en aquella cámara, no soltó palabra solo una mirada a los ojos de Fred, el cual volvió a buscar sus labios y Camila se los ofreció con gusto.

Pasado un buen rato, ambos se encontraron con la visita, estaban más que encantados con la experiencia, el señor Maddox tenía pensado revelar las fotografías y publicarlas, y el joven pintor se mostraba entusiasmado, por el arte tan preciso del homo sapiens desde hace miles de años.

Darío tenía pensado realizar un cuadro, en donde plasmar todo lo vivido, tratar de reflejar las emociones que aquello le despertaron a él mismo.

Era la hora de la despedida, de regresar a casa, les quedaba un largo camino de vuelta y debían apresurarse si querían tomar el último tren, ella desde su caballo se despedía de Fred con la mano, y de Víctor, con un sabor amargo por dejar atrás su pasión, las cuevas y a su más que admirado Fred Smith.

Una vez en la casa, la joven cansada subió a su habitación, acompañada del joven pintor, Darío no dejaba de hablar de las pinturas de Altamira, aquello le había impactado bastante, al llegar a la puerta del dormitorio de él, ella debía continuar hasta su habitación, -veo que le han gustado las cuevas.

-Son magníficas.

-Veo que ya tiene usted otro interés..., ¿debo entender que se pospone mi retrato?

-Para nada..., sin embargo, yo sí debo entender qué al haber cumplido con la visita a las cuevas, usted esté ya disponible para tal obra.

-Solo cuando usted disponga, yo cumplo mis promesas-, le dijo ella.

-Estupendo..., ¿le parece si comenzamos este próximo fin de semana?

-Hoy es miércoles, ¿dice usted el sábado?

El joven estaba ansioso por pintarla, por plasmar la belleza de la joven, -el sábado es perfecto, debo comprar algunas cosas para que sea mi mejor trabajo, aunque con tan bella mujer no tengo dudas de que lo será.

-Es usted un crio encantador-, le soltó.

-¿Un crio?... ¿es que me ve como un niño?-, preguntó molesto.

-¿Acaso no lo es?-, le dijo ella con una media sonrisa.

Camila de inmediato se dirigió a su dormitorio dejando al joven en el pasillo, -no me juzgue por la edad-, fue lo que su frustrada mente pudo expresar, nada más podía salir de su boca cuando la joven pensaba eso de él.

El beso de Fred hizo soñar a la joven, no estaba segura de sus sentimientos hacia él, ella era consciente de la admiración que tenía hacia su persona, ¿pero lo que empezaba a sentir sería el amor?, todavía dudaba sobre esa palabra.

En la noche del viernes, la joven contaba con otras hojas del libro traducidas, como cada noche que las leía, se acostó sobre la colcha y se iluminó con la vela.

“ Día décimo.

Hoy estoy emocionada, puede que todo lo que escriba sea producto de esa emoción, pero hemos alcanzado el lugar al que nos dirigíamos, ya había estudiado algo de esta zona, estamos en España, en las cuevas de Altamira, en el Norte de la península ibérica.

No recuerdo la última vez que escribí, podría decir que nuestro viaje, o al menos desde que me uní a ellos ha tardado unos seis meses, durante el trayecto he vivido de todo lo inimaginable, hoy me siento feliz, parece que estamos en casa.

Atrás quedan los malos momentos, un clima inhóspito y cargado de dureza, de varias muertes, que he lamentado como mías y de muchas relaciones sexuales..., no he escrito más sobre ellas, pero han sido abundantes y variadas, lo que quiero decir es que parece ser que no tengo un hombre que se haga cargo de mí, por eso es como si estuviese disponible para todos, empiezo a pensar que no puedo quedar embarazada, he supuesto que por ser distinta especie o evolución..., no lo sé.

Hoy no quiero escribir sobre lo sufrido en el viaje, hoy quiero escribir sobre lo que nos hemos encontrado aquí, al llegar hemos sido recibidos por un grupo mucho mayor, asentado aquí desde hace tiempo, he podido entrar en algunas de las cuevas, las paredes y los techos están llenos de pinturas, me da la impresión de que cada viajante que se asienta en esta zona, plasma sus vivencias, los he visto dibujar e interactuar entre ellos, estoy convencida de que sabían que debían llegar aquí.

Muchos se han sorprendido por mi apariencia, soy muy distinta a ellos, color de piel, de pelo y las facciones de la cara..., también les llama la atención mi color verde de ojos, pero no me he sentido rechazada..., al menos no por ahora.

Siempre he tratado de seguir a Sofía, me gustaría permanecer a su lado y ahora más que tengo la incertidumbre de cual será mi sitio, el lugar en el que deba estar.

Sé que me repito constantemente, pero quiero una integración total y aunque parezca algo insólito, deseo quedar embarazada para tener al menos un hijo, creo que sería de gran ayuda sentir algo como eso, sentir que alguien peleará por mí pase lo que pase.

Aquí en esta gran comunidad, realizan figuras de barro, son muy curiosas y les dedican un gran trabajo, pensar de por muy poco las compraba en los bazares y aquí les dedican días y son tan toscas..., si no recuerdo mal, en el Neolítico ya cosechaban sus propias tierras y tenían a animales domesticados, por lo que supongo estamos en el paleolítico o tal vez empezando el mesolítico, porque cada día salen a cazar e incluso pescar y a recolectar.

Pienso que estas tierras podrían producir alimento suficiente para alimentarse sin necesidad de recolectar, pero no voy a influir en nada de lo que ellos hagan, tampoco tengo autoridad alguna para hacerlo, aunque el estatus social es igual para todos, no hay jefes que se diferencien, salvo algún tipo de mago o chamán, pero las mujeres sí que andamos unos escalones más abajo.

También modifican los alimentos que recolectan, eso no lo he visto antes, supongo que al tener que avanzar no había tiempo para moler o mezclar con agua los cereales..., en los días que llevo aquí he dormido junto a mi grupo, en una cueva que hay al fondo del gran salón, a la izquierda entras por un pequeño túnel y al fondo del todo se encuentra una amplia cavidad, tiene una ventilación en el techo, por lo que es ideal como dormitorio.

He de decir que todos dormimos juntos, hemos preparado nuestras camas con pieles, no es que sea muy confortable ni espaciosa para tantos, pero al menos es una especie de hogar, donde poder dejar al fin nuestras cosas y salir libres de carga, el tiempo aquí empieza a ser cálido, hay mucha vegetación y te puedes perder en los bosques en un segundo..., es espectacular la cantidad de aves y pequeños animales que se ven en los árboles y también por el suelo.

Muchas hogueras alumbran la noche, en las entradas de las cuevas y algunas también en su interior, los días se hacen largos, parece que dispongo de todo el tiempo del mundo, ahora que estamos asentados, podré ser más yo misma, cuando salga al bosque buscaré lugares para sentirme sola, para bañarme, para tumbarme bajo la sombra e incluso para observar como el viento mueve las copas de los árboles, creo que comienza mi nueva vida..., y estoy emocionada.”

Camila dejó caer el libro sobre la cama, mirando al techo y pensativa, se imaginaba a aquella mujer entre los primitivos, encerrada en su inteligencia y siendo tan valiente como para adaptarse a un mundo tan diferente. También se la imaginaba caminando por las cuevas, que ella misma había recorrido, viendo como pintaban algunos de aquellos dibujos que le maravillaban.

La noche oscura de diciembre traía consigo bastante frío, la ventana no aislaba lo suficiente y decidió meterse bajo la colcha, en aquel momento se imaginaba como aquella joven buscaba ser madre, con extraños y sin saber las consecuencias, pero era obvio pensar que necesitara alguna protección, algo que la arraigara a aquel tiempo.

Ella misma quisiera ser madre, sentir lo maravilloso de dar a luz, de traer a este mundo una nueva vida, pero tenía muchas dudas en cuanto a quien debía ser el padre, ella pensaba constantemente en Fred, pero al mismo tiempo se decía a sí misma que no confiara en él, su fama de mujeriego le hacía pensar en que tal vez, ese hombre, estuviera haciendo con ella lo mismo que

con otras tantas, o tal vez no.

Al cabo de un rato, volvió a sujetar el libro para terminar de leer el último día traducido, se arrojó calentita bajo las sábanas y las colchas y siguió leyendo.

“ Día undécimo.

Ha pasado otra semana, me encuentro mucho más asentada, es mucho más fácil mantener las relaciones sociales sin tener que caminar cada día, estamos mucho más relajados, cerca hay un río en donde tenemos agua potable, me parece mentira ver tan limpia el agua, los peces se ven nadar bajo ese cristal..., estoy asombrada de la belleza que me regala la Tierra cada día, no comprendo cómo le pudimos hacer tanto mal, como no nos dimos cuenta de lo que estábamos destruyendo.

Las puestas de sol son literalmente impresionantes, cada vez que baja el sol, lo contemplo perdido entre los árboles, nada temo porque sé que ninguna catástrofe va a venir, estoy sintiendo una gran conexión con la naturaleza. La relación con mis compañeros de tiempo también va mejorando, he notado más respeto hacia mí, disfruto jugando con los más pequeños y enseñándoles pequeñas tonterías con las que ellos alucinan.

Me estoy ganando ese respeto a base de trabajo, de integración y de ayuda a la comunidad, les he puesto nombre a algunos de ellos, con los que más interactúo, como Blas, el hombre de Sofía, o Moisés que es un hombre más anciano pero mucho más sabio, los pequeños Isaías, Samar, Julieth o Sasha, por nombrar a algunos..., no sé explicar cómo es esa interacción, es como si nos comunicásemos con la mirada, con algunos sonidos y con gestos que se entienden perfectamente, me paso la mayor parte del día cocinando, cosiendo o recolectando, pero también dispongo de tiempo para observar a los que pintan las paredes, o a los que hacen el fuego.

Ayer, mientras salía a buscar los frutos, encontré un pequeño lago, rodeado de vegetación, no está muy alejado, pero lo suficiente como para estar a solas, he decidido hacer allí mi refugio, con lo que he aprendido de ellos quiero construir una pequeña chabola, rellenarla con pasto seco y pensar que es mi casa de verano, junto al lago. Soy consciente de que hay multitud de animales salvajes y también de que no debo sobresalir sobre los demás, pero con tiempo quiero hacerla, pequeña y escondida, que me proteja de las inclemencias y de los animales..., parece que va a llegar el verano, cada día noto más el calor y este lugar es idílico.

No me quiero apartar de ellos, ni mucho menos, pero sí sentir que tengo algo propio, porque dudo que pueda quedar embarazada, no es instinto es por la cantidad de relaciones sexuales que he mantenido con ellos y no hay atisbo de quedar en cinta.

Quien lea esto, quiero que sepa que he pasado a disfrutar de todo lo que dispongo en este tiempo, como ya he dicho antes, tanto de una simple puesta de sol, una risa con los niños o las mujeres, pero también de las relaciones íntimas..., ya no tengo pudor, es algo tan natural aquí como comer o beber, y así lo acepto, la lástima es que no vaya a tener un hijo, y no me quiero obsesionar.

Quiero también que quede claro una cosa, estos homo sapiens no son tan distintos a

nosotros, es cierto que tienen más pelo, por todas partes, es cierto que no hablan o al menos no como nosotros e incluso doy la razón a quien pueda pensar que son bastante menos inteligentes, sociables o bruscos, pero saben muy bien cómo coger a la hembra..., no se limitan a un orgasmo y en un día, el mismo hombre, puede coger a varias de ellas, siempre que estén libres. Yo misma diré para que se sepa que nunca un hombre de mi tiempo me hizo sentir lo que ellos, y también diré para que se sepa, que si hubiera sabido antes lo que podía disfrutar de mi sexo lo habría hecho mucho antes, le pesara a quien le pesara.”

hasta ahí leyó la joven, estaba cansada y decidió dormir, todo cuanto traducía lo guardaba como algo preciado, lo estudiaba con detenimiento, tanto la conducta de la mujer, como el tiempo en que vivía, como la información que pudiera sacar de los primitivos.

En la mañana del sábado, la joven se cruzó con Darío en el pasillo, -¿esta noche la espero?

-Por supuesto que sí.-, le respondió ella.

El joven pintor sonrió, -¿qué tiene usted con Fred?

-Nada..., ¿qué le hace suponer que tengo algo con él?

-Le vi muy interesado en usted en las cuevas-, le dijo. Darío no dejaba de mirarla y ella no le perdía la mirada, -¿usted cree?-, preguntó Camila.

-No..., ese hombre busca algo en usted, pero no me parece interés-, respondió.

La joven se extrañó de su afirmación, -¿por qué dice eso?, ¿acaso sabe usted algo que yo no sepa?

-Yo sé muchas cosas, ya le dije que no me juzgue por mi edad.

Ella se acercó más a él, tanto que pudo hablarle en voz baja, -¿qué es lo que sabe?

-Si ese hombre fuese como yo, no dejaría pasar el tiempo sin visitarla, ¿acaso lo hace?..., yo no le veo-, le susurró.

-¿Y qué más sabe?-, insistió la joven cerca del pintor, como queriendo burlarse de él.

-Sé que su olor es embriagador..., que el perfume que usa no está a la altura de su propio olor corporal, del que mana de su piel.

Ella sorprendida se alejó un poco, ya no le hacía gracia la broma, -¿cómo se atreve a hablarme así?

-Usted quería saber lo que sé, solo se lo estaba explicando.

-Eso no es algo que deba comentarme, debería ser más respetuoso-, le dijo. Camila mostraba algo de rubor en sus mejillas.

-Soy respetuoso, créame, también sé que pronto usted dejará de llamarme así.

-¿Así cómo?

-De usted..., ¿no cree que debería tutearme si me ve como a un niño?-, le dijo con sonrisa pícaro.

-Pobrecito, ¡qué lástima me da usted!, ¿de veras se puede ver usted como un hombre?, si aún es imberbe.

El joven pintor sabía que la joven, al igual que a él, le gustaba el juego de humillarse el uno al otro, de ver quien tenía más aguante, pero los juegos, y más si son con fuego, suelen quemar.

-¿Qué sabe de su amigo Maddox?-, cambió ella de tema.

-Sé que va a mandar a publicar sus fotografías junto con un texto redactado por su socio, en las principales editoriales de Inglaterra..., él espera que tengan una gran repercusión, todo lo que publica es muy leído, ya no solo por sus buenas redacciones, sino porque a la gente les fascinan sus inmortalizaciones con la cámara.

-Perfecto, no sé cómo agradeceréelo.

-No tiene que hacerlo..., solo cumpla su parte del trato.

-Sabe que lo haré, soy una mujer, pero de palabra, aunque pienso que su profesión va a tener poco trayecto a causa de las fotografías.

-No se pueden comparar, las fotografías son algo frío, inerte, los pintores somos capaces de pintar el alma en nuestros cuadros, reflejar las emociones y eso no lo veo en las fotografías.

-Espere un tiempo y lo verá, no dude de la evolución del ser humano-, le dijo mientras se marchaba a desayunar.

Atrevimiento

Los nervios de Camila aumentaban en cuanto se acercaba la noche del sábado, sabía que si se metía en el estudio del joven debía ser fuerte, no dejarse llevar por sus juegos ni por sus palabras, pero al mismo tiempo, a ella le gustaba igual o más sentirse deseada por el joven pintor.

Cuando el silencio era absoluto en la casa, la joven se levantó y se puso su bata de color rojizo, sus cabellos mantenían el recogido del día anterior, y sus pensamientos eran para Fred, muchas preguntas ahondaban en su mente, ¿por qué no recibía noticias del arqueólogo?, ¿por qué no la visitaba si tanto le gustaba?, con esas dudas llamó a la puerta de Darío.

Cuando éste le abrió, la joven entró un poco asustada en el estudio, las velas inundaban de luz la habitación, las llamas con sus movimientos regalaban una danza mágica de los objetos, de calidez y confort. Todos los trabajos en los que estaba el joven, los había apartado, salvo un nuevo cuadro que mantenía sobre un caballete, -¿estás pintando las cuevas?-, preguntó ella al verlo.

-Sí..., no sé si le gusta.

-Está muy logrado..., creo que guarda mucha similitud con las pinturas, me gusta.

-Aún le queda mucho, pero creo que va a ser un buen cuadro..., ¿le parece si empezamos?

Camila le miró en silencio, las luces de las velas dejaban ver su rostro en un aura de incertidumbres, el caballete con el lienzo en blanco alumbrado con bastante eficacia, y sus corazones acelerándose, -no sé si he venido vestida apropiadamente-, soltó ella.

-Quiero que sepa dos cosas, primero que este trabajo no se puede terminar hoy, necesitaré varias noches para realizarlo, y segundo quiero que sepa que debe permanecer en la misma posición durante las sesiones.

-¿No podré moverme?..., no sé si podré hacerlo.

-He pensado en sesiones de dos horas cada noche más o menos, cuando usted no pueda estar más tiempo me lo dice y descansamos.

-Está bien, creo que podré aguantar dos horas.

-También quiero preguntarle, ¿cómo pretende vestirse para ser inmortalizada?

Ella buscó refugio en su mente desplazando la mirada de sus ojos, -sé que a usted le gustaría pintarme desnuda..., ¿no?-, le dijo cabizbaja.

-Eso es algo que debe decidir usted, lo que yo deseo no debe influenciarla.

-Lo sé, pero he de decirle que no puedo hacerlo..., no me sentiría cómoda, nadie me ha visto nunca desnuda.

-Lástima-, soltó el joven.

Ella alzó la cabeza y le miró, -¿cómo qué lástima?!, ¿acaso cree que deberían verme desnuda todo el que quisiera?

-No, solo digo que es una lástima para mí, ¿y cómo quiere entonces que la pinte?

-¿Qué piensa hacer después con el cuadro?

El joven soltó los pinceles, se sentó en su taburete y la miró, -es para usted..., yo se lo voy a regalar.

-Bien, en ese caso podría pintarme así, con la bata.

-No me parece lo más acertado, tengo varias cosas que podría usar mejor que esa bata, venga conmigo-, le dijo.

En un pequeño rincón del estudio, el joven tenía varios tejidos, unas sábanas e incluso una manta roja fuego con bordados de color oro, -mire, podíamos poner sobre el atril esta manta y usted se envuelve en la sábana blanca..., el contraste del rojo y oro con el blanco sobre su cuerpo puede quedar bien.

-¿Pretende que me desnude y me envuelva en una sábana?, va a parecer que estoy amortajada-, dijo sonriendo levemente.

-No sé, dígame usted entonces.

-Me gusta la idea de la manta roja, si cubre la mesa con ella y pone esos cojines podría dar la sensación de que estoy recostada sobre una cama, y con la sábana podría hacer una especie de dosel.

-Me parece una excelente idea, pero en cuanto a su vestidura, aún no ha respondido, quiero que sepa que una vez empecemos no se podrá modificar.

-Podría probar a pintarme en combinación..., como si estuviese dormida-, le dijo ruborizando sus mejillas.

-Vamos a probar, es mejor ver que pensar, ¿no cree?

-Qué locura-, soltó ella. Luego el joven se dispuso a colocar todo sobre la mesa, mientras ella, alejada de sus miradas, se deshizo de la bata y de las enaguas, quedando únicamente con la combinación tipo pantalón.

Sus nervios ahora eran bastante notables, el joven lo podía percibir, -tranquila..., no está haciendo nada grave, no la quiero ver así-, le dijo. Le sujetó de las manos y ésta temblaba, era incapaz de mirarle a los ojos y sus mejillas mostraban su vergüenza.

-No sé si esto es buena idea-, dijo ella. El joven le levantó la cara, con sus dedos en el mentón, ella le miró con brillo en los ojos, -si no está cómoda no quiero que lo haga.

El silencio gritó en la habitación, su alma ansiaba de amor y su cuerpo temblaba por pudor, a su mente le venía todo lo que había leído de Svetlana, el beso de Fred que tanta calidez le arrojó a

su corazón y también el desprecio que había sentido por aquel hombre que ni tan siquiera se había dignado a mandar un telegrama, -quiero hacerlo-, decía con voz temblorosa, -no hay nada de malo en pintar mi cuerpo.

-Está bien..., ven que le ayudo a recostarse.

En poco tiempo, Camila estaba tumbada sobre la manta y los cojines, con las sábanas como dosel y las manos detrás de su cuello, algo levantada sobre un cojín, de lado.

-Creo que así se le ve perfecta-, le dijo el joven.

La tenue luz impedía a simple vista ver los atributos de la joven, al trasluz de la fina tela blanca de su combinación, la oscuridad de sus vellos, hacían imaginar la zona de placer de la joven, sumado a que la apertura de la combinación únicamente tenía tres botones, y por los huecos pequeños que ésta dejaba, podían apreciarse algunos de aquellos rizados y negros hilos. Los pechos se recostaban sobre la manta, libres y ocultos tras la tela, pero podían definirse perfectamente en la posición en que quedaron recostados.

El joven se acercó hasta el caballete, cogió sus brochas y pinturas, y comenzó a trazar líneas y curvas de la escena que presenciaba, era diciembre y hacía frío, tanto que la mujer tiritaba de vez en cuando, aunque también era producto de su nerviosismo.

-Puede hablar si lo desea-, le dijo Darío.

Ella no era capaz de hacerlo, de hecho, sus mejillas eran rojas como el color de la manta, permanecía impertérrita ante la observación del joven. Poco a poco aquella sensación se iba diluyendo, se iba calmando e incluso disfrutando del momento.

-¿Está mejor?-, le preguntó, -¿quiere descansar?

-Estoy bien..., me gustaría seguir y terminar lo antes posible-, pudo decir.

-¿Está incómoda?-, le insistió el joven.

-No, cada vez menos.

-Puedo decirle que es usted muy bella, no entiendo porque no está casada ya.

-No se burle de mí, no estoy ahora mismo para juegos.

-No me burlo-, le decía mientras pintaba, -cual hombre no desearía estar casado con usted.

Ella no se movía, pero si hacía gestos con sus ojos, -¿qué le hace pensar que quiero casarme?... puede que no lo haga nunca.

-Es su decisión, pero puedo ver desde lejos que usted necesita ser amada..., es cierto que es muy luchadora e independiente, pero sus ojos la delatan.

-¿Mis ojos?, ¿también puede leer las miradas?

-La mirada es el reflejo del alma, es ahí donde se encuentra la verdad de cada persona, y déjeme decirle algo... conocí a Fred, pero no le veo trigo limpio.

-¿Quiere hablarme constantemente de él?, ¿no será que se cela con ese hombre?-, le soltó la joven.

Darío sonrió, bajó sus manos dejando de pintar, -¿celos?, qué palabra más macabra, los celos

no deberían existir.

-Los celos muestran que de verdad amas a alguien.

-Los celos son dañinos, tal y como usted cuenta es lo que nos dicen para que los aceptemos, y usted como mujer debería saberlo mejor, debería apartarse de cualquier hombre celoso..., o de cualquier hombre que busque ponerla celosa.

-Lo dice como si los hubiera sufrido.

El joven soltó los pinceles, también la paleta, -creo que por hoy es suficiente-, le dijo con el ceño triste.

-¿He dicho algo que le haya molestado?-, le preguntó. Ella se incorporó y de inmediato buscó su bata.

-No se preocupe, es solo que es tarde.

-No me parece que sea ese el motivo..., cuénteme que le ha sucedido con los celos.

-Prefiero no hacerlo, mire lo que hemos avanzado-, le dijo. El joven se refugió tras el caballete, la joven le siguió extrañada por su reacción, algo había detrás de aquel chico que le tocaba el corazón y era incapaz de abrirse, -solo ha pintado parte de la cama.

-Sí, pero cada arruga de la manta necesita ser pintada con su cuerpo encima..., ¿me entiende?

-Sí, ¿no me quiere contar lo que le ha sucedido con los celos?-, le insistió Camila.

-No insista, por favor, eso es algo que quiero olvidar.

-Está bien, lo siento..., me voy ya-, le dijo.

-¿Mañana la veo?, ¿por la noche?

-No, mañana es domingo y no se trabaja, usted tampoco, nos vemos el lunes en la noche-, le explicó al salir de la habitación.

Darío se quedó recogiendo sus cosas, limpiando las paletas y los pinceles, ella se fue directa a la cama, era tarde y su cuerpo había experimentado demasiadas emociones, al estar tumbada bajo las colchas, alcanzó a tocar su entrepierna, la notaba húmeda y abrió dos botones, introdujo la mano bajo la prenda, acarició sus labios y los dedos se mojaron de su néctar.

Camila se había excitado durante la sesión, tener a un joven tan apuesto observando su cuerpo casi desnudo la había llevado al mundo del placer, y su mente había dado orden de fabricar la miel en sus adentros. Al sacar la mano, ésta la llevó hasta su rostro, comprobó que tanto estaban húmedos sus dedos, los olió y el perfume de la esencia de su reino del placer, le gustó.

El domingo amaneció soleado y frío, pero con un sol estupendo, casi era Navidad y la joven quería pasear un poco por la ciudad, ver los adornos y hacer algunas compras, vestida ya con sus ropas habituales y ajustadas, con corsé y polisón incluido le pidió a Jazmín que la acompañara por el centro, pero no le era posible. Darío que también estaba vestido ya con su traje y bien desayunado, se ofreció a acompañarla y así hacer él también algunas compras para regalar.

Las calles adoquinadas eran bastante transitadas esos días, por personas andando, algunos caballos y varias carretas, mucho ajeteo había en ese día, todos estaban o parecían estar felices por el acontecimiento de la celebración de la Navidad.

-¿Le apetece entrar en esta tienda?-, le preguntó ella.

-No necesito nada de aquí-, dijo sonriendo al ser una tienda para mujeres, -entre mientras compro yo en la esquina..., espéreme en la puerta si no he regresado.

La joven así lo hizo, y ambos se separaron para realizar sus compras, al terminar, ella le esperaba en la entrada de la tienda cuando comenzó a nevar, no en exceso, pero los primeros copos de nieve se quedaban en su sombrero.

Al rato éste apareció abriendo su amplio paraguas, -vamos a buscar un sitio donde poder sentarnos a ver como cae la nieve-, le dijo ella.

-¿Y si el temporal empeora?-, preguntó él con media sonrisa.

-No tenga tanto miedo.

-Vamos a ese café, hay varias mujeres con sus maridos dentro.

-¿Y si no hubiera ninguna no me invitaría a entrar?

-Yo no la expondría a las malas lenguas..., solo usted decide por su vida.

-¿Quién le ha enseñado esas cosas?

-Europa es distinta a España, cuando estudié en Bruselas aprendí mucho sobre las personas, las mujeres no son propiedad de ningún hombre, pero también debe saber que la sociedad nos marca el ritmo, y hay malas lenguas que le pueden hacer mucho daño.

-¿Sabe qué?... , deme su brazo y vamos a tomar un café-, le dijo Camila decidida.

En el salón había muchas mesas, ellos se sentaron junto a la cristalera que daba a la calle, donde se podía ver los adornos, los carruajes y la nieve posándose sobre los adoquines sin cuajar.

-Me dejó preocupada la otra noche-, le dijo la joven.

-No me gustaría volver a hablar de eso.

-¿Pero por qué?, ¿acoso no tenemos confianza?

-Eso crees-, le dijo tuteándola. Pensaba que la iba a dejar cortada, que se ofendería por tomarse esa confianza en su lenguaje, pero no, -Eso creo..., me conoces ya de bastante tiempo para saber que puedes confiar en mí.

El joven se sorprendió por escucharla hablar así, -me gustas mucho, me refiero a tu forma de ser, no me malinterprete, sé que un niño no puede estar con una persona tan mayor.

-Vuelves a hablarme sin tutearme..., quiero que dejes ese juego de chico malo y me cuentes que te ocurrió con los celos.

El joven miró por la ventana, guardó silencio unos segundos, luego la miró, -he sufrido los celos en casa, mi madre los ha sufrido..., tanto que perdió su vida.

-¿Qué quieres decir?

-Ella se suicidó cuando yo solo tenía diez años, yo viví como mi padre no la dejaba salir, ni hablar con nadie..., todo lo que hiciera lo tenía que hacer con su permiso, un horror créeme, un día no aguantó más esa vida de encerramiento, de angustias y discusiones continuas.

-Lo siento, debió ser duro.

-Más duro fue saber la verdad y tener que actuar como si no la supiera, mi relación con mi padre está deteriorada..., le quiero, pero no como para vivir con él.

-Le entiendo, gracias por contármelo.

-Ahora vuelve usted a no tutearme-, le dijo mirándola a los ojos.

Ella también le miraba y guardaba silencio, el tiempo se detuvo y nadie había a su alrededor, nadie ni nada, solo ellos en una oscuridad absoluta, solo sus ojos y sus pensamientos, -creo que será mejor que regresemos-, le dijo ella retirándole la mirada.

-Es cierto..., parece que el temporal va a empeorar, cuando usted quiera-, le dijo.

El mensajero

Al llegar a casa, pareciera que Darío estaba un poco molesto, le dio la sensación de ser un poco utilizado por la joven, por querer hacerle ver que tenían la suficiente confianza como para contar sus secretos más íntimos, y los que tanto daño le provocaban.

Sin embargo, la sensación de la joven era muy distinta y había visto en el joven pintor una gran sensibilidad con las mujeres, tal vez por lo vivido en su casa desde la niñez, no obstante, ambos se separaron en cuanto regresaron a su casa, -muchas gracias por acompañarme-, le dijo ella frente a su tía Jazmín.

-No es necesario que me las de..., voy a subir las compras.

-¿Te habrás acordado de comprar regalos para nosotros no?-, le preguntó Jazmín sonriente al joven. Éste estaba algo serio, pero no dudó en seguirle la broma a su tía, -claro, a todos menos para usted.

Después de reír forzosamente, el joven subió las escaleras y la señora de la casa se dirigió a Camila, -tiene una visita.

-¿Yo?..., ¿Quién es?

-Un hombre al que se alegrará de ver, está con Pablo en su despacho al ver que se demoraban.

-Gracias-, dijo ella. Soltó las compras en un sillón y se dirigió hasta la librería o despacho, en su mente veía la figura de Fred, lo cual le hacía avanzar cada vez más deprisa, pero al entrar en la estancia se encontró con Víctor, el arqueólogo hispano.

-Buenas tardes, ¿qué hace usted aquí?-, le preguntó con alegría en su rostro.

-He venido a visitarla, no he elegido el mejor momento por la nevada que empieza, pero hacía ya un tiempo que quería venir a verla.

-¿Cómo va todo?..., ¿siguen las cosas bien?

En ese momento el hombre más mayor, Pablo, les dejó solos para que se pusieran al día, -un placer poder conversar con usted-, le dijo Víctor al despedirse. Luego Pablo cerró la estancia y ambos se sentaron juntos para hablar.

La nieve comenzaba a ser más abundante, desde la librería se podía ver a través de la ventana como poco a poco se acumulaba en el suelo, el fuego de la chimenea les calentaba y la felicidad de verse les alegraba.

-Todo está más o menos bien-, decía el hombre, -queremos aguantar como mejor podamos y una vez que la primavera nos permita, avanzar con mayor celeridad.

-¿Cómo están las cuevas?, ¿sabe algo de algún hallazgo nuevo?

-No, solo la parte que ha sido sellada..., creo que usted conoce el motivo.

-Sí, lo sé, es una lástima.

-Lo es, pero también necesario, al igual que ocurrió con el libro..., ¿aún lo conserva?

-A usted no le mentiré, lo tengo muy bien guardado, pero no lo miro desde entonces-, le dijo falsamente. Quería conservarlo y no dudaría en mentir por él.

-¿No me pregunta por Fred?-, preguntó Víctor.

Ella le soltó las manos, estaba un poco decepcionada, -¿acaso pregunta él por mí?

-Me ha dado esta carta para usted, no sé lo que hay escrito en ella, pero él no deja de hablar de lo estupenda que es..., no debería decirle esto, porque a ese hombre no lo veo para usted, pero esa es la verdad.

-¿Habla de mí?, ¿y por qué no me visita?

-Sabe cómo es..., es orgulloso y también muy centrado en su trabajo.

-En el amor no cabe el orgullo-, le dijo ella.

-Lo sé, yo he conocido a alguien..., por el momento nos estamos conociendo solo, pero cada vez necesito verla más continuo.

-Ese es un buen indicativo, me alegro mucho, es un buen hombre y merece una buena mujer..., ¿se quedará a almorzar?

-Debo regresar antes de que la nieve paralice el tren.

-Quédese con nosotros, si ya es la hora de comer.

-Está bien..., así podemos conversar algo más-, le dijo. La joven se alegró de que se quedara, continuaron hablando sobre las cuevas, sobre la joven de la que tan bien hablaba el enamorado y de muchas otras cuestiones, luego de comer, Víctor se despidió y la joven subió a su dormitorio a leer la carta que le entregó de Fred con bastante curiosidad.

La tarde ya estaba oscura, las nubes se amontonaban sobre el cielo restándole luz al sol, la nieve caía fría y bella al paso por el cristal de la ventana desde donde podía verse a Camila, sentada en la cama abriendo nerviosa la carta.

“ Querida señorita Storm:

Los trabajos avanzan a buen ritmo, esta semana espero la visita de algunos arqueólogos amigos míos, espero que puedan ayudar en esta labor nuestra.

Labor que considero también suya, aunque ya no se encuentre con nosotros, siempre pertenecerá a este grupo de trabajo.

No la escribo por ese motivo, tampoco he dispuesto de mucho tiempo para extenderme, hasta hoy no he sabido que Víctor iría a visitarla.

Solo quiero agradecerle sus esfuerzos y contarle que la miel de sus labios aún permanece dulce

en los míos.

Espero verla pronto de nuevo.

Un saludo.”

Camila quedó más decepcionada con la carta, poco expresaba en ella sobre su relación, la última vez que le vio le regaló un beso, y supuso que aquello significaría algo más que esa ridícula frase, no sabía que pensar, ahora tuvo una gran oportunidad para expresarle sus sentimientos y no lo hizo, aunque es cierto que el joven Víctor le dijo que Fred siempre hablaba de ella.

Esa confusa noche, la joven la dedicó a traducir su libro, en la calle la nieve lo dejaba todo blanco, bajo la colcha y a la luz de la vela, la mujer seguía con su labor, debiendo apartarla durante varias veces para mirar hacia la ventana y pensar en la escueta carta de Fred.

La noche del lunes, Camila entró en el estudio de Darío, como si se ocultara en la oscuridad, con furtivas intenciones para que no advirtieran los tíos del joven pintor lo que hacía cada noche.

Darío la esperaba impaciente, con sus pinceles y lienzo preparados, -buenas noches-, le dijo al entrar.

-Buenas noches..., no sé si debo tutearla o no-, le respondió él sin mirarla. Ella vio en su mirada que el joven estaba molesto, que no era tan alegre y pícaro como de costumbre.

-¿Puedo saber qué le pasa?-, le preguntó bajo la luz de las velas.

-Nada..., no se preocupe por mis emociones señorita Storm.

-¿Nada me dice?, yo no le creo, ¿puede explicarme el motivo de su enfado?-, le dijo. La joven estaba junto a él, el muchacho no dejaba de coger sus pinceles sin querer mirarla, -no sé..., dígame usted el motivo por el cual me habla con confianza y después de conseguir lo que quería escuchar vuelve a ignorarme.

-¿Es por lo de ayer?..., estoy muy confusa últimamente, la cabeza no para de pensar y le vi tan indefenso en la cafetería, tan vulnerable que no me lo esperaba de usted.

-Solo me mostré así por su confianza, creí que la teníamos.

Ella le miraba, él no, Darío tenía el pelo medio largo y ondulado, unos ojos preciosos y una tez limpia y fresca, era alto y bien parecido, -no puede decirme eso..., solo el hecho de estar aquí en mitad de la noche y en ropa interior demuestra mi confianza en usted.

-Por supuesto, y si le parece bien podemos empezar con la pintura.

Ella se quedó inmóvil, mirándole como organizaba sus colores en la paleta, sin que él la mirara, Camila se deshizo de la bata, su pelo seguía peinado en un bonito recogido y su combinación blanca era lo único que cubría su cuerpo. Lenta pero decidida desabrochó los botones del cuello, las luces de las velas hacían que los movimientos se multiplicaran, y cuando Darío se giró para mirarla, ésta sacó sus brazos de la prenda, la bajó y la tela se deslizó por sus suaves pechos, como en un salto en el tiempo, el tejido mostró sus senos al joven, ninguno hablaba, solo las miradas se cruzaban y los corazones se aceleraban.

Ella prosiguió bajando la combinación descubriéndole las perfectas líneas de sus curvas en la cintura y las caderas, la piel fresca de Camila brillaba bajo los focos en movimiento que eran las

llamas de las velas, hasta que le tocó a su bellissimo entrelazado vello púbico y luego la prenda cayó al suelo, -¿cree que hay suficiente confianza entre nosotros?-, le dijo con un grandísimo rubor. Sus mejillas eran rojas e incluso su rostro mostraba el calor en forma de leve sudor.

-No..., no sé si...-, decía dubitativo el chico.

En ese momento, Camila descubrió que él tenía tanta vergüenza como ella, que ese juego en el que decía ser un hombre, le había quedado grande para su edad.

-¿Me tumbo?-, le preguntó.

-Sí..., no espere un momento-, respondió. El joven salió del estudio y al rato entró con una caja de madera, sacó un collar precioso de piedras verdes y se acercó a ella.

-Dese la vuelta-, le dijo él. Ella lo hizo y su espalda quedó frente a Darío, el contorno de la joven era acariciado por la tenue luz en aquella habitación, el chico elevó sus manos alrededor de su cuello y el frío metal acarició sus senos, luego reposó en su pecho mientras él lo cerraba por detrás.

-Es precioso-, le dijo ella.

-Era de mi madre-, contestó en voz baja. La joven puso su mano sobre las piedras preciosas, con gestos de emoción, pero en silencio, se giró hacia él y todo el olor de su piel lo absorbía el joven con agradecimiento, se miraron durante minutos en el más absoluto silencio, silencio roto únicamente por el sonido de sus corazones golpeando con fuerza en sus pechos, ella buscaba sus ojos y él los de ella, -¿entiendes porque no puedo tutearte delante de la gente, de tus tíos?-, susurró ella.

Él sonrió levemente, y posó sus dedos en el mentón de Camila, con un gesto sin forzar, Darío sujetó su cabeza mientras se acercaba a la boca de ella, la joven cerró los ojos y justo cuando ya percibía el calor acariciando sus labios, se apartó.

-No creo que esto esté bien..., no eres más que un niño y yo debería ser más cauta-, le dijo agachándose por su bata. Se la puso y la cerró para dejar de mostrarle sus atributos al chico, -mañana seguiremos, hoy no puedo pensar-, dijo nerviosa.

La mujer quiso quitarse el collar, -no, quédatelo es un regalo.

-No lo puedo aceptar, debe tener un gran valor sentimental para ti-, le respondió muy confundida.

-Más valor tienes tú para mí que ese collar..., me gustaría que te lo quedaras, por favor.

Ella terminó por aceptarlo, sin dejar de sorprenderse por las acciones de Darío, pero luego salió del estudio sin saber muy bien lo que había ocurrido, de hecho, nada más entrar en su dormitorio rompió a llorar. Darío recogió su prenda íntima que yacía en el suelo, la guardó en el cajón y se quedó pensativo mirando por la ventana, mirando como cada copo de nieve que se asomaba por su cristal, le recordaba a la belleza de la joven, que parece ser, le ha robado lo máspreciado que tiene todo hombre, su alma.

Aquella noche todo había cambiado para ellos, nada podría ser igual que antes, la vergüenza, el pudor se apoderaría de sus miradas, de sus palabras, el joven mientras miraba al exterior pensaba en la forma de solucionar aquello, tal vez su corazón demandaba amarla o tal vez no, pero de lo que sí estaba seguro era de que ahora más que nunca, la mujer debía sentir su apoyo para que

no dejasen, al menos, de ser amigos, de seguir con esa complicidad que les unía y tratarla como se merece toda mujer, como la princesa y dueña de su alma que es.

La mañana siguiente, la joven no bajó a desayunar, estaba en su habitación y Jazmín subió a ver que le sucedía, al llamar ésta la invitó a entrar, la joven estaba en la cama tumbada y bajo la colcha, con sus libros y diccionario sobre la cama, -¿qué le sucede?

-Estoy mal..., creo que he tenido fiebre esta noche y prefiero guardar cama-, le respondió.

-No la noto caliente-, le dijo Jazmín al tocarle la frente.

Ella tosió varias veces, -me duele todo el cuerpo, me gustaría estar en cama unos días-, respondió.

-Está bien, usted sabrá..., ¿quiere que le llame al médico?

-No, espere unos días mejor.

-Está bien, voy a pedirle a Darío que le suba el desayuno.

-¡No!, por favor no tengo hambre-, saltó rápidamente.

-Si no quiere que llame al médico debe comer..., no la voy a dejar así, le mandaré algo blando por si no quiere sólido, ahora se lo mando-, dijo al salir.

La joven se puso la mano en la frente, apoyando la cabeza en el brazo, no quería ver a Darío y mucho menos tan pronto, pero Jazmín no iba a perdonarle ni una sola comida. Se levantó para vestirse, al menos con combinación, enagua y bata, luego volvió a la cama, bien tapada y nerviosa.

Al rato escuchó pasos en el pasillo, su mirada se agitaba y sus mejillas mostraban el pudor que estaba sintiendo, la puerta sonó al golpearla con unos nudillos, ella invitó a entrar a quien fuera que estuviese llamando, al abrir vio que la bandeja la traía la sirvienta, suspiró aliviada y le dio las gracias al salir, luego se levantó para desayunar en la mesa junto a la ventana, desde donde podía ver como la tormenta había dejado todo nevado, también como el joven Darío abandonaba la casa, vestido con su traje y en dirección al centro.

Pudores que alejan

No era la hora de comer, pero ya casi daban las dos, la joven seguía encerrada en su habitación, el sol frío de diciembre entraba por la ventana, iluminando la triste habitación de Camila, el visillo dibujaba sus formas sobre la cama mientras ella continuaba con sus traducciones. Un golpe de nudillos en la puerta la alertó, el corazón se le encogió al creer que podía ser Darío.

-¿Quién es?

-Soy Darío..., ¿puedo pasar?

Ella dudó unos segundos, suspiró y decidió afrontar sus actos, -pasa-, le dijo. Luego se incorporó y se cubrió bien con la bata.

-Buenas tardes..., quería saber cómo está-, soltó el joven al entrar.

-Estoy bien, es solo que lo de ayer... No quiero que crea-, decía cabizbaja.

-No creo nada, entiendo su confusión, pasó todo demasiado rápido..., quiero pedirle disculpas.

-¿Usted, por qué?

-No debí insistirle en que no hay confianza entre nosotros..., también le pido disculpas por acercarme a besarla.

-Gracias, no sé cuáles son sus sentimientos, pero pienso que es usted demasiado joven para... para que me desnude delante suyo.

-Yo sin embargo se lo agradezco... No he podido ver tanta perfección antes en nadie, ni en nada... me ha entregado usted a otro nivel de belleza, me ha descubierto cuanta admiración puedo sentir por la esencia de una mujer... nada ha sucedido, el mundo sigue enfrascado en su avance y nadie ha salido perjudicado-, le dijo. La miró y ella volvió a retirarle la mirada.

-De todos modos, fue una inconsciencia por mi parte..., me siento culpable de todo lo ocurrido-, le dijo. La mujer mostraba sus mejillas sonrosadas.

-No hay culpa en eso, y menos por parte de usted, no todos pensamos que cuando un hombre se enreda con una mujer, o cuando un hombre adultera es porque la culpa ha sido de la mujer, ella no delinque por hablar, por ser bella, por mostrar su cuerpo..., la mujer pone sus límites donde ella quiera, es su vida, es su cuerpo, al igual que el hombre.

-Es difícil conversar con algún hombre que tenga esas ideas en su cabeza... lo normal es decir que ella lo habrá buscado o que ella lo habrá tentado.

-Lo sé..., esa es una injusticia, el control de mis emociones es mío, y el de mis actos también, por favor, no sienta pudor conmigo, no deje que lo que sucedió ayer nos separe, creo que es usted una mujer digna de tener entre las amistades más selectivas.

-Muchas gracias, no sé qué decirle, su madre debió ser una gran mujer, su educación es exquisita.

-La pobre sufrió mucho..., siempre comprendió que la única forma que existe para que las mujeres ganen su libertad, poder sentir la igualdad entre seres humanos, sería a través de la educación... cada mujer es libre de sus propios sueños, de su propia vida, y no quiero hacerla dudar en cuanto a que para mí, la belleza de una mujer, de sus curvas, son algo que me emocionan, pero nunca tratar de verlas como algo propio, a quien debo manipular o forzar... libremente, así es como creo en el amor.

-Entiende que ahora mismo tengo en la cabeza a otra persona, siento que le he sido infiel.

-Usted no ha hecho nada, y si su deseo es estar con ese hombre, que me imagino será Fred, no dude... no pierda el tiempo y haga que suceda, cualquier hombre estaría encantado de estar con usted, de casarse con usted-, le dijo cruzando sus miradas, -lástima que yo solo sea un niño-, le dijo. Ella sonrió con esas palabras, él hizo lo mismo al verla sonreír.

-Muchas gracias, es usted un buen amigo, de verdad.

-Mire le he traído dos sorpresas-, soltó levantándose de la cama.

-¿Pero por qué se ha molestado?, yo no le he comprado nada.

El joven cogió el paquete que traía y que previamente dejó sobre el sillón de la entrada, -es una nimiedad, pero quería regalarle algo.

-Ya me regaló el collar de su madre-, le dijo ella mientras él abría el paquete.

-Durante los últimos años he querido que ese collar estuviese en el cuello perfecto, en la mujer con las mismas ideas que mi madre, en una persona que pueda destacar en la liberación emocional, ya no de las mujeres, sino del ser humano, porque es tan importante la educación en la mujer desde niñas como en los hombres desde niños..., comprenda que si un hombre fregara el suelo y se quedara en casa mientras la mujer trabaja, ese hombre sería insultado por la sociedad, eso hay que cambiarlo, así que el regalo del collar me lo ha hecho usted a mí al aceptarlo.

-No me diga eso... no sé si estaré a la altura de su madre.

-Desde luego que sí, yo confío en usted, hágalo usted en sí misma, entienda el valor que tiene usted-, le dijo. Luego se acercó a ella y le enseñó el regalo que le había traído, -lo he llevado a enmarcar.

-Es precioso... me ha dejado sin palabras-, le dijo. En sus manos un pequeño cuadro, una pintura de poco más de un palmo con un bisonte, un animal tan real como el de las cuevas de Altamira.

-Ya que le han prohibido trabajar en las cuevas, pensé que le gustaría tenerlo-, le explicó.

Ella se emocionó al observarlo, era tan real y parecido al de las cuevas, que poco necesito para soltar alguna lágrima, -es usted muy bueno conmigo, se lo agradezco.

-También quería que viera el periódico de hoy, en la redacción se habla de usted.

Ella sujetó el papel en sus manos, en la portada aparecía la fotografía de las cuevas, leyó en silencio la redacción, -gracias..., no sé qué decir, gracias por incluirme en los análisis que se están llevando a cabo-, le dijo. Él la miró con admiración, sentía que su corazón podía saltar del pecho, pero también sentía que la joven estaba enamorada de Fred, -no pierda su tiempo, si de verdad quiere a ese hombre, no lo dude..., mañana puede ser tarde-, le dijo él, -también quiero que sepa que me mudo..., he alquilado una pequeña casa para poder tener mayor independencia.

-¿Se va?, ¿cuándo?-, le preguntó sorprendida.

-Hoy mismo le he contestado al dueño de la casa, quiero empezar la mudanza lo más pronto posible.

-¿Tiene algo que ver con lo sucedido ayer?

Todo tiene que ver con todo, cada acción se debe a nuestras circunstancias..., no se preocupe, era un paso que quería dar desde hacía algún tiempo, solo usted me retenía en esta casa, pero ahora creo que es mejor para los dos que no sigamos tan juntos... quiero que mantengamos la amistad por siempre.

-¿Está usted enamorado de mí?-, le preguntó extrañada.

-Desde el primer día que la vi..., ¿y sabe algo?, le doy la razón en lo que me decía, no debí jugar a ser un hombre porque el dolor que puedo sentir no es soportable.

-Lo siento, de verdad que lo siento.

-No lo haga-, le dijo levantándose, -quiero que sea feliz, no quiero verla así, triste y escondida, yo estoy muy bien y nos veremos a menudo... sea feliz hágame caso-, le dijo sonriente. Luego la dejó sola y pensativa.

Camila no podía dejar de pensar en Fred, no se estaba comportando como a ella le gustaría, pero el corazón no entiende de razón, sino de locura. Todo lo sucedido le hizo pensar, aquel joven tan maduro y sincero, tan hombre que tenía toda la razón del mundo, ella era libre y debía seguir a su corazón, no perder el tiempo en lo que a otros les gustase que fuera, así decidió viajar al siguiente día a las cuevas, reencontrarse con Fred y luchar por sus sueños.

Antes de aquello, la joven quiso leer lo que ya había traducido del su libro.

“ Día duodécimo.

Parece que ha llegado el verano, el calor se está instaurando en esta zona, las pieles se están abandonando y nuestros cuerpos quedan más al descubierto, podría decir sin equivocarme que llevo como un año en este tiempo, no recuerdo la última vez que escribí y tampoco me preocupo por contar los días.

Ahora paso mucho tiempo en el lago, con cuidado de los animales, pero también entre ellos, mi piel se está oscureciendo, no tanto como las suyas, aún parezco un bicho extraño entre estos homo sapiens, mi piel es mucho más clara, al igual que mis ojos y mi pelo, pero eso no les importa, hay una gran complicidad entre los grupos, todos se ayudan y todo es de quien lo necesita, a veces pienso cuando el hombre comenzó a ser egoísta, aquí no lo vivo e incluso puedo afirmar que si te ven pasar frío, te entregan sus pieles, si te ven pasar hambre, te ofrecen su comida y si te ven llorando, se preocupan de ti.

En estos meses que llevo en Altamira, un hombre se ha fijado en mí..., no puedo decir que se haya enamorado, pero sí que me sigue mucho y me ofrece cuanto puede, no puedo decir que sea mi ideal de físico, pero tampoco que lo vea como un hombre feo o estropeado, me lo imagino sin el pelo largo, afeitado y depilado, con traje y creo que sería bien parecido.

Le he puesto nombre, Gustav, al igual que un amigo mío al que le encuentro parecido, en la comunidad los niños juegan a ser cazadores, y las niñas se pegan más a sus madres, las cuales les enseñan desde muy jovencitas las labores a las que ellas mismas se dedican, o mejor dicho, nos dedicamos..., me resulta extraño después de un año, verme en esas labores.

Los chamanes entretienen con sus sabidurías, algo extraño para mí, pero que a los hombres convencen, he visto morir a personas por un simple corte, las infecciones son letales, llevo un tiempo tratando de reunir las plantas que considero esenciales para curar infecciones, pero me resulta difícil, ellos usan cataplasmas pero no son los más apropiados, es ahí donde me gustaría colaborar, tratar de orientarlos hacia las mejores plantas medicinales, no estudié medicina, pero tengo ciertas nociones mucho más avanzadas que las suyas.

Quiero hablar de las pinturas, estos homo sapiens son verdaderos artistas, las cuevas se llenan de color, de un rojo vivo como la sangre, no usan las vajillas de barro para cocinar, pero sí que las hacen para contener sus pinturas, e incluso para adornar algunas zonas de las cuevas, usan pinceles de madera con pelo de animales y dotan a las pinturas de un gran realismo, dudo que puedan conservarse durante los años suficientes como para que puedan verlas mis contemporáneos, yo ya estudié en el colegio las pinturas de estas cuevas, algo a lo que nunca presté atención, y que supongo nada tienen que ver con lo que yo puedo contemplar, pero quiero que sepan que en su día esto estaba lleno de colores vivos, los animales parecen que se mueven con la luz de las fogatas..., simplemente es espectacular.

Sofía está embarazada, pronto dará a luz, en estas semanas he ayudado al parto a varias mujeres, me resulta impresionante la facilidad con la que lo hacen, y mucho más la facilidad con la que se incorporan a cuidar de sus bebés, no me veo capaz de eso y creo que es porque durante los miles de años, hemos perdido esa voluntad frente al dolor, frente a la adversidad.

En la cueva de los partos, he grabado mi nombre, no es un lugar al que accedan hombres y es por eso que lo hice ahí, escondido y pequeño, pero visible..., si este libro no logro conservarlo, espero que al menos mi nombre quede en la historia.”

Camila soltó el libro, en su mente estaba aquel nombre, nombre que ella mismo pudo ver y que se había sellado para siempre, negándole a Svetlana su deseo de que la gente conociera su pasado, su historia.

Aquello le hizo replantearse si debía mostrar el libro a la sociedad, si debía hablarles de la importancia de aquello, y en su mente solo había una respuesta, sí.

Continuó con la lectura, mañana había decidido salir a las cuevas, y quería terminar lo que había traducido, que era una pequeña parte del diario.

“ Día décimo tercero.

Gustav me sigue constantemente, no parece querer acercarse demasiado, pero sí que lo hace en la distancia, espero no descubra mi pequeña cabaña del lago, allí disfruto de mí misma, de mi realidad, me evado de cualquier pensamiento negativo, pero mi distanciamiento se rompió hace dos días, lo cuento tal y como sucedió porque considero que estos homo sapiens tienen sentimientos y emociones como nosotros, pero que no saben gestionar.

Era de noche, no muy tarde, apenas había oscurecido, como era algo habitual, uno de los hombres se acercó a mí buscando satisfacción, yo esos gestos ya los he aprendido y se la proporciono sin reparos, de hecho, incluso las disfruto.

El caso es que mientras este hombre me cogía con fuerza, en el fondo de la cueva, en donde nos juntamos las mujeres, otro de ellos parecía estar encaprichado en mí, ha sido la primera vez que he visto como dos hombres a la vez trataban de cogerme, mientras lo hacía el primero, el otro aguantaba tocándome y restregándose, aquello no debió gustar mucho al primero porque abandonó mi trasera y se marchó, el segundo tuvo vía libre, tanta libertad que me desgarró las ropas, mi cuerpo quedó desnudo salvo por las botas, además lo hizo con mucha virulencia y brusquedad, parecía querer demostrar el dominio del hombre sobre la mujer.

Me sujetó del pelo y me arrastró entre gritos hasta el centro de la cueva, aquello alertó a muchos, pero nadie hizo nada, me tiró al suelo y levantó la parte de mi cuerpo que deseaba, yo estaba un poco asustada por la brusquedad, no era normal aquello aunque se tratase de un prehistórico, mi cuerpo desnudo reposaba sobre el suelo, sobre la dura piedra, las rodillas me dolían y mis pechos incluso se arrastraban sobre la piedra con sus envestidas, noté con demasiada dureza su penetración, no dejaba de moverse sobre mi trasero, los codos me los destrozaba en la piedra.

Aquello duraba demasiado para mi gusto, se derramaba sobre mí una y otra vez, tanto que mis muslos estaban mojados de su fluido y mis vellos pegajosos por su espeso líquido, no dudé en gritar de dolor, aquello no parecía gustar a los demás, pero nadie hacía nada, no había ninguna ley contra lo que me hacía, pero Gustav actuó, él se enfrentó a ese hombre.

De un golpe lo bajó de mi cintura, desde donde me tenía prisionera, mis gestos y mis quejas hicieron que me defendiera, supongo que en su corazón ya había algún sentimiento sobre mí, pero no estaba terminado, yo me di la vuelta asustada, tratando de taparme un poco, y ellos se peleaban por mí, Gustav era fuerte al igual que el otro, y la pelea duró un tiempo, con palos se golpeaban entre ruidos y sonidos de los demás, aquello sí que alertó a la comunidad, pero no mi violación frente a ellos, aunque es cierto que si se ve así, casi todas son violaciones.

Gustav ganó la contienda, el otro tuvo que huir fuera de la cueva, ese hombre me ayudó a vestirme y me acompañó a mi sitio, en sus ojos vi amabilidad, complicidad..., no lo quiero llamar amor, pero quien sabe lo que son capaces de sentir. Todo se calmó, y en estos dos días, Gustav me cuida, duerme cerca de mí e incluso interactuamos con gestos y miradas, creo que desde hace dos días ya no soy una mujer libre, sino que estoy casada, o algo parecido..., es lo que yo llamo pareja animal.”

Hasta ahí la traducción, aquello le hizo pensar a Camila varias cosas, primero, que desde hace miles de años, la mujer tenía que estar bajo la tutela de un hombre para que los demás no la tocaran, segundo, que desde siempre han existido hombres sensibles y hombres bruscos, dominadores y machistas, ella no dudaba de que incluso Gustav lo era, pero lo era por educación, por el tiempo que le tocó vivir y no por su condición, algo que también sucede hoy en día, y tercero, que la vida de Svetlana no podía ser enterrada, olvidada ya que ella sufrió las consecuencias del ser humano primitivo y del contemporáneo y no iba a callar aquello aunque le costara su prestigio.

Con esa decisión durmió aquella noche, con la firme idea de acudir a las cuevas al día siguiente, necesitaba conocer mejor a la persona que le había entregado sus besos, su amor.

Viaje al corazón

En la mañana, Camila se levantó con ilusión, iba a visitar las cuevas y a Fred, necesitaba estar con él, decirle algunas cosas y también que el arqueólogo inglés le demostrara algo más que besos. La carta que le entregó Víctor no era nada clara, y ella ya empezaba a amar de forma diferente.

Al salir de la habitación, se encontró con el joven pintor en el pasillo, cargado de algunas de sus cosas, -buenos días-, le dijo ella.

-Buenos días..., ¿vas a salir?

-Sí-, respondió. Ella iba vestida con falda larga roja y chaqueta roja, con unas botas oscuras y el pelo recogido, esta vez su polisón era menos resultón, poco a poco reducía esa moda.

-Me alegro de que estés mejor..., si necesitas algo puedes contar conmigo.

-Lo sé, muchas gracias, ¿estás con la mudanza?

-Sí..., quiero terminar cuanto antes y para eso hay que empezar temprano-, le respondió sonriente.

-Eso es cierto, he pensado en visitar a Fred, he meditado mucho sobre tus palabras y creo que tienes razón, no puedo pasarme la vida esperando a que un hombre se decida.

-Haces bien, no es que me guste ese hombre para ti, pero creo que ninguno que no sea yo me gustará-, le dijo con media sonrisa.

-Gracias por entenderme..., no es fácil estar entre dos personas a las que quieres tanto.

-No me hagas caso, disfruta de tu vida... Voy a seguir con esto.

-Claro-, decía un poco triste y seria, -¿qué vas a hacer con el cuadro que empezamos?

-Me lo llevo también..., no está terminado.

-No creo que lo termine, me has enseñado muchas cosas, pero no puedo cumplir mi palabra con ese cuadro.

-No se apure, solo está dibujada la cama..., ya lo acabaré cuando conozca a la mujer adecuada-, le soltó. Aquellas palabras no iban cargadas de malas intenciones, pero para Camila se clavaron muy profundas, incluso un sentimiento de celo recorrió su cuerpo.

-Está bien..., buenos días-, le dijo ella al irse. El joven se paró a mirarla mientras bajaba las escaleras, luego regresó a su labor.

Durante el trayecto, la joven imaginaba la sorpresa que daría a Fred, esperaba un reencuentro de los que tantas veces había soñado, una vez que dejó el tren, contrató a un carretero para que la llevase hasta las cuevas, algo difícil por el terreno tan abrupto, pero con cautela llegarían sanos y salvos, esta vez no quiso ir a caballo y menos estando sola.

Al llegar al campamento, nadie la recibió, nadie la esperaba y tras pagar al cochero se adentró en las cuevas, parecía no haber nadie dentro así que regresó al exterior tras comprobar que ya se había sellado la cueva donde Svetlana grabó su nombre.

Una vez en el exterior todo estaba desierto, se acercó a las cabañas una a una y no había nadie, estaba sola y sin saber qué había sucedido, era temprano y ya estaba cansada de esperar, así que decidió salir a reconocer el terreno de la zona, intentar buscar el lago del que hablaba Svetlana, aunque el terreno había cambiado enormemente, algunos lugares, sí reconocía de aquella zona.

Entró en la tienda de Fred y encontró varios vestidos de los que le entregó a ella, para que trabajase mucho más cómoda, se desvistió por completo e incluso se deshizo del corsé. Con aquella ropa se sentía mucho más cómoda, más libre, era un vestido oscuro y debajo de la falda un pantalón, en los pies unas botas hasta los tobillos y a juego un sombrero pequeño también oscuro.

Al salir de la tienda, los caballos se escuchaban al fondo, parece que alguien llegaba y ella se asomó inquieta, eran Víctor y Fred, los cuales ya mostraban su alegría al verla a lo lejos, al llegar a su altura, los hombres desmontaron con una amplia sonrisa en sus caras, -¿qué hace aquí?-, le preguntó Fred.

-He venido a veros y también a ayudar un poco.

-¿Vuelve a formar parte de nuestro equipo?

-No exactamente, aunque yo nunca me consideré fuera del equipo.

El arqueólogo inglés la miró, no con su mejor gesto, -eso ha quedado claro en las redacciones que han salido en los periódicos.

-¿Es que le parece mal?, no veo que se alegre.

-¿Alegrarme?... vamos a ser el hazme reír de nuestro campo, una cosa es que usted quiera jugar a ser arqueóloga y otra es que se le tome en serio, ¿no lo comprende?

-¿Comprender el qué?, no le entiendo.

-Usted es una mujer, y no debería poner su nombre en un estudio científico como este, no dudo de su labor, pero la sociedad no lo acepta, deje a nosotros esas cosas por favor-, le dijo. Ella se quedó atónita, ya sabía que Fred era un hombre dedicado a su trabajo, que podía ver a las mujeres como deseo, pero que creyera igual que el resto de los hombres en esa sociedad no le hizo nada de gracia, mostraba su enfado y el hombre se dio cuenta.

-No se ofenda-, le dijo algo más cariñoso, -entienda que lo hago por las cuevas, ¿quién se va a tomar en serio a una mujer?

-Conozco gente que sí, y esperaba de usted algún apoyo.

-Y lo tiene..., nunca le negué trabajar aquí, codo a codo con nosotros-, le respondió.

-Pero nada de lo que dice la redacción es falso, no entiendo que tiene que ver si lo dice un hombre o una mujer.

-Cielo-, le dijo cogiéndole las manos, -tiene mucho que aprender..., parece usted una potrilla sin domar.

-No me parece justo-, le dijo apartándose, -¿qué diría usted si fuese al contrario?

-No se enfade, por favor..., yo no estoy en su contra, no lo pague conmigo.

-De acuerdo, quiero dar un paseo..., necesito pensar un poco.

-Por supuesto, ¡Víctor lleva los caballos al establo!, voy a acompañarla.

Aunque la joven estaba enfadada, prefería caminar por aquellos terrenos con él, también podrían conocerse mejor y tratar de comprender lo que sentía por aquel hombre. Ambos comenzaron a caminar y a alejarse de las cuevas, toda la zona era verde, aunque no había ya los bosques de los que hablaba Svetlana, -¿conoce algún lago cerca de esta zona?-, le preguntó ella manteniendo la distancia.

-No, solo el río que está más abajo, pero creo que no hay lagos cerca..., ¿por qué?

-Si se lo cuento no me va a creer.

El hombre se mostraba mucho más simpático que antes, -inténtelo, puede que se sorprenda.

-¿Recuerda el nombre grabado de Svetlana?

-Claro que sí..., como voy a olvidarlo.

Llegaron a una zona de hierba baja, con muchos árboles regalando sombra, un lugar precioso y soleado, con olor a hierba fresca, pero bastante frío por ser diciembre, -sé quién es-, le dijo ella.

-Siéntese-, la invitó, -dígame de quién es ese nombre.

-Es de la mujer que escribió el libro... lo estoy leyendo.

-Entonces me mintió cuando me dijo que no sabía nada, la mentira forma parte de la vida, pero nos corresponde a los demás saber cuándo alguien miente, yo ya me lo imaginaba.

-¿Y aun así ha sellado la cueva?-, le preguntó ella. Ambos estaban sentados bajo la sombra, con un horizonte repleto de vegetación.

-Ese tema ya lo discutimos en su día, ¿no cree?

-Sí, pero ahora que lo estoy leyendo, creo que le debemos a esa mujer que se conozca su historia, puede que incluso sea por su bien y si no es así, al menos que se le dé su valor..., no sabe lo que hay ahí escrito.

-Decimos al mundo que una mujer ha viajado en el tiempo, que pintó las cuevas y enseñó a hablar y a pensar a los primitivos, ¿eso es lo que quiere?

-Ella no pintó nada, habla de ellas, pero no las pintó y tampoco va a civilizar a esos homo sapiens, pero sí que habla del destrozo que se le ha hecho a la tierra, de la posibilidad de revertir ese daño..., y puede que sea nuestra aportación a un mundo mejor.

-¿Ha traído el libro?-, le preguntó mirándola con ojos de enamorado.

-No..., le tengo bien guardado, ¿no quiere ayudarme a darlo a conocer?, aunque perdamos nuestro prestigio.

El hombre se acercó más a ella, le sujetó la mano, -tiene usted razón, he sido un ciego, pero es

difícil que nos puedan creer.

-Si no se intenta no se conseguirá.

-No le prometo nada, pero tráigame el libro y lo leeré..., si es tan importante como dice lo dataré en la fecha que tiene.

-Gracias, es muy importante para mí.

-Y usted lo es para mí, no puedo dejar de pensar en su sonrisa y en sus ojos, ojalá las cosas fueran distintas y pudiera estar aquí, con nosotros.

-Las cosas se pueden cambiar, no le digo que se hagan de un día para otro, pero como me dijo un buen amigo, todo empieza por confiar en una misma, por darse el valor que se tiene.

-Bonitas palabras, pero mucho más bonita es su boca-, le dijo. Luego la besó, ambos se besaron transmitiendo el calor de sus besos a sus almas ansiosas de amor.

En aquella tarde, comenzó la pasión que más tarde, les llevaría hasta la tienda de Fred, en la noche, todo el amor, deseo y placer reprimido daría rienda suelta en la oscuridad de la tenue luz que alumbraba una vela.

Ella se desnudó frente al hombre, solo con su ropa interior, esa combinación blanca tipo pantalón y encajes, él sobre la cama disfrutaba de los movimientos que ella hacía para ir desprendiéndose de las prendas, cuando al fin se detuvo, él se levantó, le soltó el recogido de su pelo y llevó sus manos a la cintura. Ella le miró y él lentamente se acercó a besarla, sus labios se envolvieron tímidamente, sus cuerpos se acercaron con temblor.

Fred, le desabrochó suave y lento los botones de su prenda, dejando ver el canal que separaban sus pechos, sin dejar de besarla, el hombre introdujo su mano en la prenda, acariciando la suave piel que cubrían sus senos, casi sin darse cuenta, él apartó la tela y uno de sus pechos quedó a la disposición del hombre, el cual ya besaba su cuello y masajeaba su pezón, pezón que se endurecía al tacto del arqueólogo.

Sin dejar de morder su cuello, la tumbó sobre la cama y se apresuró en desprotegerla del tejido, ella pudorosa y avergonzada, se tocaba como queriendo cubrir sus partes más erógenas, pero el hombre le apartaba las manos para poder visualizar sus curvas, su preciosa figura de mujer y los vellos, negros y rizados, que enloquecían a Fred.

El arma más poderosa contra el arqueólogo, el monte de Venus, esa zona cubierta de follaje oscuro le hacía estremecer, cuando alcanzaba a ver pelo ya sus instintos más primitivos florecían, tanto que no dudó en buscar con su boca aquel manjar que Camila le entregaba, de una forma brusca y que incomodaba a la joven, Fred mordía con ansia cuanta carne podía introducir en su boca, pero sin tacto alguno sobre lo que ella pudiera estar sintiendo, abandonándola en sus emociones y desprotegiéndola de la delicadeza que debía surgir en un momento tan íntimo y precioso como ese, y mucho más cuando ningún otro hombre había estado donde estaba él.

No por el momento de ingratitud de Fred, la joven no comenzara a mojar su entrepierna, ella lo amaba y deseaba estar allí, es solo que pensaba que sería distinto hacer el amor, -pare..., pare por favor-, le dijo ella.

-¿Qué sucede?

-No debo hacerlo..., creo que me estoy precipitando-, le dijo. En su mente rondaban las

palabras de Fred, las palabras machistas de la sociedad y que ella misma compartía no hacía tanto, pero que el joven pintor le había hecho cambiar de parecer.

-Usted relájese-, le respondió el arqueólogo.

Inmediatamente, Fred se desnudó frente a ella, el corazón de la joven se aceleró al ver a un hombre desnudo por primera vez, -¿no cree que debería haber más confianza entre nosotros para llegar a esto?

-No diga tonterías..., el respeto y la confianza van de la mano-, le decía cuándo se tumbó sobre ella, -esto le va a gustar créame.

-Está bien...-, susurró ella.

Entonces él siguió besándola, besando cada centímetro de su piel, mordiéndole los pechos, los pezones, como queriendo devorar su cuerpo, -no..., pare por favor-, le insistió. Algo en su mente no la dejaba concentrarse, no le permitía sentir placer y aunque ya había yacido con él, y aunque ese hombre ya había probado su néctar y su erección se había restregado por su cuerpo, ella no quiso permitirle continuar, no se veía preparada para entregarle su tesoro más oculto.

-¿Qué le sucede?...-, no la entiendo, ¿acaso no vino buscando esto?

-Vine buscando al hombre de quien estoy enamorada, pero no lo he encontrado.

-Yo también lo estoy, la amo Camila, déjeme mostrárselo.

-¿Se casaría usted conmigo?

El hombre se sentó junto a ella, la joven se cubrió con las sábanas, -mañana mismo si fuese necesario..., no dude de mí, yo la amo y estoy dispuesto a casarme.

-Me parece estupendo, necesito pensar un poco, ¿no le importa posponer el sexo hasta que esté segura?

-Para nada, váyase a casa, piénseselo y si de verdad quiere estar conmigo regrese..., yo la espero ansioso y con el mismo deseo.

-Creo que es lo mejor, así le puedo traer el libro y juntos podremos leerlo.

-Perfecto-, le dijo poniendo su mano en la mejilla, -es usted perfecta..., no puedo creer que esté aquí, en mi cama.

Ella sonrió tímidamente, le gustó las palabras que le dijo, estaba dispuesto a casarse con ella y además no la forzó a seguir con la relación sexual, eso la tranquilizó bastante, -creo que juntos vamos a ser mejores.

-No lo dude-, respondió. El hombre se agachó y besó sus dulces labios, las sábanas cubrían su cuerpo, y sus besos calentaban su alma.

Recelos

Dos días estuvo Camila en las cuevas, enamorándose más del arqueólogo inglés, éste la trataba con delicadeza y mucha simpatía, ambos decidieron que regresara a casa, para tener claro si quería pasar el resto de su vida con Fred, y de paso regresar el libro a su origen, a las cuevas de Altamira.

Al llegar a casa, se encuentra con que el joven pintor ya no vivía allí, realmente se apenó por ello, pero también se alegró de poder tener libre su corazón para pensar en el amor que sentía por Fred, y no contaminarse del amor que también florecía en su corazón por Darío.

Cuatro días llevaba en la casa, Jazmín y Pablo trataban de cuidarla como a una hija, nada sabía más de su padre ni de Darío, pasaba los días pensando en todo lo sucedido en Altamira y traduciendo su libro, hasta que llegó la noche en que le tocaba leer, algo que siempre la emocionaba y también la distraía de su tiempo, de su mundo.

“ Día décimo cuarto.

Desde que Gustav me defendió, ningún hombre se ha vuelto a acostar conmigo..., ni el propio Gustav, él duerme cerca, me da comida y pieles, incluso flores, aunque parezca mentira, me trae algunas cosas como regalos, yo estoy encantada la verdad, puede parecer duro viniendo de dónde vengo, pero hay que ser consciente del tiempo en el que vivo ahora, me alegro de que un hombre vele por mí, no me siento tan sola ni tan desprotegida.

Por las noches suelo sentarme fuera de la cueva, me encanta ver como el viento mueve las ramas de los árboles, como el fuego ilumina la noche y el crujido de la leña al quemarse me da la sensación de estar más acompañada, Gustav suele sentarse con los hombres, pero no me quita la vista de encima, ese hombre es uno de los que pintan los búfalos, creo que su arte nace de su sensibilidad.

Sonia está a punto de dar a luz, me alegro por ella, es muy agradable y sonriente, tengo relaciones con todos, pero con ella fue con quien conecté primero, quien me enseñó que los homo sapiens de esta época tenían sentimientos parecidos a los nuestros y fue la que me proporcionó la esperanza para que hoy esté aquí, viva y disfrutando lo mejor que pueda.

En cuanto pueda, quiero ayudar a perfeccionar la forma en que fabrican los útiles de barro, creo que se están perdiendo una gran oportunidad para usarlos en la forma de cocinar, les ayudaría a no quemar la comida y a poder hacer otras muy diferentes, pero también pienso si no será un paso evolutivo demasiado grande para ellos, quiero tocar su

entorno lo menos posible, pero al tener tantos conocimientos me cuesta contenerme.

Lo mismo se sucede con la siembra, hay tanto terreno aquí, tanta tierra fértil que sería facilísimo sembrar nuestras cosechas o criar animales para comerlos, tal vez deje caer algunas semillas para que crezcan y se den cuenta de lo fácil que sería, no lo sé aún, como he dicho antes no quiero que experimenten un gran cambio evolutivo que precipite las cosas.

Día décimo quinto.

Ahora sí, ahora sí que Gustav me ha pretendido y ahora sí que nuestra relación ha cambiado, hace unas semanas que no escribo, porque he estado muy ocupada, si pudiera escribir lo que siento, sería una sonrisa.

Que extraño resulta haber encontrado la felicidad fuera de mi tiempo, cuando llegué estaba asustada e incluso dudaba sobre mi supervivencia, ahora me encuentro bien, dispongo de todo cuanto necesito, tengo comida en abundancia, agua y abrigo, vivo en un lugar paradisiaco y estoy rodeada de gente que me trata bien, pocos conflictos hay en la comunidad, y cada cual es libre de su destino.

Como casi siempre hacía, me alejé de las cuevas en busca de soledad, en lo que llamo mi chalet de verano, junto a unas aguas cristalinas y repleto de vegetación bajo el canto incesante de las aves, en ese lugar me siento viva, conectada a la naturaleza, hasta allí me dirigí tras recolectar algunos frutos, solté la bolsa y me desnudé por completo, como vengo haciendo desde semanas atrás, siento placer por el contacto de mi piel en plena naturaleza, con el contacto de mi piel con cada uno de los elementos naturales, disfruto sintiendo como el sol acaricia cada centímetro de piel, como el viento se frota como queriendo jugar conmigo, pero la sensación de meter mi cuerpo desnudo en el agua no tiene comparación.

Cada minuto lo disfruto como nunca, cada segundo me alienta el alma en este lugar mágico, luego de nadar en mi lago, suelo tomar el sol sobre una piedra, es allí cuando la felicidad es plena, cuando mi alma alcanza el siguiente nivel, la paz.

Hasta esa piedra llegó Gustav, no le había visto llegar, pero de inmediato se sentó junto a mi lado, observándome con ojos de placer, yo sabía lo que buscaba y desde luego estaba dispuesta a dárselo. Tanto que puso sus manos sobre mi vientre, alcanzando a tocar mis vellos y luego mi sexo, yo le miraba y él sonreía, como si nuestra conexión fuese total.

Sin ningún preámbulo, y habiendo entendido sus formas, me incorporé y clavé mis rodillas en la piedra, al igual que las palmas de mis manos, como me gusta sentirme en esa posición, sentir como cuelgan mis pechos antes de ser investida, todo mi cuerpo se preparaba para recibir el placer de su penetración, no es necesario hablar ni tampoco mentir, es solo sexo, es solo placer.

Mirando al lago, en plena naturaleza como nunca había visto, noté como se posiciona detrás de mí, noté como me sujetaba de la cintura y noté como me clavaba su dura erección hasta lo más profundo. Mis pechos dejaron de estar inmóviles, comenzaron con los movimientos de sus embestidas, y terminé por tener un maravilloso orgasmo mientras él continuaba buscando los suyos. En ningún momento me sentí como una perra, en todo

momento me sentí como una mujer siendo bien follada por su hombre.

Él llegaría a los dos o tres orgasmos, pero yo también los disfruté, tanto que nuestros fluidos se juntaban y se deslizaban por mis muslos hasta alcanzar la piedra. Cuando concluyó, ambos quedamos cansados sobre el piso, en ese momento había pasado de sentir paz, a estar en el nivel del clímax.

Desde entonces, Gustav y yo casi siempre estamos juntos, con nuestras libertades, pero con una complicidad extrema, incluso bromeamos y él se ríe con esas bromas..., creo que acerté eligiendo al homo sapiens más sensible, puede que no sea el más fuerte, el más guapo o el más valiente, pero desde luego es el mejor hombre que se encontraba en estas cuevas, en estas mágicas cuevas de Altamira.”

Un día más le quedaba a la joven por leer, pero antes de seguir soltó el libro, pensaba en Fred y en Darío, dos hombres diferentes y ambos tocaban el corazón de Camila, se incorporó para mirar por la ventana, era una noche fría y oscura, tanto que apenas se veía en el exterior, sin una sola nube y con luna menguante.

Los últimos acontecimientos la perturbaban, ella estaba convencida en su mente que Fred era su hombre, el hombre con quien debía casarse, pero sentir que había estado sobre su cuerpo desnudo no le producía escalofríos, tan pocos que empezaba a pensar en su corazón que Darío era ese hombre, él no tocó su cuerpo desnudo, aunque sí la pudo observar, y aquella imagen sí le producía escalofríos, estremecimientos e incluso hacía que se le humedeciera la entrepierna.

Después de pensar un buen rato, decidió terminar con el día que tenía traducido, a ese diario le quedaban muchísimas páginas y quería poder leerlo entero antes de que terminara el siguiente año.

Así se fue a la cama, recogiendo el diario de la colcha y volviendo su mirada a él.

“ Día décimo sexto.

La última vez que escribí lo hice hace meses, no es que no quiera seguir escribiendo, es solo que mi vida está cambiando mucho en este tiempo, me considero una mujer muy estimada en la comunidad, ayudo a Gustav con sus pinturas y sus vasijas, también he encontrado algunas de las hierbas medicinales que buscaba, estoy completamente integrada, e incluso yo diría que más que eso. Son muchos los niños y mujeres que se acercan a mí para pedir consejos, ayudas e incluso sanación, creo que empiezan a verme como una chaman, algo impropio dado que solo son hombres.

Lo que más curiosidad me suscita, es que ningún hombre me lo ha impedido, y ninguno se ha puesto en contra, me da la sensación de que los trabajos están ahí, y solo nosotras hemos aceptado el rol que nos hemos creído. Cuando das un paso, ya no estás atrás, sino un paso más adelante y no ha pasado nada, muchas veces nos pensamos que hay que luchar, que hay que alborotar, pero lo cierto es que solo hay que hacer.

Si yo estoy logrando en esta comunidad un puesto como chamán, que no puedes hacer tú si te lo propones, si te valoras y si no dejas que nadie te diga lo que tienes que hacer, sin miedos, al principio puede haber murmullo, luego habrá silencio.

Quiero contar algo que me llena de ilusión, Gustav y yo vamos a ser padres, sí estoy

embarazada e ilusionada, no os imagináis cuanto, ahora mismo y con lo que he vivido, nada se puede comparar con esta experiencia, solo pensar en traer una vida al mundo me hace llorar de alegría..., nací mujer y he comprendido que solo una mujer puede ser madre, nací porque una madre quiso tenerme, y yo nací para tener un hijo..., eso lo entiendo muy claro en este tiempo, ojalá lo hubiera tenido igual de claro en aquel otro tiempo en que viví.

Un tiempo en el que gracias a diferentes movimientos de la mujer, me quitaron mi identidad como tal, como lo que soy, una mujer, un ser humano capaz de procrear, capaz de dar la vida en su vientre, un ser humano útil e imprescindible para la evolución, para la conservación de mi especie.

Ahora miro con vergüenza cuando en la universidad nos manifestábamos contra todo lo que es ser mujer, nos manifestábamos en contra del hombre por ser nosotras quienes damos a luz, ahora veo con vergüenza como muchos de esos hombres nos miraban con incredulidad.

Nunca y repito nunca, me he sentido tan avergonzada, en este tiempo jamás me he sentido como una bolsa, como un paquete o como un tarro que debe contener los hijos de los hombres, en este tiempo me siento como una mujer, como un ser humano y sobre todo eso, como una madre.

Orgullosa de ser la persona elegida por Dios, o por la naturaleza para replicar la vida en mi cuerpo, deseo con toda mi alma ver nacer a esta criatura, amarla y protegerla y también educarla.

No quiero regresar al infierno del siglo veinticinco, quedaros todos allí, con vuestras guerras, con vuestra falta de humanidad, allí donde este planeta está moribundo y allí donde os insultáis y atacáis constantemente, donde no sois capaces de sentirnos libres por miedo, donde necesitáis culpar a alguien o a algún colectivo para poder sentir que no es vuestra la culpa, que no es porque no valgas sino porque te lo impiden..., no quiero volver a saber nada de vosotros.”

Las últimas palabras no eran alentadoras, Camila se sorprendió muchísimo de lo que contaba, tal vez en su tiempo la vida no era fácil, y comprendía muchas de las quejas de Svetlana, aunque quedaba mucho por traducir, la joven tenía muchas ganas de saber cómo era ese hijo que tuvo, o si contaba más cosas de la comunidad y un poco menos de ella, con esos pensamientos se fue a dormir.

En la mañana del siguiente día, Camila preguntó a Jazmín por la dirección de Darío, quería verlo y saber qué tal se había instalado, -no está lejos, recuerda lo que le he dicho, bajando la cuesta justo en la esquina-, le decía Jazmín.

-Sí, no tiene pérdida..., voy y a la vuelta recojo su vestido.

-Muchas gracias mi niña-, respondió la mujer.

Camila salió de la casa decidida a ver a Darío, pero por el camino comenzaron los temores, los miedos < y si Fred se entera de que he visitado a un hombre en su casa..., y si se entera de que me vio desnuda..., y si Darío no quiere verme >-, pensaba constantemente.

Al llegar a la puerta, se detuvo unos segundos, luego llamó, -¿Quién es?-, preguntó el muchacho

antes de abrir.

-Soy yo, Camila.

El joven le abrió con una sonrisa, -pase..., ¡qué alegría poder verla!

-Gracias-, le dijo ella. En el interior la casa era pequeña, en la parte de abajo un salón con chimenea y una pequeña cocina al fondo, en el patio exterior un cuarto de baño y arriba un dormitorio, el estudio y un vestidor, suficiente para un soltero.

-¿Le gusta la casa?-, le preguntó él.

-Sí..., es muy acogedora.

-Venga arriba que le enseñe el estudio-, le dijo, -pronto quiero regresar a Bruselas y no necesito una gran casa con muchos muebles.

-Es más de lo que necesitas, y el estudio es mucho más grande.

-Sí, aquí estoy bastante más cómodo..., mira el cuadro de las cuevas, ya casi lo he terminado.

-Es precioso, realmente me encanta, los colores son tan parecidos, es usted un artista.

-Gracias..., veo que al fin podemos tutearnos.

Ella se quedó callada, le miraba y él mordía su labio, como para no sonreír, la luz del sol alumbraba la habitación completamente, al estar en esquina, dos amplias ventanas dejaban pasar la luz natural, -quiero que sepa que estoy dispuesta a casarme con Fred..., lo he pensado mucho y creo que es el hombre apropiado.

-La entiendo, no tiene por qué justificarse, usted elige a la persona más apropiada y a la persona que le haya tocado el corazón.

-Le agradezco que me entienda, es por eso que no le tuteo de nuevo..., no es apropiado para una mujer comprometida.

¿Ya se ha comprometido?... , enhorabuena-, le dijo.

-No... pero ahora cuando regrese a las cuevas nos vamos a comprometer, solo falta mi decisión y ya la he tomado-, suspiró.

-Pues entonces voy a abrir una botella de vino y lo vamos a celebrar-, dijo el joven con una sonrisa. Al bajar la escalera el ceño le cambió, una verdadera tristeza inundó su alma, ya era irremediable pero siempre la apoyaría en sus decisiones, desde el principio, el joven conocía su gusto por Fred, la presión de su padre por que se casara, y la presión social, él sí estaba dispuesto a luchar por ella, a luchar por las críticas de una pareja donde ella era siete años mayor que él, una pareja donde su profesión no estaba tan bien vista, o incluso una pareja donde él le daría total libertad para trabajar y relacionarse con quien quisiera, pero para eso ella debía estar dispuesta a esa misma lucha.

Al subir, Darío le mostraba su mejor cara, su mejor sonrisa para dar tranquilidad a la joven, él ya se le había declarado alguna vez y ella ya había elegido, solo faltaba brindar por su felicidad, -¿qué ha hecho con mi cuadro?

-Lo tengo guardado, si alguna vez quiere retomar, solo tiene que decirlo-, respondió el joven.

-Puede romperlo, eso ya no va a suceder.

-No le digo que sea desnuda, puede ser vestida, como lo está ahora, quien sabe si algún día usted vuelve.

-¿Vuelvo?... ¿quiere decirme que si tuviera que separarme de Fred usted me aceptaría, aunque ya haya yacido con él?

-Yo me estaba refiriendo al cuadro, pero a su pregunta le diría que sí..., una mujer no es menos por haber estado con otro hombre, es la misma persona..., no quiero ser descortés ni maleducado, pero ¿conoce usted las mujeres con las que ha estado Fred?

-Solo los considero rumores-, respondió bebiendo del vino.

-Soy yo Camila, sé que usted misma los cree, y aun así le ama, quiere casarse con él..., ¿por qué piensa que una mujer no puede ser amada después de haber estado con un hombre?, ¿cuál es la diferencia entre un hombre y una mujer?

-Que la mujer debe guardarse para su esposo.

-Yo no lo veo así..., eso es solo fachada que os hace mucho daño, pero seguirá siendo una joven hermosa, dulce, cariñosa y amable..., por no decir valiente y luchadora, ¿en qué cambiaría eso?

La joven le miraba, no podía creer que ese joven tuviese esa forma de pensar en medio de aquella sociedad, -es usted un encanto.

Hacia el amor

Una vez en la casa de Pablo, la mujer hacía su maleta, colocaba sus pertenencias de forma delicada para poder llevar la mayor cantidad posible, agarró el libro muy bien envuelto en un trozo de tela y lo introdujo en la maleta, Jazmín subió para despedirse, -¿puedo pasar?

-Claro..., quería darle las gracias por todo lo que han hecho por mí.

-Ha sido un placer, ¿cómo se tomará esto su padre?

-No lo sé, él no sabe nada aún, esperaré unos días hasta que esté instalada para decírselo, creo que se alegrará saber que pretendo casarme.

-Usted sabe que su padre no es partidario de una boda con ese hombre.

-Lo sé, pero para mi padre muy pocos hombres son candidatos a ser mi esposo.

La mujer se sentó en la cama, -tengo que mandarle un telegrama..., entienda que para su padre usted está bajo nuestra supervisión, no nos perdonará saber que sigue en las cuevas sin que se lo hayamos comunicado.

Camila dejó de hacer la maleta, la miró y se sentó junto a ella, -¿puede esperar unos días?..., luego puede mandárselo si lo desea, deme algo de tiempo.

-No puede pedirme eso, le tengo una gran estima, usted sabe que es como una hija para mí, y ni yo misma apruebo su vuelta.

-Por favor, solo dos días.

Jazmín suspiró, los ojos de la joven eran sinceros y una debilidad para la mujer, -está bien, pero solo dos días.

-Muchas gracias-, le decía levantándose para continuar con la maleta, -debo darme prisa si no quiero perder el tren.

-¿Quién la va a recoger en la estación?

-Nadie, contrataré un cochero hasta Altamira..., quiero darle una sorpresa a Fred.

-No se lleva el cuadro de Darío, es pequeño y le cabe en la maleta.

-No, prefiero tenerlo aquí, si no le importa.

-Puede dejarlo colgado..., buena suerte, Camila-, le dijo. Ambas se abrazaron y la joven cerró su maleta, luego uno de los sirvientes la ayudó a bajarlas y llevarlas hasta el tren.

El cochero que la trasladaría hasta Altamira estaba esperando algún encargo, y entonces llegó ella, con las dos maletas en el carro pusieron camino hacia su destino.

Ella estaba nerviosa, sabía que Fred no la esperaba, pero también retumbaban en su cabeza las últimas palabras que le dijo sobre casarse, algo que no esperaba de Fred, y que fue el detonante para decidirse estar junto a él, otro de los motivos era poder estar cerca de las cuevas, de su gran pasión.

Al llegar al campamento, la joven descubre que hay visita, varios caballos y un carruaje estaban en el camino, junto a las tiendas, ella no se lo esperaba e incluso pensó en que le arruinarían la sorpresa, al bajar de su carro, el cochero la ayudó con las maletas y al pronto todos salían de ver las pinturas, Víctor caminaba delante junto a dos hombres desconocidos, y Fred algo más retrasado junto a una mujer de mediana edad, rubia y muy bien parecida.

Al verla sentada sobre su maleta, el arqueólogo hispano puso cara de sorpresa, miró varias veces a Fred, el cual se reía junto a la dama, hasta que éste se percató de la presencia de Camila.

Al llegar a su altura, el hombre no se acercó impetuoso a besarla, y simplemente le dijo, -¿qué hace aquí?

-Le dije que regresaría..., no se alegra.

-Por supuesto, siempre es un lujo contar con su presencia y su buena labor..., espéreme que voy a despedir a los invitados.

Fred no se dignó ni a presentarles, la mujer desconocida sonreía bajo su paraguas mirando a Camila, al alejarse de ella, Víctor le habló a la joven, -me alegro de verla.

-Pues parece que es el único... ¿Quiénes son esas personas?

-Es la prima de la princesa de Inglaterra y sus escoltas..., ha venido a visitar las cuevas al ver en el periódico las fotografías.

-No la conozco, y ¿por qué se ríe tanto con Fred?

-Se conocen de mucho antes, es una buena amiga suya, pero cuéntame cómo está usted.

-Muy bien..., he venido para quedarme.

-Me alegro, de verdad que me alegro y más ahora que Fred se queda solo.

-¿Y eso por qué?

-En dos días me voy, quiero pasar más tiempo con la mujer de mi vida y pretendo pedirle matrimonio.

La joven se acercó a él, y le puso la mano sobre la suya, -me alegro, no sabe cuánto, no porque tenga que dejarnos, pero sí por usted..., se merece una buena vida.

-Muchas gracias, ¿qué tiene usted pensado hacer aquí?

-Quiero trabajar en las cuevas, hacer todo lo posible por ellas y mostrar al mundo las pinturas y también el libro que encontramos aquí.

-¿Solo ha venido por las cuevas?-, le preguntó con sincera amistad.

-Bueno, y por Fred..., creo que nos vamos a comprometer-, le respondió sonriendo.

-Me alegro-, le dijo serio.

El ruido de las ruedas del carro y el de los cascos de los caballos, alertaron de su marcha a ambos, al rato apareció Fred, serio como de costumbre, pensativo como casi siempre, -no la esperaba tan pronto-, le dijo.

-Pensé que se alegraría de verme.

-Y lo estoy, no sabe cuánto, supongo que estará cansada del viaje-, le dijo. Ella le sonrió, pronto anochecería y le respondió con un simple sí.

-Estupendo, pues vamos a la tienda... Víctor ¿le importa mandar a que entren el equipaje de Camila?

-Ahora mismo se lo digo a Juan-, éste era uno de sus operarios.

La mujer agarró su maleta más pequeña, la que contenía el libro y entraron en la tienda, demasiada sobriedad en los gestos de Fred, pero también es cierto que no es un hombre que muestre demasiado sus emociones.

Una vez dentro, comenzó a tronar y a oscurecerse, todo hacía presagiar que iba a descargar una tormenta, una vez en el interior, Fred se acercó a ella para besarla y acercarla contra su cuerpo, observar su preciosos ojos e invitarla a sentarse, -voy a prepararle la cena..., ¿supongo que tendrá hambre?

-Sí, yo voy a ponerme más cómoda-, le respondió.

Esa noche, después de cenar, hablaron sobre el libro, Fred no estaba convencido de querer leerlo, y mucho menos mostrarlo, -me dijo usted que lo leeríamos juntos y que lo dataría en su fecha correcta.

-Y ese es el motivo que la ha traído de vuelta, ¿verdad?

-No es cierto, usted lo sabe, pero sí que tengo mucho interés en que se lea y se exponga como lo que es.

-Eso es algo que no va a ocurrir..., todo va muy bien encaminado y no vamos a soltar esta bomba.

-Usted me dijo...

-Sí, lo sé, pero no vamos a discutir ahora sobre eso, ¿no cree?

Ella suspiró de nuevo, volvió a tragarse lo que sentía, -de acuerdo, es mejor que duerma y mañana se verá la cosa de otra manera.

-Si es lo que desea me parece correcto, de todos modos, hoy he tenido un largo día y debería acostarme también.

Esa noche, Camila no durmió plácida, muchos pensamientos le comían por dentro y cada vez dudaba más del hombre que había elegido para casarse, aunque éste ni siquiera se lo había pedido. Para una mujer de esa época, el estar desnuda junto a un hombre llevaba implícito un acuerdo prematrimonial, o al menos era lo que se suponía.

Por la mañana, la joven se despertó y el hombre que aun dormía a su lado, le puso la mano encima, ella le miró y no se reconoció viviendo el resto de su vida con él, su libro era muy

importante y para él lo más importante era su carrera, su prestigio.

Ella apartó la mano y se vistió con la ropa de trabajo, era muy temprano, apenas había amanecido y el color del cielo todavía era naranja, en la entrada de la tienda de Víctor, había almacenadas algunas de las pertenencias del hispano, el cual estaba aprovechando el tiempo para empaquetar sus cosas, la joven se acercó para saludar, -buenos días-, le dijo.

-Buenos días, señorita..., creo que va a empeorar el tiempo.

-Sí..., he visto que en el horizonte se mueven las nubes, ese color es de tormenta.

-Se ha levantado muy temprano para trabajar, veo que echaba mucho de menos esto, no la juzgo..., es un lugar tan maravilloso.

-Sí, bueno, es algo que me encanta.

El hombre la veía un poco preocupada, con la mirada como ausente, -¿le ocurre algo?

-No sé... tengo muchas dudas ahora mismo, es como si algo hubiera cambiado, no me siento tan cómoda como antes.

-Yo no creo que sea por las cuevas, sino por las circunstancias, usted vino buscando algo que no ha encontrado, no quiero que piense que soy entrometido, pero no creo que su sueño esté aquí.

-¿A qué se refiere?

Víctor le sujetó las manos y la invitó a sentarse en el interior de su tienda, -no debería casarse con Fred.

-¿Por qué?..., usted sabe algo que yo no sé.

-Solo sé que él no la merece y que usted vale mucho más que ese hombre.

Ella le miraba extrañada, en ese momento un trueno rompió el silencio del exterior, los relámpagos iluminaban la mañana, -dígame si sabe algo.

-No quiero decir cosas que no he visto, son solo mis imaginaciones.

-¿Duda usted de Fred?..., ¿cree que no me sería fiel?

El hombre suspiró, la lluvia caía con fuerza, -usted está enamorada de él, pero dudo de que él sienta lo mismo.

-Pero dígame por qué-, insistía la joven. Necesitaba oírsele decir para que sus dudas no fueran infundadas.

-Un hombre que ama no pasa la noche con otra mujer..., lo siento, pero es lo que pienso.

-¿A qué se refiere?, ¿de qué mujer me habla?

-La señora que vio usted ayer, la prima de la princesa, Carla.

-¿Estuvo esa noche con él?

-No es la primera..., y dudo que sea la última, Carla durmió aquí, y lo hizo en la tienda de Fred, yo no sé lo que ocurrió dentro, pero eso no lo hace un hombre enamorado, yo no lo haría.

-Gracias..., muchas gracias por contármelo-, le dijo molesta, enojada e incluso con alguna lágrima.

Camila salió de la tienda en plena lluvia, lo que caía no era un pequeño aguacero, en el trayecto hasta la tienda de Fred, se empapó toda la ropa, el cielo era negro como la noche.

Al entrar en la tienda, Fred ya estaba levantado, junto al fuego, -buenos días..., ha salido muy temprano.

-¿Qué hace con mi libro?, ¡déjelo donde lo encontró!-, le gritó furiosa la mujer.

-Usted quería que lo leyese, aunque no entiendo nada de lo que hay escrito.

-¡Usted es un mentiroso y un hipócrita!, ¡no va a datarlo aunque se lo pida de rodillas!

-¿Qué le pasa hoy?-, preguntó Fred levantándose y acercándose a ella.

-¡No me toque!, ¡explíqueme por qué Carla pasó la noche con usted!-, le gritaba. La mujer estaba fuera de sí, había abandonado muchas cosas por él.

-¿Quién se lo ha contado?... ya me lo imagino.

-¿Entonces no lo niega?

-Para qué..., no me iba a creer si se lo negara, no estamos comprometidos Camila..., al menos no ayer.

-Ni ayer ni nunca, sus besos eran falsos, y si me hubiera dejado me hubiera hecho el amor, no le entiendo.

-¿El amor?, no me haga reír..., ¡si me hubiera dejado la habría follado!, que es lo que usted necesita, ¡deje de jugar ya a mujer liberal y progresista!, no lo es, usted es como la mayoría, creen en el amor.

-Sí, creo en el amor, creo en la fidelidad y eso no me hace menos progresista, usted me da pena.

-Camila, podemos hablarlo tranquilos..., no lo tire todo.

-¡Ya lo he tirado!, confié en usted..., pensé que me amaba y que me ayudaría con mis trabajos.

Fred se giró de espaldas, en silencio mientras ella lloraba, recogió el libro que había dejado sobre la silla, -¿este es su trabajo?, esto no vale nada-, le dijo.

-¡¡Deme mi libro!!-, le gritó.

Entonces Fred lo arrojó al fuego, como su tuviera carburante sus hojas se prendieron de inmediato, la joven no daba crédito, no era capaz de pronunciar palabra, solo observar cómo desaparecía frente a ella, sin mediar palabra salió de la tienda como loca, entre llantos buscando consuelo.

Víctor la vio y se acercó a ella, estaba muy afectada y dolida en el alma, la lluvia la ahogaba entre lágrimas, -señorita Storm..., ¿está bien?

-¿Es ese uno de sus caballos?-, le dijo.

-Sí..., ¿qué le ha pasado?, ¿ha sido Fred?

-Me lo prestaría, por favor..., necesito salir de aquí de inmediato-, le insistió llorando desgarradamente.

El hombre la miraba desesperado, angustiado, -por supuesto señorita-, le respondió. Ayudado por

Víctor y bajo una terrible tormenta, la mujer montó al caballo y corrió como alma que lleva el diablo.

Deseo, placer y éxtasis

En la tarde, la joven aún corría con el caballo, empapada bajo la oscura tormenta hasta llegar a la ciudad, a la puerta de la nueva casa de Darío. Bajó del animal y llamó desesperada a la puerta.

Al abrirle, el joven pintor la miró con sorpresa, casi paralizado de ver a la joven bajo el torrencial, con sus cabellos sueltos y goteando, su vestido pantalón, debía pesar una tonelada por el agua que acumulaba, -lo siento-, dijo la mujer llorando.

-¡Pasa no te quedes ahí!-, exclamó Darío. En el salón, el pintor tenía la chimenea encendida, calentando toda la habitación, -debes quitarte esa ropa o te vas a enfermar.

Ella le miraba y le sonreía levemente y cuando el joven iba a subir por ropa seca, ella le sujetó de la mano y girándose sobre Camila, -hay confianza-, le alcanzó a decir la mujer.

Sin soltar su mirada, Camila se deshizo de la ropa mojada, la prenda de trabajo que Fred le había encargado, al caer ésta al suelo, la joven únicamente llevaba la combinación, en la mañana no tuvo tiempo para vestirse como de costumbre.

Con el pelo suelto y mojado, la mirada inalterable a los ojos de Darío, impertérrito ambos ante la situación, ella decidió dejar caer al piso también su transparente prenda interior, dotándole al pintor del mayor espectáculo que jamás había vivido.

Darío no daba crédito a lo que tenía frente a él, las palabras no salían de su boca, solo contemplaba bajo la luz que emitían las velas y el fuego de la chimenea. Las gotas de agua que permanecían aún en sus cabellos se deslizaban por su cuerpo, acariciaban su piel inmóvil y deseada.

Todas ellas habían escogido el mismo camino, desde el cuello se arrastraban por entre el canal de sus pechos, bajaban por el firme vientre y se detenían a humedecer el otro lugar donde la joven aún conservaba los vellos rizados, negros y brillantes como los ojos de la oscuridad.

-¿No me vas a decir nada?-, preguntó tímida y sonrojada.

-No existen palabras para definir lo que veo... tampoco para lo que siento.

-¿Y tampoco tienes besos para definir lo que sientes?

En ese momento, Darío se acercó hasta ella, como si delante suya tuviera un frágil jarrón de porcelana, la tocó. Como con miedo a romperla acarició su piel, a la altura de su vientre para ir subiendo lentamente hacia sus senos, aunque la luz era pobre, podía presenciarse perfectamente, como con el acercamiento de las manos de Darío hacia los tersos y frescos pechos de Camila, ésta

respiraba más agitada cada segundo.

Alcanzó a tocarlos, a acariciarlos y a admirarlos, suaves como nada había tocado antes, mantenidos tersos y elevados en contra de la física, el tacto le resultaba extraño, tal vez por ser la primera vez que tenía en sus manos tal majestuosidad, tan bellos pechos.

Ella no decía nada, no se movía salvo por la aceleración en su respiración, él la miraba, la deseaba y lo que era más importante, la amaba. Sus labios se acercaron hasta la boca que tanto había deseado besar, a los dulces y rojos labios que la joven le mostraba, se envolvieron en un largo beso, cálido y lleno de pasión, el deseo se fue difuminando, dando paso al siguiente nivel, la excitación.

Todo lo despacio que había comenzado el juego, se transformó en impaciencia para ambos, sus cuerpos necesitaban ser acariciados, envueltos en placer. Los besos eran más acalorados, pasando al cuello, acelerando sus corazones y soltando gemidos desde sus gargantas.

Mientras ella seguía de pie, Darío se inclinó a probar la suave piel que envolvían las mamas de Camila, jugando con sus duros pezones, introduciendo en su boca parte de aquellos bellos pechos, logrando que la joven se inclinase hacia atrás, suspirando de placer.

Con sus manos, Darío la sujetaba de la cintura baja para que no cayera de espaldas, mordía y al mismo tiempo acariciaba sus frescas nalgas, apretándolas y separándolas, permitiéndole a la luz alojarse por entre los recovecos de las zonas más íntimas de la arqueóloga.

Frente a la chimenea, el joven disponía de una alfombra de pelo blanco, y hasta allí la llevó y dejó sobre el piso, el blanco de la alfombra en contraste con los hilos de seda negra de su zona de placer, con el rizado entramado negro que trataba de ocultar tan perfecta zona íntima.

Sin palabras, solo hablaba el silencio y el crujir de la madera al quemarse, el sonido del sudor recorriendo sus cuerpos, bajo una tenue luz en movimiento. Así Darío se tumbó junto a ella, para percibir tan delicado aroma y besar tan sinceros y valientes labios.

-Estoy nerviosa-, soltó en un susurro.

-Yo también, pero si algo deseo en este mundo, está a mi lado.

Un beso selló aquellas palabras, un beso condenó a aquellos corazones a permanecer juntos por toda la eternidad. Ambos necesitaban absorber todo el amor que manaba de sus labios, un beso tan profundo que la joven alcanzó su primer orgasmo junto a un hombre.

El deseo había pasado a ser pasión, sus cuerpos ya no eran dos, estaban unidos por tanta represión. Mientras ella aún gemía y no podía controlar su respiración ni los movimientos tan anquilosantes que le produjo el orgasmo, Darío se aventuró a revisar su cuerpo, milímetro a milímetro.

Primero el cuello, los lóbulos de sus orejas, y luego tomó el camino hacia las montañas, donde después de escalarlas, se detuvo a admirar y a disfrutar de aquella altitud, como un experto escalador, pasaba de una montaña a otra y se detenía en saborear los picos que tan turgentes se le presentaban.

La joven, inexperta como el muchacho, se dejaba llevar por sus instintos y acariciaba el cabello del hombre que la estaba llevando al siguiente nivel, el éxtasis.

La dureza del muchacho acariciaba también la piel de la joven, bastante más abajo, pero era

bien percibida por Camila, suave y poderosa sobre su agitado cuerpo. Darío decidió avanzar en su aventura, bajando al valle firme y de fuertes movimientos, en donde deslizó su lengua hasta alcanzar la zarza sin espinas y negra como si se hubiese quemado.

En aquellos hilos de seda negra se detuvo, el aroma que allí percibía lo enloquecía, sabía que tras aquel monte cubierto de seda negra, se encontraba su destino, y quiso tiempo para apreciar el tan amado regalo que la joven le entregaba. Ella extasiada por toda la situación, perdida en un mundo de placer ya explorado que le hacía mover con contracciones involuntarias, el abdomen y sus muslos. Aterrizada en el mundo del éxtasis, lo primero que proveyó fue de dulce néctar allá en el destino del joven pintor.

Éste alcanzó su viaje final, inhaló su aroma, contemplo sus curvas y admiró la línea que formaban sus tan preciosos labios exteriores, antes de degustar aquel manjar observó como la turgente perla del placer florecía de entre sus labios ansiosa por ser atendida, y así ocurrió.

La boca de Darío atravesó el límite final, besó aquellos labios como si fuesen la boca de su estremecida amada, buscó con impaciencia aquel botón sensible que apenas podía ser succionado sin que la joven se viniera en otro grandioso orgasmo.

Cuanta magia había en aquella cálida zona, cuanto amor le transmitía Darío, y cuantas contracciones le costó aquel húmedo orgasmo.

Como el insecto que se deja llevar por el olor de las flores, así también lo hizo el amante y se deslizó con su apéndice recorriendo toda la línea hasta alcanzar el lugar desde donde manaba el dulce aroma, deteniéndose y recolectando entre sus muslos para luego ahondar en el interior de Camila, interior desde donde se fabricaba aquella miel y desde donde llevaron a la joven al siguiente nivel, el clímax.

Sus corazones partidos de placer, la respiración cortada de raíz, el sudor no dejaba secos sus cuerpos, y el silencio roto por la voz y el grito de la joven, -¡se me vino!... lo siento.

Al rato, Darío abandonó su logro para ir a besar a la joven que prácticamente había perdido la consciencia. Ambos, aún exhaustos, desnudos y agitados permanecían tumbados sobre la alfombra, -¿me vas a contar qué te ha sucedido?-, preguntó el pintor mirándola.

-No te escuché, no escuché a nadie, Fred no es quien imaginaba.

-Ya..., me suponía, pero ahora estás aquí y no tienes que regresar.

-Me vio desnuda, incluso estuvo sobre mi cuerpo-, le decía con rubor, -no creo que quieras que esté aquí.

-Quiero que estés aquí, quiero que me des la oportunidad de demostrarte que soy un hombre y quiero que pienses en mí como un posible esposo..., yo estaría encantado de serlo-, le dijo reclinándose para mirarla.

-¿De verdad?, yo no sé qué decir.

-Pues no digas nada, cuando lo tengas claro me lo dices.

Ella le observaba con admiración, sus profundos ojos se adentraban más allá de los suyos, más allá de su alma, -no tengo nada que pensar, yo quiero estar contigo.

-Perfecto-, soltó. Se levantó hasta ponerse de costado junto a la joven, la miró a escasos centímetros de su belleza, -me das una alegría.

Sonrieron mientras seguían con sus miradas, ella estaba cómoda y encantada, y él estaba completo, -¿por qué dices que te doy una alegría?

El joven se subió sobre ella, la besó y al separar sus labios le dijo, -porque podré volver a pintarla-, susurró sonriendo. Ambos lo hicieron mientras la tenue luz del fuego les acompañaba, la extrema lluvia golpeaba los cristales y su pasión, volvía a desatarse.

Cruzadas las miradas, ambos habían superado el nivel del placer, ambos se admiraban y se buscaban en lo más profundo de sus ojos, mientras sus cuerpos desnudos se abrazan como nunca antes lo habían hecho.

Él percibía su tersos pechos en su tórax, y ella el peso del joven sobre su alma, además de percibir la erección del joven sobre sus vellos y entre sus muslos, tanto lo deseaba que sin apartarle la mirada, abrió sus piernas colocándolas, una a cada lado del muchacho.

Permitiéndole sentir calidez de su zona íntima, permitiéndole percibir la suavidad de sus labios internos y permitiéndose sentir el pulso de la dureza golpeando en su abultado clítoris. Las manos apoyadas en su espalda y las de él en los hombros, dejando a sus sexos libres para que complementasen.

Tanto sucedió que la erección alcanzó a situarse a la misma entrada del templo que segundos antes había abierto sus puertas. Tanto sucedió que su glande ya trataba de atravesar esa puerta, como con vida propia, como si esos sexos estuviesen creados para completarse el uno al otro.

Antes de buscar el interior de Camila, Darío le sonrió, ella hizo lo propio y cuando sus acelerados corazones golpeaban al unísono, como tambores de victoria, justo cuando se fundieron en un cálido beso, éste la atravesó, clavando su erección hasta lo más profundo del ser de Camila, hasta llevarla directamente al último nivel, la felicidad más absoluta.

Ambos obtuvieron sus orgasmos, después de sacudir intensamente el cuerpo agitado, extasiado y roto de placer de la joven, el sudor se mezclaba en sus cuerpos, sus aromas inundaban la estancia, el sabor quedaría perpetuado en la mente de ambos mientras existiera el universo.

Era imposible seguir practicando el amor, ambos estaban desgastados físicamente, ella tumbada sin aliento y él casi sin poder mover su boca, -no sabes cuantas veces soñé con esto.

-He de confesar que cuando me pintabas también soñé contigo.

-¿Crees que deberíamos continuar con el cuadro?

-¿Ahora?..., estoy sin fuerzas.

-No tienes que hacer nada, solo estar tumbada-, le insistía Darío. La mujer le miraba con deseos, pero sin fuerzas en las piernas, -no estoy arreglada... mírame los pelos... y estoy sudorosa.

-¿Qué mejor recuerdo?, el cuadro nos recordará nuestro amor, nuestro encuentro y nuestra primera vez en el sexo.

Ella le sonrió, con esfuerzo se levantó, -vamos a ello-, le dijo. Los dos en la más completa desnudez, en la oscuridad de la noche subieron al estudio, mientras él encendía las velas, la joven se tumbó sobre la colcha roja que previamente había colocado, -¿así estoy bien?

-Así estás perfecta-, le dijo.

-Estoy bastante húmeda..., no sé si debería secarme antes.

El joven se le acercó y con mucha delicadeza la secó, incluso el sudor de su piel, media hora más o menos más tarde, el pintor ya había dibujado sus curvas, su pelo suelto sobre la almohada, -¿cómo va?-, preguntó ella.

Darío se acercó hasta la joven, -va bien, pero ¿sabes de lo que tengo ganas?

-Si es de lo mismo que yo, no sé si me lo permitirán las piernas, estoy desgastada-, respondió sonriente.

Darío se inclinó hasta su boca, la besó y puso su mano sobre el desnudo pecho de Camila, podía sentir como su corazón golpeaba fuerte en su tórax, arrastró su mano por aquella piel suave y caliente, hasta alcanzar el monte de Venus, en donde se detuvo para acariciar sus labios, para arrastrar su dedo por entre ellos y hacer que floreciera de nuevo la perla oculta tras los deseados bordes de la entrepierna de su amada.

-Déjame hacerte a mí-, le dijo él.

Con la mano la tumbó boca abajo, ella giró su cabeza tratando de verle jugar con su cálida zona, tratando de ver como éste separaba sus nalgas para poder dejar que asomara su sexo, tratando de ver como Darío se sumergía entre aquellos resbaladizos muslos, y empujaba a la joven de nuevo.

-Déjame ahora a mí-, alcanzó a decir ella cuando su respiración se aceleraba.

Se incorporó e invitó a Darío a que la acompañara, en medio de la habitación, Camila se arrodilló y puso sus manos en el suelo, mostrándole su trasero, -quiero que me lo hagas desde atrás.

-No sé cómo hacerlo.

-Déjate llevar-, le dijo. Sus pechos colgaban y sus nalgas separaba cuanto podía, el muchacho se acercó y se arrodilló, luego inclinó su cuerpo hasta apoyarse en la espalda de la joven, su aliento en la nuca, una de sus manos acariciaba sus pechos, y su erección dispuesta a explorar de nuevo el interior de la joven.

Pero esta vez, no sería él quien la atravesará, sino ella quien se clavará a sí misma la dureza lentamente, centímetro a centímetro, percibiendo el más mínimo avance en sus adentros, hasta hacerla desaparecer por completo, experimentando así, lo que había leído en el libro de Svetlana.

Las velas se apagaban lentamente mientras, consumiendo con ellas la poca luz que quedaba, sus cuerpos rotos de placer yacían de nuevo en el suelo, juntos y con la respiración forzada, sudorosos y envueltos en el aura del amor.

Sueños

Estás segura de querer ir sola a Inglaterra?-, le preguntó Darío.

-¿ -Sí, es lo mejor-, respondió la joven. Era tiempo de ir a casa de su padre a contarle sus planes, sus intenciones de casarse con el joven pintor, y no sería fácil de asimilar por su progenitor, él era menor que ella y su profesión no gustaría en casa.

-No me importa acompañarte y soportar las críticas de tu familia... estoy convencido de que algún día me aceptarán.

-Yo te acepto y es lo único que cuenta.

Lo sé, pero quiero que tu familia te apoye, te siga queriendo como siempre, sé lo importante que es la familia para ti.

Camila estaba ya preparada para el viaje, la maleta hecha y esperaba al carruaje que la llevaría al tren y luego al barco, pero necesitó pararse un momento a hablar con su amado antes de partir, -me gustaría contarte algo.

-Dime, te escucho.

-Siéntate un momento, aún es pronto para irme... es algo un tanto extraño de explicar y seguramente de comprender.

-Tú cuéntame y ya decidiré yo si creer o no.

-Está bien, en Altamira encontré un libro, de una Dra. llamada Svetlana, rusa y que viajó en el tiempo hasta la edad de nuestros ancestros, convivió con ellos en las cuevas y dejó escrito un diario que encontré yo.

-¿Y qué dice ese libro?

-¿Me crees?... no te parece raro.

-No tengo ningún motivo para dudar de tu palabra, estoy seguro de que lo que me cuentas es cierto... ¿puedo ver el diario?

-No, Fred lo arrojó al fuego el día que salí corriendo de allí.

-Entonces ya no existe, me alegro en parte de que lo quemara.

-¿Cómo dices eso?

-Sería uno de los motivos por los que dejaste a Fred, y gracias a su comportamiento estás conmigo... no hay nada en este mundo que pueda desear más.

-Te amo tanto-, le dijo saltando sobre él, -pero me da mucha pena no haber terminado de leer aquel diario.

-¿Qué había escrito?

-Esa mujer me abrió los ojos a muchas cosas, no sabes cuánto hubiera aprendido de ella, en su tiempo el mundo está muy cambiado, abogado a la destrucción.

-¿Y cómo puede ser eso?

-Al parecer el ser humano dejó de cuidar del planeta.

-¿Quién haría eso?... no creo que nadie pueda estropear la casa en donde vive, solo un loco.

-Tal vez el mundo se vuelva loco en el futuro... he de irme, ya hablaremos de todo eso.

Darío se levantó en cuanto la joven se bajó de sus rodillas, la sujetó de su mano y le dijo, -comprendo que alguien pueda volverse loca, como yo cada vez que te miro, cada vez que te escucho hablar, allí en las profundidades verdes de tus ojos es donde quisiera perderme, donde quisiera que fuese mi mundo... nací con un sola alma, pero tú la has alimentado de amor, de belleza y de esperanzas, no quiero un mundo sin ti.

Ella, frente a él, no dejaba de mirarle, -yo tampoco.

-Dile a tu padre que es cierto que soy menor que tú, dile que no eres un capricho, dile que si sabe amar me podrá entender, sabrá que yo ya no habito en la tierra sino que se me hizo el paraíso junto a la mujer más bella, más dulce, más luchadora, dile que no podría entregar mi vida por su hija, porque mi vida ha dejado de pertenecerme, porque esa vida te la he entregado a ti de forma íntegra por el resto de mi eternidad.

-No puedes decirme esas cosas antes de marchar, me quitas las ganas de irme-, dijo ella acercándose a beber del amor de sus labios.

-Una última cosa... dile a tu padre que renuncio a una boda en gananciales, sé que tu poder económico es mucho mayor que el mío y no lo quiero... solo te quiero a ti.

-Pero eso no lo digas ni en broma... todo es nuestro no mío.

-Prefiero no tener nada, prefiero seguir siendo humilde y enamorado.

-No se puede casar sin gananciales.

-Hay fórmulas en Europa, y quiero separación de bienes, tal vez eso convenza a tu padre de mis verdaderas intenciones.

-He de irme, eres el mejor hombre del mundo... ya hablaremos de eso.

-Cuídate mucho, y que sepas que me alegra que seas capaz de hacer este viaje sola, eres una mujer que va a dar mucho de que hablar y va a mostrar a las mujeres de lo que pueden ser capaces.

-Te amo.

Camila subió al carruaje que la esperaba en la calle, Darío regresó al interior de su casa, la joven independiente comenzaba un viaje que para aquella época era muy atrevido.

Al llegar a casa de su padre, éste la esperaba impaciente en su lujosa casa, junto a su esposa y

madre de Camila. No hizo falta ni llamar para que le abrieran la enorme puerta de madera, bajo cuatro enormes columnas de mármol blanco.

-Papá-, soltó ella al verle. De inmediato se fundieron en un hermoso abrazo, luego a su madre y en cuanto acabaron con los efusivos y cariñosos besos, el padre se dirigió de inmediato a ella, en un tono algo más serio, -¿cómo es eso de que te casas?... y con ese joven.

-Papá es un hombre encantador.

-¿Y te deja viajar sola en barco?

-Por eso es encantador, porque me ve como a un ser humano, no como a una débil mujer, me ve tan capaz como a él mismo en todo.

-Eso está fuera de lugar... nunca había escuchado semejante tontería.

-Me duelen sus palabras padre, y mucho más cuando siempre fue usted quien me decía en mi cama, cuando era una niña que mis alas me servirían para volar.

-Eran cuentos de cuna... no te los puedes creer.

-¿Y cree que pueda haber nada más bello que vivir esos cuentos con los que se dormía en paz una niña?... soy una mujer, no una persona inválida... yo me veo capaz de vivir y de elegir, no tengo miedos, ¿pero que teme usted padre?

-Los tiempos cambian, ves Isabelle como tu hija ha crecido... vamos dentro y cuéntame cómo quieres que sea tu boda.

Los tres caminaban por el amplio jardín frente a la casa, dirección al interior de lo que llamaban hogar.

Al final, el padre aceptó a su hija tal y como era, valiente, decidida e independiente, la boda fue sonada en toda Inglaterra, y los jóvenes disfrutaron de todos los invitados, de todas las agotadoras conversaciones hasta que al fin llegaron al hotel en donde pasarían la noche de bodas.

-Quiero que vayamos a vivir a Bruselas-, le dijo él tumbado a su lado.

-Pasaremos este verano en España, y luego nos trasladaremos a Bruselas para que sigas estudiando y empaparnos de toda la cultura de ese país.

-Te veo muy decidida a luchar por la libertad de las mujeres.

-Estoy decidida a luchar hasta que los hombres nos vean igual que lo haces tú... simplemente como seres iguales a vosotros.

-Me alegro, te voy a apoyar en todo lo que esté en mi mano... te amo.

-Yo también te amo.

Tras esa noche de bodas, ambos cayeron rendidos, cansados del estrés de esos últimos días de preparativos y como no, cansados de esos últimos clímax.

Cuando el sol iluminaba la habitación, una voz despertó a Camila, -¡Camila!... ¡Camila!-, decía la voz.

-¿Qué sucede?... ¿y Darío?-, preguntó desconcertada.

-¿Quién es Darío cielo?... es hora de levantarse para ir a la escuela.

-Papá he tenido un sueño, me ha parecido tan real.

-Cuando sea mayor quiero ser arqueóloga, y casarme con un hombre estupendo que me quiera y me respete.

-Claro que sí cielo... tus alas te harán volar hasta donde quieras, pero ahora tienes que vestirte para ir a la escuela... no todas las niñas tienen tu privilegio y debes aprovecharlo.

La niña de trece años se sentó en la lujosa cama, miró a su padre con ilusión y le dijo, -papá... quiero cambiar el mundo.

Verdadera historia de las cuevas de Altamira

La cueva de Altamira es una cavidad natural en la roca en la que se conserva uno de los ciclos pictóricos y artísticos más importantes de la prehistoria. Forma parte del conjunto Cueva de Altamira y Arte Rupestre Paleolítico de la Cornisa Cantábrica, declarado Patrimonio Mundial por la Unesco. Está situada en el municipio español de Santillana del Mar, Cantabria, a unos dos kilómetros del centro urbano, en un prado del que tomó el nombre.

Desde su descubrimiento en 1868 por Modesto Cubillas y su posterior estudio por Marcelino Sanz de Sautuola ha sido excavada y estudiada por los principales prehistoriadores de cada una de las épocas una vez que fue admitida su pertenencia al Paleolítico.

Las pinturas y grabados de la cueva pertenecen a los períodos Magdaleniense y Solutrense principalmente y, algunos otros, al Gravetiense y al comienzo del Auriñaciense, esto último según pruebas utilizando series de uranio. De esta forma se puede asegurar que la cueva fue utilizada durante varios periodos, sumando 22 000 años de ocupación, desde hace unos 35 600 hasta hace 13 000 años, cuando la entrada principal de la cueva quedó sellada por un derrumbe, todos dentro del Paleolítico superior.

El estilo de gran parte de sus obras se enmarca en la denominada «escuela franco-cantábrica», caracterizada por el realismo de las figuras representadas. Contiene pinturas policromas, grabados, pinturas negras, rojas y ocre que representan animales, figuras antropomorfas, dibujos abstractos y no figurativos.

En cuanto a su techo de los policromos ha recibido calificativos como «Capilla Sixtina» del arte rupestre; «...la manifestación más extraordinaria de este arte paleolítico...», «... la primera cueva decorada que se descubrió y que continúa siendo la más espléndida» y «...si la pintura rupestre [paleolítica] es el ejemplo de una gran capacidad artística, la cueva de Altamira representa su obra más sobresaliente» nos indican la gran calidad y belleza del trabajo del hombre magdaleniense en este recinto.

Fue declarada Patrimonio de la Humanidad por la Unesco en 1985. En el año 2008 se hizo una extensión de la nominación a otras cuevas del País Vasco, Asturias y la propia Cantabria, pasándose a llamar el conjunto «Cueva de Altamira y arte rupestre paleolítico del norte de España».

Historia del descubrimiento y reconocimiento

La cueva de Altamira fue descubierta en 1868 por un tejero asturiano llamado Modesto

Cubillas (Modesto Cobielles Pérez) quien yendo de caza encontró la entrada al intentar liberar a su perro, que estaba atrapado entre las grietas de unas rocas por perseguir a una presa. En aquel momento, la noticia del descubrimiento de una cueva no tuvo la menor trascendencia entre el vecindario de la zona, ya que es un terreno kárstico, caracterizado por poseer ya miles de grutas, por lo que el descubrimiento de una más no supuso ninguna novedad.

Marcelino Sanz de Sautuola

Cubillas se lo comunicó a Marcelino Sanz de Sautuola, rico propietario local y «mero aficionado» a la paleontología, de cuya finca era aparcerero; no obstante, éste no la visitó hasta al menos 1875, y muy probablemente en 1876. La recorrió en su totalidad y reconoció algunos signos abstractos, como rayas negras repetidas, a las que no dio ninguna importancia por no considerarlas obra humana. Tres o cuatro años después, en el verano de 1879, volvió Sautuola por segunda vez a Altamira, en esta ocasión acompañado por su hija María Sanz de Sautuola y Escalante, de ocho años de edad. Tenía interés en excavar la entrada de la cueva con el objetivo de encontrar algunos restos de huesos y sílex, como los objetos que había visto en la Exposición Universal de París en 1878.

María exclamó al ver las pinturas: ¡Mira, papá, bueyes!.

El descubrimiento de las pinturas rupestres lo realizó, en realidad, la niña. Mientras su padre permanecía en la boca de la gruta, ella se adentró hasta llegar a una sala lateral. Allí vio unas pinturas en el techo y corrió a decírselo a su padre. Sautuola quedó sorprendido al contemplar el grandioso conjunto de pinturas de aquellos extraños animales que cubrían la casi totalidad de la bóveda.

Al año siguiente, 1880, Sautuola publicó un breve opúsculo titulado Breves apuntes sobre algunos objetos prehistóricos de la provincia de Santander. En él sostenía el origen prehistórico de las pinturas e incluía una reproducción gráfica. Expuso su tesis al catedrático de Geología de la Universidad de Madrid, Juan Vilanova, que la adoptó como propia. Pese a todo, la opinión de Sautuola no fue aceptada por los franceses Cartailhac, Mortillet y Harlé, los científicos más expertos en estudios prehistóricos y paleontológicos en Europa.

Las pinturas de Altamira fueron el primer conjunto pictórico prehistórico de gran extensión conocido en el momento, pero tal descubrimiento determinó que el estudio de la cueva y su reconocimiento levantara toda una polémica respecto a los planteamientos aceptados en la ciencia prehistórica del momento. La novedad del descubrimiento era tan sorprendente que provocó la lógica desconfianza de los estudiosos. Se llegó a sugerir que el propio Sautuola debió pintarlas entre las dos visitas que realizó a la caverna, negando así su origen paleolítico, o incluso atribuyendo la obra a un pintor francés que había sido alojado en casa del guía de la cueva, aunque la mayor parte de los expertos franceses consideraban a Sautuola como uno de los engañados. El realismo de sus escenas provocó, al principio, un debate en torno a su autenticidad. El evolucionismo, aplicado a la cultura humana, conducía a deducir que tribus antiguas y salvajes no debían disponer de arte y que desde entonces hasta la actualidad habría habido un continuo de progreso. Por lógica si el arte es símbolo de civilización debería haber aparecido en las últimas etapas humanas y no en pueblos salvajes de la Edad de Piedra. Su reconocimiento como una obra artística realizada por hombres del Paleolítico supuso un largo proceso en el que, también, se fueron definiendo los estudios sobre la prehistoria.

Marcelino S. de Sautuola publicó en 1880 este escrito, donde dio a conocer las pinturas encontradas el año anterior, incluyendo un dibujo del techo de la Gran sala de polícromos.

Ni la ardiente defensa de Vilanova en el Congreso Internacional de Antropología y Arqueología, celebrado en Lisboa en 1880, ni el afán de Sautuola evitaron la descalificación de Altamira. Pero un reputado humanista y político liberal sevillano, Miguel Rodríguez Ferrer, publicó un artículo en la prestigiosa revista *La Ilustración Española y Americana* (1880), avalando la autenticidad de las pinturas y resaltando su inmenso valor. Giner de los Ríos, como director de la Institución Libre de Enseñanza, encargó un estudio al geógrafo Rafael Torres Campos y al geólogo Francisco Quiroga, quienes emitieron un informe desfavorable, que publicaron en el boletín de la institución.

La oposición se hizo cada vez más generalizada. En España, en la sesión de la Sociedad Española de Historia Natural del 1 de diciembre de 1886, el director de la Calcografía Nacional dictaminaba que:

(...) tales pinturas no tienen caracteres del arte de la Edad de Piedra, ni arcaico, ni asirio, ni fenicio, y sólo la expresión que daría un mediano discípulo de la escuela moderna (...).

Eugenio Lemus y Olmo

Sautuola y sus pocos seguidores lucharon contra esa sentencia. La muerte de Sautuola en 1888 y la de Vilanova en 1893 sumidos en el descrédito por su defensa, parecían condenar definitivamente las pinturas de Altamira a ser un fraude moderno.

Sin embargo, su valor fue avalado por los frecuentes hallazgos de otras piezas de arte mueble similares en numerosas cuevas europeas. A finales del siglo XIX, principalmente en Francia, se descubrieron pinturas rupestres innegablemente asociadas a las estatuillas, relieves y huesos grabados aparecidos en niveles arqueológicos paleolíticos, unidos a restos de animales desaparecidos de la fauna peninsular o extintos, tales como mamut, reno, bisonte y otros. En ese reconocimiento, destacó muy positivamente Henri Breuil pues sus trabajos en torno al tema «El arte parietal», presentados en el congreso de la Asociación Francesa para el Avance de las Ciencias en 1902, provocaron cambios sustanciales en la mentalidad de los investigadores de la época.

Émile Cartailhac había sido uno de los más grandes opositores a la autenticidad de Altamira, pero el descubrimiento de grabados y pinturas a partir de 1895 en las cuevas francesas de La Mouthe, Combarelles y Font-de-Gaume, le hizo reconsiderar su postura. Tras visitar la cueva, escribió en la revista *L'Antropologie* (1902) un artículo titulado *La grotte d' Altamira. Mea culpa d'un sceptique* (La cueva de Altamira. Mea culpa de un escéptico). Ese artículo supuso el reconocimiento universal del carácter paleolítico de las pinturas de Altamira.

Fijada la autenticidad de las pinturas, se inició el debate sobre la propia obra. La divergencia entre los investigadores se centró en torno a la precisión cronológica, la misteriosa finalidad de las mismas y sus valores artístico y arqueológico. Estas cuestiones afectaron, no solo a la cueva de Altamira, sino a todo el arte rupestre cuaternario descubierto.

Escritor Andaluz de orígenes franceses afincado en Sevilla. Novelas de ficción con un toque romántico-erótico, de escritura sencilla y fresca, sin retórica compleja ni metáforas difíciles de comprender.

Nacido el 3 de febrero en la provincia de Sevilla, a sus treinta y ocho años vive con pasión la vida en todos sus aspectos, amante de la poesía y la narrativa, espiritual aprendiz sobre los niveles que nos alimentan el alma.

Sus obras comenzaron a publicarse en marzo de 2020, con un propósito claro, llegar al público con un lenguaje respetuoso y diferente.

Bibliografía:

- La vida de Ania
 - El juicio
 - El peor de los encuentros
 - Una segunda oportunidad
 - El amor cura las heridas
 - Todo es posible
- Achira: Atrapada en su inconsciencia
- La mujer transparente
- La inocente
- Fuera de su tiempo